

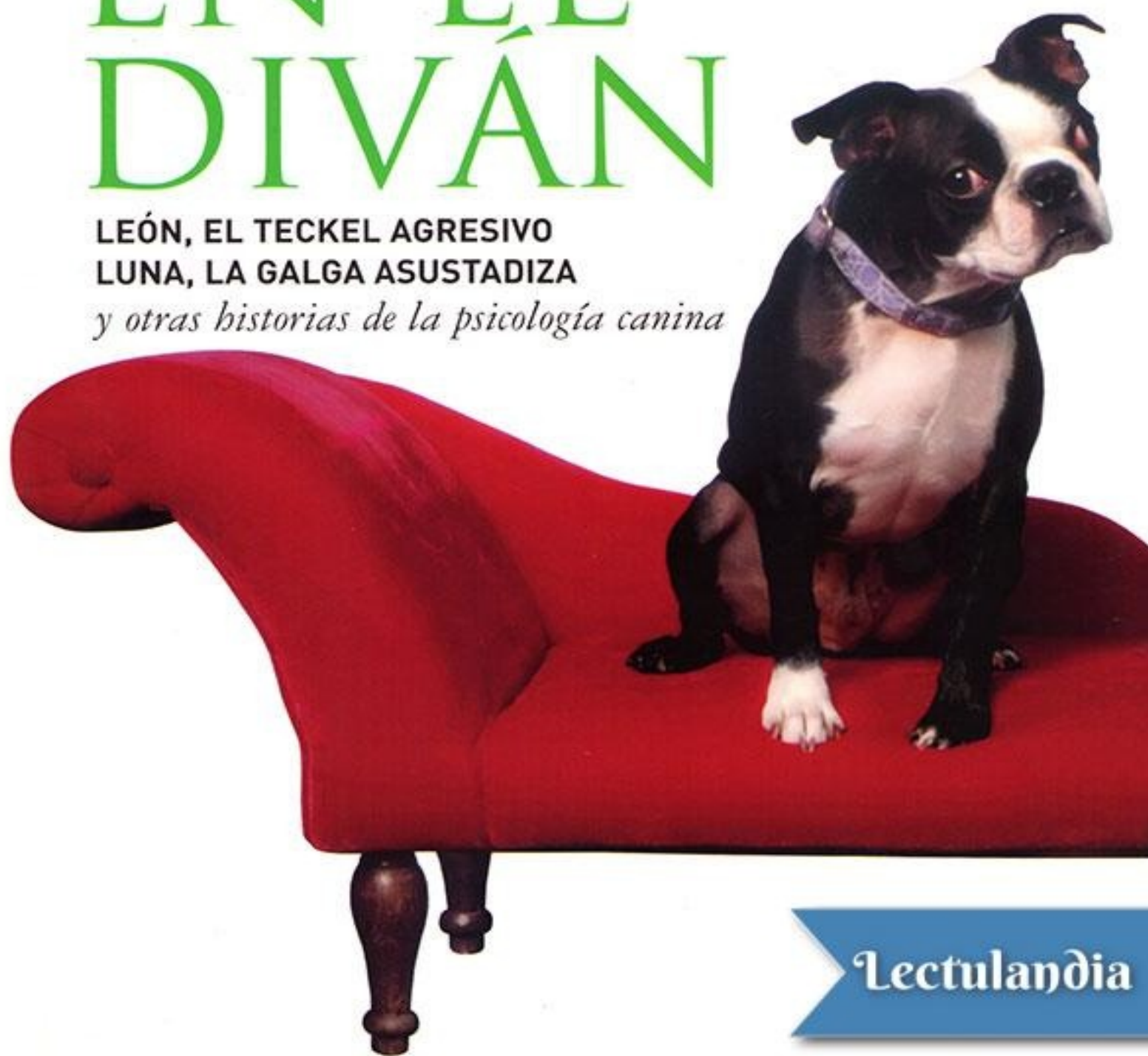
Pablo Hernández

PSICÓLOGO VETERINARIO

UN PERRO EN EL DIVÁN

LEÓN, EL TECKEL AGRESIVO
LUNA, LA GALGA ASUSTADIZA

y otras historias de la psicología canina



Lectulandia

¿Sabía usted que los animales domésticos tienen, como los humanos, problemas de comportamiento? ¿Y que existen especialistas en resolver estos problemas? **Pablo Hernández** es precisamente eso: un etólogo, un psicólogo veterinario. Su labor le ha llevado a tratar todas las situaciones y relaciones que se pueden dar entre los perros y sus dueños, desde las más conflictivas a las más curiosas.

En este libro ha plasmado sus experiencias, narradas en forma de divertido relato de su jornada profesional. Multitud de historias reales en las que se enfrenta a particulares casos de psicología canina cuya resolución puede ayudar a todos los perros con los mismos problemas.

HARPO, el bulldog francés que siempre aullaba en ausencia de sus dueños.

REY, el bichón maltés que se empeñaba en marcar todos los rincones de la casa.

LUNA, la galga adoptada y asustadiza.

NESKA, la pastora alemana que no paraba de morderse la cola.

LEÓN, el teckel agresivo.

Lectulandia

Pablo Hernández Garzón

Un perro en el diván

LEÓN, EL TECKEL AGRESIVO,
LUNA, LA GALGA ASUSTADIZA,
y otras historias de la psicología canina

ePub r1.0

TaliZorah 09.07.13

Título original: *Un perro en el diván*

Pablo Hernández Garzón, 2008

Editor digital: TaliZorah

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Sé que estaba orgulloso de mí, aunque tardé en descubrirlo. Estoy seguro de que este libro le habría hecho estarlo aún más.

Agradecimientos

A Torpe, por su «animalidad», su apoyo, en fin, por ser ella.
A Pepe, por su interés, sus consejos y, cómo no, su amistad.
A mi familia, por aguantarme.
A mis editores, por confiar en mí.
Y, por supuesto, a mis clientes y pacientes, parte esencial de este libro.

Amanezco que no es poco



Abrí un ojo. Lo más difícil ya estaba hecho. Abrí el otro. Ya sólo quedaba echarle valor y despegar las sábanas del cuerpo, tarea nada fácil en mi caso. Reconozco que siempre me ha costado levantarme. Aún hoy me parece estar oyendo a mi madre cuando, viviendo todavía en su casa, me decía después de haberme llamado cinco, seis o hasta diez veces sin resultado alguno: «Nooo, si para acostarte no tienes prisa, pero luego para levantarte no hay quien te mueva... ¡Te quieres levantar de una veeeee!»». Era un viernes del mes de octubre y empezaba a hacer frío. ¡Y se estaba tan a gusto en la cama! Mientras sopesaba si de una vez me levantaba o no, sentí en la cara una humedad familiar. Kika, mi perra cruce de husky siberiano, había empezado a lamerme como tenía por mala costumbre cuando me veía en posición horizontal. Ya no había remedio; si no quería acabar con un eritema facial gracias a su cariñosa insistencia lo mejor era ponerme en pie de inmediato.

Encendí un cigarrillo. Las buenas costumbres no hay que perderlas y yo, una vez pongo los dos pies en el suelo al bajarme de la cama, lo primero que hago es fumar. Bueno, la verdad es que es lo primero que hago al levantarme, diez minutos después, cuando salgo de la ducha, antes de desayunar y después... y, cómo no, lo último antes de acostarme. Fumo mucho y, como dijo María Dolores Pradera en una entrevista que le hizo Cayetana Guillén Cuervo en televisión, fumo «muy feo», mordiendo la boquilla del cigarro hasta casi acabar con ella. ¡Qué le vamos a hacer!

Ya en la ducha, intenté repasar mentalmente la mañana que tenía por delante. Pero algo se interponía entre mis pacientes y yo. Una más que apreciable «curvita de la infelicidad» atraía recurrentemente mi atención. Llevaba tres semanas padeciendo, de manera voluntaria, un proceso de desintoxicación de Coca-Cola y hasta ese momento los resultados eran descorazonadores.

Maldije, miré al frente y sólo así logré centrarme en los casos. En primer lugar debía ir a visitar al perro de un matrimonio que, por lo visto, no quería dejar de orinarse en la vivienda. Después tenía otra cita con una pareja joven que estaba sufriendo las iras de los vecinos porque su animal ladraba, aullaba y lloraba cuando lo dejaban solo (y probablemente no hacía nada más porque, como todo el mundo sabe, los perros todavía no han aprendido a insultar). Por último, antes de la comida, el turno era para la familia García-Corralejós. Habían contactado conmigo a través de su veterinario, ya que su perra pastor alemán tenía la cola mucho peor de lo que hubiera tenido yo la cara si hubiese dejado que Kika me la siguiera lamiendo. Probablemente

y, bromas aparte, éste iba a ser el caso más complicado de todos los que tendría hoy.

Pero, ahora que caigo, he empezado a contar mi vida, así como si nada, y ni siquiera me he presentado. Mi nombre es Hernández, Pablo Hernández. No me gusta el martini, ni agitado ni removido, pero me encanta el cine, tengo treinta y ocho años, mido uno setenta y pico, el peso no lo voy a mencionar, para no asustar, y en general podría decirse que soy una persona «relativamente» normalita... salvo, quizá, por mi profesión: soy etólogo veterinario. ¿Que qué es eso? Buena pregunta. Para algunos soy un psicólogo de animales, para otros algo parecido a un adiestrador de perros y, para los menos, afortunadamente, «... el chico este que ha venido a casa a ver a Panchi», como comentan a su cuñada cuando les pregunta por teléfono por qué no la pueden atender en ese momento. En realidad, y de forma resumida, mi trabajo consiste en corregir (o tratar de hacerlo) los problemas de conducta que afectan a los animales de compañía, es decir, perros y gatos principalmente.

Hay mucha gente que aún hoy no ha oído nunca esa palabra: etólogo. Cuando te dicen que el veterinario les ha recomendado que hablen contigo porque eres enólogo, entomólogo o ecólogo, te das cuenta de que lo que para ti resulta normal, para ellos es algo como de otra galaxia. Sin embargo, en lo que muchos coinciden es en afirmar que debe de ser un trabajo la mar de interesante. La verdad es que es un trabajo poco habitual y generalmente apasionante pero, sobre todo, muy, muy peculiar. En cualquier caso, para el que piense, como dicen burlándose los amigos, familiares y conocidos, que tumbamos al animal en un diván y nos dedicamos a hablar con el perro o gato en cuestión, que quede claro que esto no es así. «¡Qué pena!», pensarán muchos. «¿Ah, no?», se extrañarán otros. Y, entonces, «¿cómo se hace?», se preguntará la mayoría. A todos ellos, debo informarles de que nuestro trabajo como veterinarios especializados en corregir problemas de comportamiento consiste básicamente en hablar mucho con el propietario, observar al animal y tratar de modificar la conducta, tanto de uno como del otro, mediante diferentes técnicas, para conseguir que la relación sea mucho más satisfactoria para todas las partes implicadas. Y eso es todo, ya está. Ni divanes, ni gestos al estilo Cocodrilo Dundee para amansar a las fieras, ni látigos como Ángel Cristo, ni nada parecido.

Bueno, ¿dónde me había quedado...? ¡Ah, sí!, en la ducha. Huuummm, me quedaría años en la ducha. Me encanta sentir el agua caliente cayendo por mi cabeza y aprovechar para beber sorbitos cuando llega a mi boca. Sí, sí, el agua caliente, ¡qué pasa! Ya he dicho que era una persona «relativamente» normal, no absolutamente normal. No soporto el agua helada, sin embargo me la puedo beber hasta a 40 grados y tan contento. A otros les gustan cosas más extrañas, ¿no?

Salí de la ducha y comencé a secarme con la toalla. Me vino a la cabeza uno de los casos que había visto el día anterior. Gerardo era un hombre mayor, de unos setenta años, que vivía solo con Martín, su perro de aguas español^[1]. A Martín nunca

le había gustado que Gerardo le secara las patas cuando se las mojaba durante el paseo, pero el problema era que últimamente llegaba a morderle simplemente por intentarlo. Al contrario de lo que mucha gente podría pensar, este perro no era un perro «malo» en absoluto. Su problema era que se sentía muy amenazado por su dueño cuando intentaba secarlo. Los que conozcan un poco a los perros de aguas sabrán que tienen una tendencia bastante acusada a ser desconfiados, aunque normalmente no con sus dueños. Sin embargo, en este caso, que le sujetaran las patas provocaba en él una reacción defensiva muy importante.

Pero ¿por qué secarle las patas le hacía ponerse a la defensiva? En el comportamiento canino, cuando un perro quiere lastimar seriamente a un oponente, su primer objetivo es derribarlo para poder atacar sus zonas más débiles. Para derribarlo lo más efectivo es morder sus patas y así conseguir que caiga al suelo. Por tanto, la víctima del ataque deberá tratar en todo momento de mantener sus patas alejadas del atacante. En muchos perros, si hacemos la prueba y les intentamos coger las patas, sobre todo las delanteras, podremos observar cómo tratan de evitarlo.

Si consideramos de esta forma el problema de Martín, veremos que lo que intentaba hacer al principio era evitar que su amo le «mordiera» las patas y ser derribado. Pero Gerardo, ignorando lo que su perro trataba de comunicarle, continuó secándolo cada vez que se mojaba. Este fallo de comunicación condujo a Martín a tomar otra actitud más radical para zafarse de la situación: intentar morder. El enfrentamiento entre ambos fue en aumento y al final Martín logró lo que pretendía: que Gerardo dejara de secarlo.

Y esto era un gran problema para su dueño, rutinario, maniático con el orden y escrupuloso con la limpieza como pocos hombres he visto. No llegó a pedirme que me descalzara cuando fui a visitarle, como ya me había ocurrido en una ocasión, pero debió de faltarle poco.

—Es una verdadera faena —me comentó durante la conversación—. Precisamente elegí esta raza porque sabía que no soltaban pelo, y mira..., me va a pasar esto.

Como solución temporal, Gerardo había optado por cubrir el suelo de la casa con alfombras y toallas viejas, lo que le incomodaba bastante. Se disculpó varias veces sobre el aspecto desastroso que tenía la casa sin que pareciera consolarle lo más mínimo mi afirmación de que la mía estaba mucho peor.

Una vez le hube explicado cuál era el problema de Martín, pasé a darle los detalles sobre el tratamiento a aplicar. Deberíamos hacer una serie de ejercicios, mediante los cuales, consiguiéramos que el perro aceptase el secado de las patas al asociarlo con experiencias agradables. Para ello usaríamos premios succulentos que modificarían la percepción negativa que el animal tenía hasta ese momento de la situación.

—¿Y cómo se hace eso exactamente? —me preguntó.

—Hay que seguir varios pasos —respondí—. Lo primero que vamos a hacer es enseñar a Martín a asociar los premios comestibles con un sonido específico que nos facilitará el proceso.

—¿Cómo que un sonido?

—Sí. ¿Te acuerdas de esas ranitas que había antes que hacían «click-click»?

—Sí, claro.

—Pues eso mismo lo hay ahora en forma de una cajita, que se llama clicker^[2], en la que va insertada la chapita que produce el sonido al presionarla. De esa manera se consigue más resonancia.

—¿Y para qué queremos usar eso?

—Es un tipo de adiestramiento que se llama adiestramiento con clicker. Se usa porque parece ser que los animales están más concentrados en hacer lo que les pedimos cuando aparece el sonido como paso previo a recibir la comida. Además, permite premiar al animal en el momento adecuado, sin que tengamos que retrasarnos en sacar la comida del bolsillo o cogerla del recipiente en donde la tengamos.

—Perdona, pero no lo entiendo muy bien.

—Verás. Aunque el sonido siempre aparece antes de recibir un premio, este premio no está a la vista realmente. Por tanto, en vez de que el perro esté pendiente de conseguir la comida que de otra forma tendríamos en la mano, lo que logramos es que esté más concentrado en lo que estamos haciendo. Así, conseguimos que el proceso sea más rápido e incluso más divertido para él. ¿Hasta ahí queda claro?

—Sí, creo que sí.

—En cuanto a lo de premiarle en el momento adecuado, si tenemos que dedicarnos a coger el premio de algún sitio alejado donde lo hayamos dejado, para que no esté pendiente de él, puede suceder que cuando vayamos a dárselo ya no esté haciendo lo que queremos, sino todo lo contrario. En ese momento, ya no le podremos dar el premio, perderemos una oportunidad de avanzar y además conseguiremos que el animal no entienda nada de lo que está pasando. Cuando le condicionamos al sonido estamos enseñándole que lo que está bien hecho es lo que estaba haciendo cuando oyó el click, sin importar cuándo recibirá el premio. ¿Cómo lo ves?

—No sé...

—Te lo explico exactamente con lo que vamos a hacer. Lo que intentamos conseguir es que Martín se deje secar las patas sin problemas, ¿no?

—Eso es.

—Bien. No podemos pretender que de hoy para mañana lo tolere. Debemos hacerlo progresivamente, ¿de acuerdo?

—Sí.

—Para ello, deberemos empezar simplemente porque acepte que le pongas la toalla encima de una de las patas durante un segundo, por ejemplo. Si al hacerlo, sin apretar ni hacer ningún otro movimiento, Martín no la retira, entonces, en ese momento justo, haremos click. Aunque después retiremos la toalla y nos acerquemos hasta esa mesa a coger los premios que tengamos allí, para Martín quedará claro que haber permitido tener la toalla encima durante ese corto espacio de tiempo ha sido hacer lo correcto.

—Ya veo.

—Poco a poco, podremos ir teniendo la toalla sobre su pata más tiempo, luego podremos frotarla ligeramente y así sucesivamente hasta que lleguemos al final. Si en algún momento retira la pata, simplemente no haremos click y no le daremos un premio. Eso le indicará que no ha hecho lo correcto. Repetiremos la operación y en cuanto mantenga la pata en la misma posición sin retirarla volveremos a hacer click. Podemos decir que es como jugar a «frío y caliente»^[3].

—Ya, ya, ya... Pero ¿por qué hay que usar el clicker?

—Se podría usar simplemente una palabra, el problema es que podríamos variar la entonación o decirla de forma ligeramente diferente y eso podría despistar al animal. Con el clicker eso no pasa, ya que siempre suena igual y además el sonido es casi inconfundible.

Finalmente Gerardo comprendió a la perfección lo que íbamos a hacer.

En esa primera consulta nos limitamos a condicionar a Martín al sonido del clicker. En las sucesivas visitas pusimos en práctica los ejercicios y enseñé también a Gerardo cómo él debía ir avanzando los días que no teníamos sesión. Le insistí en que era muy importante en estos casos progresar lentamente, al ritmo que marcara el animal, ya que de lo contrario corríamos el riesgo de tirar por la borda los avances conseguidos.

Fue un proceso lento y trabajoso, pero mereció la pena. No pudimos empezar simplemente por ponerle la toalla a Martín sobre una de sus patas, como le había indicado a Gerardo en el ejemplo, ya que incluso ese pequeño estímulo provocaba que el perro se alejase y enseñase los dientes. Tuvimos que comenzar por enseñarle la toalla, nada más.

«Click-click», se escuchó.

—¿Has visto? Como le he enseñado la toalla y no ha retrocedido, ni ha enseñado los dientes, hago click. ¿De acuerdo?

—Sí, está claro.

—Pruébalo tú.

Gerardo probó a acercarse a Martín con la toalla en la mano, pero éste hizo ademán de alejarse, mientras volvía la cabeza hacia un lado.

—Espera, no avances más. Aguarda un poco y retrocede varios pasos.

—¿Hasta aquí?

—Sí, ahí está bien..., a ver, enséñasela ahora.

Martín se quedó quieto, más tranquilo.

—Muy bien. Haz click ahora.

Gerardo le dio el premio a su perro tras haber apretado el clicker.

—Repítelo de nuevo.

Martín volvió a actuar igual. Después de varios intentos Gerardo pudo acercarse mucho más a él con la toalla en la mano. Cuando intentó ponerla sobre su pata, el animal volvió a retroceder, aunque no llegó a enseñar los dientes. Le recomendé que la pusiera en el suelo, cerca de su pata. Así todo fue bien. Poco a poco y repitiendo muchas veces los ejercicios pudimos ponerle la toalla encima de una de sus patas.

Los siguientes pasos fueron dirigidos a que se dejara coger las extremidades. Empezamos por, simplemente, ponerle la mano detrás de una de ellas. Cuando esto no provocó reacción ninguna, pasamos a rodearla por detrás, luego a levantarla del suelo, sujetarla y, por último, mantenerla en el aire mientras con la otra mano le acariciábamos suave y brevemente.

A partir de ahí las cosas fueron mucho más fáciles, aunque hubo momentos en que debimos avanzar más lentamente; por ejemplo, cuando Gerardo intentó rodear la pata de Martín con la toalla o cuando llegó el momento de cogerle la extremidad con una mano y empezar a frotarle con la toalla. Unos tres meses después, tras muchas sesiones semanales, conseguimos que Martín no sólo soportase el tacto de la toalla pasando sobre su pelo de arriba abajo y viceversa repetidas veces hasta estar perfectamente seco, o que se le cogieran las patas, sino que logramos que estuviera encantado de que lo hiciera. Cuando veía la toalla, corría hacia Gerardo y se sentaba, ¡dándole la pata para que él la cogiese! Se acabaron las alfombras y las toallas por el suelo; la casa de Gerardo volvió a lucir como lo había hecho tiempo atrás.

Me vestí rápidamente y bajé a la cocina a desayunar. De pie, un Donut y una Pepsi-Cola. Ya, ya, ya, ¿qué ha pasado con la desintoxicación voluntaria? Pues nada, simplemente que como no me gusta el café, ni el Cola Cao, ni el Nesquik, ni la leche, ni me llaman demasiado la atención el té, ni la manzanilla, ni la menta poleo, ni los zumos embotellados de naranja, de piña, de melocotón y uva o de maracuyá con fruta de la pasión, ni nada que la mayoría de los españolitos suelen desayunar, tengo que recurrir a la Pepsi que, eso sí, es más dulce que la Coca y con el Donut va mejor.

—¿Vas a venir a comer?

¡Pruuuufffff! Casi me atraganto con la Pepsi. Era Margarita, mi mujer. Estaba en el salón, repanchingada en el sillón, viendo el informativo de Telecinco, con eh..., no sé quién que le gusta mucho cómo lo da. Me había cogido completamente desprevenido, ya que cuando yo había entrado al baño ella todavía no se había levantado, y al volver al dormitorio, pensando en Martín y Gerardo, no había

reparado en que ella ya no estaba acostada.

—¡Dios, qué susto me has dado! ¿Pero tú no estabas en la cama?

—Pues no. Tú como siempre sin fijarte en nada... es que me tratas fatal.

—¡Jooooer!, ya estamos. Pero, Torpe^[4], yo qué sé. Pensaba que hoy no trabajabas por la mañana y no me imaginaba que te hubieses levantado ya.

—¿Ves?, lo que yo digo. Te conté ayer por la noche que hoy había quedado con Romina, la voluntaria de la protectora, para llevar al gato y dejarlo en adopción.

El gato en cuestión era un pobre ser blanco y negro, con aspecto de persa, que no debía de pesar más de dos kilos y que mi mujer había recogido de la calle en un estado lamentable. Era cariñosísimo y durante los diez días que estuvo en casa recuperándose de su estado de inanición no paró de ronronear ni un segundo.

Margarita, o Torpe, como yo la llamo, es una de las mayores amantes de los animales que he conocido nunca. Un día, al poco de empezar a salir, me explicó que, desde que recuerda, entre ella y su familia probablemente hubieran recogido y ayudado a adoptar a alrededor de ¡dos mil animales! Sí, sí, como suena, dos mil animales, entre perros, gatos, pájaros, etcétera. Conociéndola, no dudo en absoluto que sea cierto. Pero no sólo los recoge y los acoge, sino que los cuida con tanto amor que a muchas personas ya les gustaría que sus familiares les tratasen igual. Con esto no quiero decir, ni mucho menos, que prefiera los animales a las personas, o que ayude a los animales y no manifieste la mínima compasión hacia los humanos. Todo lo contrario. Su generosidad y su actitud desinteresada las dirige de igual manera hacia cualquier ser vivo, sea de dos, cuatro, seis u ocho patas... y si no tienen patas, también.

—¡Ahí va!, se me había olvidado. ¿A qué hora has quedado?

—A las once y media.

—Vale, o sea que llegarás antes que yo.

—¿A qué hora vienes tú?

—No sé, supongo que sobre las dos y media, más o menos. Depende del tráfico, ya sabes.

—Oye, acuérdate de que tienes que telefonar a la señora que te llamó ayer antes de que entráramos en el cine.

La señora de Coronado. Era una mujer que por teléfono parecía muy seria y que, como alguna vez ya me había pasado, al preguntarle su nombre para llamarla al día siguiente volvió a darme el de casada. Según me contó, quería que viese a su perrita porque desde que había fallecido su marido unos meses antes le era imposible dormir una noche entera. La perra le despertaba en mitad de la noche para que estuviese con ella, despierta. Incluso, si estaba con Linda, que así se llamaba la perra, en el sofá, y la señora de Coronado se quedaba dormida, entonces la despertaba otra vez y sólo se podía dormir cuando Linda era la que primero caía rendida. Tal y como averigüé unos

días más tarde, cuando fui a visitarla, Linda era una caniche negra de doce años de edad adoptada seis o siete años antes, procedente de la casa de una pareja joven, bastante bien situada, que habían sido papás recientemente y que no querían al animal porque, según ellos, mordía a los niños. Pero Rosa Escudero, señora de Coronado, y su marido nunca habían detectado el menor signo de agresividad por parte de la perra, ni hacia niño alguno, ni hacia los adultos. Curioso, ¿no?

Resultó que Rosa en persona no era tan seria, ni mucho menos, como me había parecido por teléfono. Simplemente estaba agotada por pasarse tantas noches en vela. Al hablar con ella, me comentó que además de despertarla por la noche, Linda también se hacía pis, y a veces «popó», por la casa, sin orden ni concierto. No le había dado demasiada importancia a este hecho porque lo había empezado a hacer antes de que falleciera su marido y no era tan insoportable, ni de lejos, como el no dejarla dormir.

—¿Y qué quiere que hagas cuando te despierta? —le pregunté a Rosa.

—Depende de por dónde le dé. A veces sólo quiere que le acaricie, otras que le ponga comida que luego no se come, pero lo más normal es que se pase buena parte del tiempo paseándose de un lado para otro, como una cosa tonta.

—¿Y qué crees que quiere conseguir así?

—Pues, no sé, hijo. Yo creo que está buscando a Ramón, mi marido, aunque a veces, cuando le digo «¿Dónde está papá? Búscalo», parece que no entiende lo que le quiero decir.

—Ya veo. ¿Y durante el día hace lo mismo?

—¡Qué va! Se pasa todo el rato durmiendo. No me extraña, después de las nohécitas que me da, tiene que acabar muerta. A ver..., yo entiendo que desde que falleció mi marido la situación es diferente. Él era quien más jugaba con ella antes de ponerse muy enfermo y yo, ahora, con la artrosis, no puedo hacerlo como ella quiere, pero, hombre, de eso a que tenga que ser por la noche cuando le entra la marcha, pues no lo veo normal.

Después de hacer el resto de indagaciones sobre el problema que sufría la perra y, como consecuencia, su dueña, con mucha tranquilidad y paciencia le expliqué que, al contrario de lo que ella pensaba, no era que la perra echara de menos al señor Coronado y tratara de consolarse por las noches estando de guardia junto a su dueña. Lo que realmente pasaba era que Linda tenía un problema que los veterinarios conocemos con el nombre de disfunción cognitiva y que es muy parecido, casi idéntico, a la enfermedad de Alzheimer en las personas. La disfunción cognitiva es, como el Alzheimer, una enfermedad degenerativa del sistema nervioso. Afecta a los perros y gatos viejos y se manifiesta, principalmente, con alteraciones de su conducta^[5]. Lo que había ocurrido en este caso era, simplemente, que el fallecimiento del señor Coronado había precipitado y agudizado los síntomas de la enfermedad. Al

decirle esto, la pobre señora de Coronado se echó a llorar. Le aseguré que no tenía por qué preocuparse, que había tratamientos muy efectivos para frenar el avance de la enfermedad y que podían resolver su problema. Pero Rosa me dijo que no lloraba por eso. Lo que ocurría era que el señor Coronado había fallecido precisamente ¡a causa del mal de Alzheimer! La pobre mujer no daba crédito a lo que yo le estaba diciendo. Se preguntaba si de alguna forma su marido había podido transmitir la enfermedad a la perra, o incluso si había podido ser a la inversa. La tranquilicé inmediatamente. Esta no es una enfermedad que pueda contagiarse como ocurre con una gripe, le dije, lo que parece existir es una predisposición familiar o genética asociada a los efectos de otros factores ambientales todavía no aclarados.

Cuando se serenó, pasé a explicarle los detalles del tratamiento, que consistía en hacer tres cosas.

La primera era darle a Linda una medicación que mejorara los síntomas de la enfermedad. Este medicamento se llama selegilina y pertenece a un grupo denominado imaos tipo B^[6]. Aunque se desconoce exactamente por qué la selegilina logra mejorar clínicamente a los animales que sufren disfunción cognitiva, se cree que puede ser por varios motivos: uno, porque aumenta la producción en el sistema nervioso central de un neurotransmisor llamado dopamina y en menor medida de otros, más conocidos para muchos, llamados serotonina y noradrenalina; otro motivo parece ser que reduce la producción de los famosísimos radicales libres que dañan al cerebro, es decir, actúa como un potente antioxidante; y, por último, habría que considerar su capacidad de neuroprotección derivada del efecto antioxidante anterior. En cualquier caso, tiene dos características muy adecuadas para su uso en perros mayores, que son que no provoca apenas efectos secundarios serios y que sólo deben tomarla una vez al día. Sin embargo, una desventaja importante es que puede tardar más de un mes en hacer efecto, aunque normalmente en dos o tres semanas, a veces sólo en una, ya se observan cambios en el animal.

La segunda parte del tratamiento era un cambio de dieta. La perra debía empezar a comer un pienso específico muy rico en antioxidantes que ayuda a que el daño cerebral provocado por los, anteriormente nombrados, radicales libres, sea menor. Los estudios que ha realizado la propia marca comercial que fabrica el pienso parecen indicar un efecto bastante beneficioso, sobre todo en cuanto a la pérdida de los hábitos higiénicos.

La tercera cosa era intentar mantener, en la medida de lo posible, una rutina muy estricta en los hábitos de vida del animal. Cuanto más predecible fuera todo para Linda, mejor se comportaría, ya que le sería más fácil «recordar» qué hacer en cada momento. Asimismo, y teniendo en cuenta las limitaciones propias de un perro y una persona mayores, Rosa debía intentar que la caniche realizara una buena cantidad de ejercicio durante los paseos. Le recomendé que, si lo toleraban bien ambas, anduviera

con ella veinte minutos tres veces al día.

Un mes después de la primera visita, Rosa me llamó mucho más animada porque Linda estaba infinitamente mejor. A partir de la primera semana de tratamiento, durante la cual las cosas habían seguido más o menos igual, la perra empezó a dejar de despertarse por las noches y ya las dormía del tirón. Incluso, ya casi no se hacía pis por la casa y, según ella, parecía como si le hubieran quitado de encima tres o cuatro años.

—Sí, sí, la tengo apuntada en la agenda para llamarla esta mañana sin falta.

Terminé de apurar la Pepsi, encendí otro cigarrillo y subí al despacho a coger el maletín, la agenda, el teléfono móvil y las llaves. Kika, al oír el sonido de estas últimas, subió como un rayo las escaleras y se puso a mi lado moviendo frenéticamente la cola, tanto que si pesara menos podría haberse elevado como un helicóptero, empezando por la parte trasera hasta llegar a la cabeza. Esta situación se repite todos los días, y todos los días al llegar de nuevo a la cocina y ver que no cojo su correa para llevarla a la calle de paseo, el helicóptero ralentiza los motores y se queda esperando a ver qué ocurre.

—Bueno, que te veo luego, ¿vale?

—Vale. ¡Ah!, y acuérdate de traer el pan, que a mí no me da tiempo a comprarlo.

Salí al patio, me dirigí a la puerta y la empecé a abrir. Con Kika al lado, claro. Si es por insistir, que no quede, ¡faltaría!

—¡Chissstttt! Ahí quieta. Luego te saca Torpe, venga.

Me sobrepuse, como todos los días, a la cara de cordero degollado, de no haber roto un plato nunca, de «si me sacas de paseo te voy a querer más de lo que nunca una mujer te ha querido» y cerré la puerta tras de mí.

Al otro lado de la calle estaba mi coche, un Alfa Romeo rojo con más kilómetros que el baúl de la Piquer. Hice el paripé de introducir la llave en la cerradura y girarla, como si estuviera cerrado y lo abriera, vamos. Y digo hice el paripé porque desde hace varios años mi coche está permanentemente abierto por un problema en el cierre centralizado. Siempre me digo que tengo que arreglarlo, pero inmediatamente después pienso que lo que debería hacer es cambiar de coche, y entre una cosa y la otra, al final todo sigue igual.

Cinco minutos después de haberme sentado en el asiento del conductor del Alfa, todavía seguía frente a mi casa tratando de convencer al coche para que arrancara. Al final lo conseguí y solté un gritito triunfal. Una señora que subía la calle por la acera también dio un gritito al desaparecer en la nube de humo negro que salió por el tubo de escape hacia ella. Sin embargo, en su caso, el gritito no parecía triunfal, lo cual hubiera estado bien como muestra de solidaridad hacia este sufrido conductor, sino más bien yo diría que era un exabrupto del poco afecto que en ese momento tenía hacia mi madre.

Encendí el teléfono móvil mientras esperaba a que el coche se fuera calentando. Intenté conectar el manos libres para poder atender las llamadas que fuera recibiendo en el trayecto hacia la primera visita pero, como de costumbre, el aparatito dichoso no quería ayudar. «No se puede realizar la conexión», dijo la voz, femenina, pero nada sensual, proveniente de los altavoces. Ya estábamos otra vez. Desconecté un cable, lo volví a conectar y, gracias a Dios, esta vez logré el ansiado «Conexión realizada».

Me puse en marcha en dirección a la M-40. El matrimonio que tenía que visitar vivía con su perro en un piso de San Sebastián de los Reyes^[7].

Para ser viernes, no empezaba mal la cosa. El tráfico no era muy intenso y se podía circular relativamente bien. Conecté la radio.

—... y el contestador automático: *herreraenlaonda@ondacero.es*. Ya lo saben, si quieren participar, en la próxima hora hablaremos sobre esas situaciones comprometidas, peculiares, estrambóticas que les hayan pasado en los baños o mingitorios públicos. Mítico Llorens, la sociología evacuatoria es muy, muy interesante. Esas miradas desconfiadas mientras uno se prepara para aliviarse o el gargajo que se aprovecha a echar para ver si atinamos en el orificio del urinario, ehhh...

—Bueno, realmente es un universo sin par. Los españoles, como buenos...

¡Lástima! Una de las cosas que más me gustan del programa de Carlos Herrera es esa hora entre las diez y las once de la mañana en la que uno puede escuchar a los oyentes contando historias absurdas y de lo más fellinianas relacionadas con temas variopintos. En este caso, además, el tema del día era muy escatológico y eso aseguraba una buena dosis de carcajadas. Eran las diez menos veinte y no iba a poder escucharlo. Antes de que empezara, después de las noticias y de doscientos mil anuncios, ya habría llegado a casa del matrimonio cuyo perro bien podría haber participado en aquel programa de Herrera.

Mis primeros clientes del día vivían en la avenida de Séneca, en el número 17. Mientras aparcaba reparé en que la calle estaba especialmente limpia. Al salir del coche, observé, además, que el edificio era nuevo. Mucha gente habría convenido que tenía muy buena pinta. Estaba ubicado en una de esas urbanizaciones modernas con piscina, pádel, gimnasio, spa, columpios, jardincitos alfombrados con cortezas de árbol, farolitos a ras del suelo, garita y guardia de seguridad ausente. Con semejante entorno e imaginándome cómo sería el piso, no era de extrañar que el problema de eliminación inapropiada (como se conoce en nuestro argot técnico) del animal supusiera un auténtico quebradero de cabeza para sus dueños.

Llegué a la entrada de la urbanización. El portal era el H y el piso el segundo B, lo que traducido a los porteros automáticos modernos significaba... 137 campanita. Marqué la combinación y sonó la campanita.

—Sí, dígame...

—Buenos días, soy Pablo Hernández, el veterinario.

—¡Ahhh!, sí, sí, sí, suba, suba, por favor.

El timbre de voz de la mujer y la impaciencia que se podía adivinar en ella presagiaban, y con qué razón, que aquello iba a costar.

El perro que pudo reinar



Después de pasar por delante de la garita donde el vigilante, como es habitual, no estaba, me dirigí al portal H, que no sé por qué extraño motivo siempre queda al otro extremo de la entrada, equidistante de la derecha y la izquierda, con el consiguiente quebradero de cabeza respecto a por dónde ir. Subí por las escaleras a riesgo de asfixiarme y, observando las puertas metálicas, macizas y grises, similares a las de una prisión, que separan una planta de otra, pensé en lo poco que me gusta este nuevo tipo de urbanizaciones cerradas. Sí, son muy modernas, muy cómodas para soltar a los niños sin preocuparse demasiado y todo lo que tú quieras, pero me producen una sensación de soledad y de aislamiento que hace que las deteste.

Aún resoplando, pulsé el timbre. Desde algún lugar alejado de la casa y acercándose a una velocidad endemoniada escuché el ladrido de un perro que por lo agudo del mismo no debía de pesar más de dos o tres kilos. Tras él y con un tono casi igual de agudo se entreoía, estridente, la voz de su dueña: «¡Reeeyyyy, ya está bien! Calla de una vez, ¿no ves que es un amigo?».

Sonaron las llaves en la cerradura. La puerta de color roble se abrió y el ladrido del perro impactó como una bomba sónica contra mis oídos.

—¡Guauguauguauguaugau! ¡Guauguauguaugau! —me espetó Rey, expresando con ese ladrido rápido como una ametralladora su desconfianza hacia mí.

—¡Hola! —logré decir entre ladrido y ladrido—. ¿Teresa?

—¡Sí, sí! ¡Pase, por favor! ¡Reeeyyy! ¿Ya está bien, no?

Mientras entraba en la casa, Rey seguía detrás de mí manifestando, a su manera, su más absoluta disconformidad con que su dueña me dejara pasar.

—¡Pase, no se preocupe, no muerde! Hace lo mismo con todas las personas que vienen a casa. Es que es muy defensor él, ¿verdad, Rey?

—Ya, ya. Pero luego se calla, ¿no? —pregunté sin demasiadas esperanzas.

—¡Sí, sí! En cuanto pasemos al salón y le huela un poco se tranquiliza, ¿a qué sí mi Rey? ¿Verdad? ¡Claaaro!

La casa, en general, estaba profusamente decorada con muebles clásicos, elegantes y probablemente caros. Sobre el suelo de parquet había algunas alfombras, pero, allí donde éstas no lo cubrían, podían descubrirse a simple vista rastros de las fechorías de Rey. Teresa me dirigió hasta el salón y al llegar a él me indicó un tresillo

de color verde oliva, de una tela similar al terciopelo, también muy elegante. Nos acomodamos en él. Rey, como ya había predicho su propietaria, empezó a olerme los pantalones tratando de extraer toda la información que le fuera posible. Cada dos o tres olisqueos miraba hacia arriba y me ladraba como diciendo: «Oye, que aunque yo esté aquí, a lo mío, no te pienses que me he olvidado de que te has colado en mi casa».

Rey era un bichón maltés, completamente blanco y con un kiki en la cabeza que le permitía ver por unos enormes y vivos ojos marrones muy oscuros. Tenía un año y medio de edad y, como yo había augurado anteriormente, no debía de pesar más de dos o tres kilos. Era, lo que se suele decir, un perro muy guapo.

Teresa, la dueña, era una mujer menuda, bastante delgada, rubia teñida y con el pelo corto. Tendría unos cuarenta y cinco años bien llevados, aunque su forma de vestir le hacía aparentar más edad. Sus ojos no tenían nada que envidiar a los del perro. Eran verdes, grandes, y no paraban de moverse de un lado a otro, tratando de observarlo todo. Las manos, huesudas, tampoco parecían poder estarse quietas. Tan pronto estaban entre el pelo, atusándolo, como cogiendo el suéter rosa de punto, estirándolo y colocándolo en su aparente posición correcta.

Era una mujer muy nerviosa, como en permanente estado de intranquilidad. En cierta manera me recordaba a Kika, mi perra. Kika se llamaba así por el personaje de Verónica Forqué en la película de Almodóvar del mismo nombre. Al poco tiempo de haberla recogido de un cubo de basura con otros dos hermanos de carnada, nos dimos cuenta de que era un terremoto. Era muy pizpireta y todo lo tenía que investigar. No se cansaba ni aunque estuviese horas corriendo, y su obsesión por las pelotas ya empezaba a ser más que evidente. Sin embargo, como el personaje de Almodóvar y como Teresa, tenía algo que hacía que le cogieses cariño enseguida.

—Bueno. Vaya pieza el amigo Rey, ¿eh?

—Sí, bueno. Es un poco cascarrabias con la gente, pero en casa es un peluchín, ¿verdad? Ven, anda, venga, deja ya de oler a Pablo. ¿Oye, te importa que te tutee?

—No, no. Yo también lo prefiero.

Rey se fue hacia su dueña y de un salto se subió en su regazo. Teresa le acercó la cara y él empezó a lamerla desafortadamente.

—¡Ay! Mi chiquitín. Si es que es un amor. Si no fuera por lo marrano que es. De verdad, es que me tieeene... Mira que le bajo veces a la calle, por la mañana, después de comer, por la tarde, antes de cenar... y, nada, que sigue haciéndoselo. Cuando me encuentro el pis le regaño, le restriego el morro, le enseño la zapatilla, y como el que tiene un tío en Alcalá. ¿Tú crees que es normal? Porque, eso sí, saber, sabe perfectamente que hace mal. No lo entiendo, algunos días...

—Un momento, un momento, Teresa. Vayamos por partes, que si no esto es un lío y al final no me aclaro. Vamos a ver; antes de nada, lo que necesito saber es si, en

casa, Rey se hace sólo pis o pis y caca.

—¡No, no! Sólo pis. Hace ya mucho que la caca la hace siempre en la calle. ¿Por qué? ¿Es importante eso? ¿Qué pasaría si también se hiciese la caca en casa? ¿Crees que...?

La cosa estaba empezando a ponerse fea. Si dejaba que Teresa siguiese preguntándose sobre cada cosa por la que yo le preguntaba, al final iba a acabar preguntándome yo qué hacía preguntándole a ella en vez de preguntarle a Rey y eso tampoco nos llevaría a ninguna parte. Decidí ponerme serio y llevar las riendas de la consulta.

—¡A ver, Teresa, tranquila! Tú límitate a contestar a lo que yo te pregunto, ¿vale? Luego ya te explicaré detenidamente por qué Rey hace lo que hace.

Teresa asintió como pidiendo perdón y, haciendo ademanes que pretendían indicar un afán colaborador, bajó a Rey de su regazo, se atusó el pelo, se estiró el suéter rosa de punto y se irguió en el sofá con expresión seria y solemne.

—Bueno. Así que el problema es únicamente con el pis. Muy bien. ¿Lo hace únicamente cuando se queda solo en casa o también si estáis vosotros con él?

—¡Ah! Le da igual. Vamos, pues anda que tiene algún problema el mozo. Mira, el otro día, sin ir más lejos, estaba yo en el dormitorio sacando unos abrigos del armario para llevarlos al tinte, cuando de repente miro y veo que Rey no está. Mira que es raro, porque donde estoy yo, allí está él; si me muevo, él va detrás; si entro al baño, él tiene que entrar conmigo y, bueno, así siempre. Así que salgo corriendo del dormitorio y veo que en la entrada del salón, ¿has visto que tengo una planta muy grande con las hojas anchas y pintas blancas, como tropical?, se había hecho un pis, ¡el muy guarro! Le cogí, le restregué el morro diciéndole «¡Muy mal! ¡Aquí no se hace!», y casi me muerde, ¡porque no veas cómo se pone cuando le regaña! Ahí sí, echa un carácter el buen señor que ya, ya, y nada, pues eso, que otra vez a recoger el pis y es que tengo el parqué que ya no sé qué hacer. Lo he fregado con lejía, con amoníaco, que me han dicho que es repelente para los perros, y ya se me está poniendo negro en algunos sitios, ¡ah!, y claro...

Definitivamente, yo estaba dirigiendo la consulta como había pensado, ¿o no?

Según Teresa había ido hablando, los gestos de colaboración que por un momento me habían hecho pensar que tenía controlada la situación habían ido desapareciendo. Sólo tenía una opción. Si me empeñaba en tratar de obtener una historia clínica completa, como en teoría se debería hacer en todos los casos, estaba absolutamente abocado al fracaso o a dedicar un tiempo que, precisamente esa mañana con las consultas que había citado, no me sobraba. Así pues, decidí pasar directamente al plan B: ir cogiendo, como el que picotea de un surtido de frutos secos, de todo lo que Teresa me iba contando a su manera, lo que era relevante para saber por qué Rey se hacía pis en casa.

Afortunadamente, el caso era sencillo. Bueno, era sencillo sólo en parte.

Cuando le pedí a Teresa que me mostrase los lugares donde Rey solía hacerse pis se confirmó que esos rastros que había visto antes eran de él. En esas zonas, el parque estaba realmente deteriorado, negro y sin brillo, probablemente más por los productos usados al fregar que por el efecto de la orina en sí, ya que normalmente sólo era una pequeña cantidad lo que el perro orinaba. El animal no lo hacía directamente sobre el mismo parque, sino que, levantando la pata, la orina era depositada a unos centímetros sobre el suelo, sobre objetos verticales (maceteros, patas de sillas, marcos de puertas, etcétera) y de ahí escurría hacia abajo.

—¡Ah, bueno! Y las cortinas, que ya se me olvidaba. Ves cómo las tengo que tener, ¿no? Si las dejo estiradas, así, sin el nudo, las tengo que echar a lavar un día sí y otro también. ¿Verdad? ¡Eh!, ¿qué has hecho aquí? ¡Huummm! ¡Perro malo!

Rey, que estaba detrás de nosotros, miró a su dueña y rápidamente echó las orejas hacia atrás al oír que le regañaba. Sin embargo, un momento más tarde, tras evaluar mejor su tono de voz, adoptó una actitud dubitativa, como si pensara: «¿Qué le ha dado a ésta ahora? ¿Qué me está contando? Sí, bueno, parece como si estuviese medio enfadada por algo, pero ¿por qué?». Y, tras recuperar la compostura, finalmente, pareció decir: «¡Bah!, yo a lo mío».

Un instante después, mientras seguíamos hablando frente al ventanal del salón, Rey, ni corto ni perezoso, se acercó tranquilamente a la mesa de madera de raíz y levantando la pata contra una de las sillas clásicas que la rodeaban, dejó salir un chorrillo de orina.

—¡Reeeyyyy! Pero ¿qué haces? —gritó Teresa saliendo en dirección al perro, a la vez que éste ponía pies en polvorosa y se escondía debajo de una de las pequeñas mesitas que decoraban el salón—. ¡Te voy a matar! ¡Ay, señor! ¿Has visto? ¿Ves cómo lo entiende? ¿Qué hago? ¿Le pego con la zapatilla? ¿Le doy con el periódico?

Como decía antes, el caso era de lo más corriente. Teniendo en cuenta los lugares donde orinaba Rey (que era un macho entero, es decir, sin castrar), la cantidad de orina evacuada y la postura típica, no quedaba otro diagnóstico posible que el de marcaje sexual u hormonal. Pero, por si fuera poco, uno de los limpiadores que Teresa había usado, concretamente el amoniaco, había actuado como un refuerzo de la conducta del perro. El olor del amoniaco junto con los restos orgánicos del suelo, al degradarse, es para los animales muy similar al de la orina y les induce a hacerlo de nuevo allí.

—No, Teresa, no. No conseguirás nada pegando al perro. Aunque sea difícil de entender, él realmente no comprende que eso está mal hecho.

—¿Cómo no lo va a entender? —preguntó ella.

—Para que el animal relacione lo que ha hecho mal con el castigo, éste debe aplicarse siempre en el momento justo en que lo está haciendo. Si no, no lo asociará.

Y, por lo que me has dicho antes, no siempre le pillas haciéndolo, ¿o sí?

—No, no le veo casi nunca, pero siempre se comporta igual que ahora. Si no le logro coger, se esconde y me mira con cara de culpable.

—Pero no se esconde porque sepa que ha hecho algo malo, lo que intenta es, simplemente, evitar el castigo que sabe que se le viene encima cuando le gritas así. De hecho, cuando antes le has regañado al enseñarme las cortinas, ha tenido también una actitud miedosa en un primer momento, pero viendo que tu reacción no llegaba a ser más fuerte se ha tranquilizado. Y, respecto a la expresión de culpabilidad, no es eso lo que intenta transmitir el perro. La actitud es de sumisión y lo que pretende conseguir es que te calmes y no le grites más. De todas formas, y dejando a un lado que lo entienda o no, el problema no es que Rey no sepa dónde tiene que hacer el pis y que vaya a aprender castigándolo. Para él, hacerlo es una necesidad. Una necesidad «lógica» para un macho.

Una vez que Teresa hubo recogido y fregado el pis de Rey, nos sentamos de nuevo para comentar cuál era la solución para el problema.

—Bueno, Teresa. Pues la solución al «problemilla» de Rey es bien sencilla. Como te decía, lo que está haciendo el perro no es fastidiar, sino dar rienda suelta a una necesidad. Está marcando por el efecto de las hormonas sexuales masculinas que posee. Por tanto, si quitamos las hormonas sexuales, se acabó el problema, ya está.

—Vale, ¿pero cómo le quitamos las hormonas? ¿Hay que darle alguna medicación para eliminarlas? ¿Cómo lo hacemos?

—No, no es con una medicación. Lo que hay que hacer es eliminar la fuente de las hormonas, es decir, sus testículos.

—¿Cómo que sus testículos?

—Sí, pues eso, que lo que hay que hacer es castrarlo.

¡Ay, Dios mío! En buena hora pronuncié esa palabra maldita. Hasta ese momento, Teresa había estado nerviosa e intranquila, así era ella. Pero al oír la palabra «castrarlo» se quedó rígida e inmóvil, como si le hubieran dicho que un familiar cercano había pasado a mejor vida o, más bien, como si a ella misma le acabaran de confirmar que padecía una enfermedad terminal. Durante unos segundos me miró en silencio, bloqueada, sin saber qué decir.

—Pero, ehhh... ¿Cómo vamos a hacer eso? ¿Cómo le voy a quitar sus «bolitas»! Yo no puedo hacerle eso a mi Rey. No, no, no, de ninguna manera, pobrecillo. Me odiaría a muerte para los restos.

Según iba hablando, el bloqueo mental de Teresa iba desapareciendo, dando lugar a una mezcla de animadversión hacia mí y de compasión hacia su queridísimo animal.

—¡Pobre animalito! Vamos, que no. ¡Ay, es que no me lo quiero ni imaginar! Luego, ahí, como un trapo, sin ganas de nada, porque, claro, él lo notaría y seguro

que después de eso no querría ni mirarme. No, no, no. ¡Bueno! Y Alberto, ¡ay, Alberto!, si se entera de que estamos hablando de hacerle eso al perro, me mata, vamos. A su Rey que ni se lo toquen, ¡por favor!

Alberto era el marido de Teresa. Desgraciadamente no había podido estar en casa para la visita, había tenido que ausentarse todo el fin de semana por unos problemas de última hora con una sobrina o no sé qué.

Sabiendo de antemano que la batalla, al menos de momento, estaba perdida, intenté explicarle a Teresa que la castración era una operación muy sencilla y que no tenía consecuencias sobre el carácter del animal, salvo en las conductas típicas de los machos^[8].

—Sí, ya, ya. Pero yo he oído que se quedan muy tirados, como que pierden fuerza y no quieren hacer nada. Y, además, lo peor de todo, él sabrá que he sido yo quien le ha llevado a la veterinaria y, entonces, ¡a ver!, ¿qué hago yo? Ya no querrá dormir en la cama conmigo, ¡y seguro que si le voy a tocar se aparta! Ay, ay, que no, que no.

—A ver. Que no, Teresa, que no. El perro no es consciente de esas «bolitas» que tiene ahí. Él no sabe que son ellas quienes producen las hormonas que lo incitan a marcar. Y, por supuesto, al quitárselas no va a sentir que quiere seguir marcando pero que ya no puede. Esa necesidad le desaparece completamente. Es imposible que el perro piense que has sido tú quien le ha dejado hecho un «medio perro», porque no se sentirá así.

—Ya, pero soy yo quien le ha llevado a la clínica para que se lo hagan, ¿no?

—Sí, pero vamos a ver. Tú eres la que normalmente lleva a Rey a la clínica para vacunarle, ¿no es así?

—Sí, ¿y?

—¿Cuando vuelves de la clínica él te evita y no quiere saber nada de ti?

—No, está como siempre.

—¿Y no le hacen daño al vacunarle?

—¡Bueno!, no veas cómo se pone. Si le tenemos que poner el bozal y todo, no vaya a ser que muerda a la veterinaria.

—¡Pues entonces! Si él de lo único que se va a enterar es del pinchazo para la anestesia. Luego se queda dormido y no se entera de nada. Cuando vuelvas a casa con él, estará adormilado y un poco molesto, pero en tres o cuatro días lo tienes corriendo y ladrando como hace un rato.

Después de casi un cuarto de hora de ejemplos y aclaraciones, más ejemplos y más aclaraciones, desistí. No tenía sentido insistir más. Para Teresa su parqué era muy importante, pero los testículos de Rey lo eran más aún.

—Bueno, Teresa, sólo te puedo decir que os lo penséis, que lo habléis Alberto y tú y toméis una decisión. Yo no trato de convenceros de nada. El parqué y las cortinas son vuestros, así que...

—No sé, no sé. La verdad es que no me esperaba esto. Pensaba que lo que nos ibas a decir es que teníamos que ser más duros con el perro, que nos ibas a enseñar cómo castigarlo, ¡qué se yo! ¿No hay ningún repelente que pueda echar para que lo deje de hacer? Me habían hablado de uno que a los perros no les gusta nada, ¿cómo se llamaba...?

—Yo no conozco ninguno que funcione, Teresa. Como muchísimo, lo único que podrías conseguir es que Rey dejara de hacerlo en los sitios donde lo hace ahora y lo hiciese en otros similares, con lo cual tendrías el doble de parqué echado a perder.

—¡Ay, no!, más no. Ya lo que faltaba. Pues vaya panorama.

No quise decirle nada respecto a usar otros limpiadores que ayudan a neutralizar el olor del pis de los perros y que en combinación con la castración pueden hacer que éstos dejen de orinarse más rápidamente, porque habría supuesto el rechazo definitivo y permanente de la cirugía. Sólo si al final se decidían a hacerlo, se lo comentaría una vez que hubiesen operado a Rey.

—O sea, que no hay nada, aparte de hacerle «eso».

—No, Teresa. No hay nada más. «Eso» es lo que funciona.

Tampoco le comenté que en algunos casos en que se va a utilizar el perro para cruzarlo, porque tiene un buen pedigrí, o cuando la castración no funciona, utilizamos una medicación que puede hacer que deje de marcar. En este caso, no lo hice tanto por obligarle a que operase al perro, sino porque la efectividad de la medicación es mucho menor que la de la cirugía y además puede tener efectos secundarios relativamente serios, cosa que no sucede con la castración.

—¡Ufff, qué difícil es esto!

Bueno, al menos, y ya al final de la visita, parecía que había logrado sembrar una pequeñísima duda en el ánimo de Teresa, ¡que ya era algo! La estrategia de no moverme un ápice de mi posición y no ofrecerle una alternativa a la castración, aunque podía tener efectos contraproducentes, provocando una situación de conflicto importante en la relación con el animal, reforzaba mi seguridad y confianza en la resolución del problema y esperaba que con ello Teresa y Alberto acabasen por aceptar mi consejo.

Ya en el umbral de la puerta color roble me despedí de Teresa. Por supuesto, Rey volvía a ladrar como un desaforado, a ver si de una vez por todas lograba echarme de allí. Si, como pensaba su dueña, hubiera sido consciente de mi recomendación, no sólo me hubiera ladrado, sino que me habría mordido hasta dejarme hecho un eccehomo.

—Pues nada, háblalo con Alberto y me comentas lo que hayáis decidido, ¿de acuerdo?

—Sí, bueno, hablaré con él..., pero, vamos, ya te digo que le va a parecer incluso peor que a mí.

—¡Ay!, los hombres, si es que sólo pensamos en una cosa, ¿eh?

—¡A mí me lo vas a decir!

—Venga, Teresa, lo dicho. Hablamos.

—Muy bien. Muchas gracias, Pablo. Hasta luego.

—Hasta luego.

Mientras bajaba por la escalera, todavía pude escuchar parte de la conversación que Teresa mantenía con Rey: «Venga, anda, entra. ¡Ay!, si no fueras tan marrano. ¿Has visto lo que pasa? Y ahora qué hacemos, ¿eh?, a ver, ¿qué? ¡Ay, señor, señor! ...».

Aunque ya debería estar curado de espanto, todavía me sigue asombrando la reticencia que existe entre los dueños y dueñas de perros machos a castrarlos. Con las hembras suele ser bastante diferente, ya que es un incordio que manchen cuando tienen el celo y que estén todos los perros del barrio detrás de ellas como una compañía de reclutas recién salidos del Centro de Instrucción de Reclutas después de dos meses sin ver una mujer. Y, probablemente, no menos importante sea el hecho de que, simplemente por ser una hembra, daría igual la especie, incluida la humana, se le pueden hacer cosas socialmente aceptadas que en un macho resultarían un ultraje de dimensiones inconcebibles. ¡Ah!, bueno, y si en vez de un perro, Rey hubiera sido un gato, ni siquiera habría llegado a visitar a Teresa. Hace ya meses que le habrían operado. Claro, el olor del pis de los gatos no hay quien lo aguante y, ante eso, pues oye, como que si lo esterilizamos hasta le va a venir bien porque así, hummm... ¡Pierde peso!

El pequeño dictador



Salí de «Sanse»^[9] a toda pastilla porque al final me había entretenido más de la cuenta en casa de Teresa. Sin embargo, al irme aproximando de nuevo hacia la M-40, la celeridad que llevaba se vio frenada casi en seco gracias a un precioso atasco producido por el vuelco de un camión de Coca-Cola.

Casi me da algo. ¡Toda esa cola desparramada por el suelo! Estuve a punto de bajarme del coche y «distraer» unas cuantas botellas, pero, gracias a Dios, cuando ya me iba a decidir a hacerlo, sonó el móvil: *Piriri-piriri, piriri-piriri*.

—Sí, ¿dígame?

—Sí, hola, eh... ¿Pablo Hernández?

—Sí, soy yo.

—Hola, qué tal. Mire, es que me han dado su número en la clínica veterinaria.

—Ya.

—Bueno, es que tengo un problema con una perra. ¿Le cuento ahora o está ocupado?

—No, no, dígame, ¿qué le pasa?

—Verá, el caso es que hace dos meses adopté una perrita de una protectora de animales y nos está destrozando la casa. Cada vez que la dejamos sola, nos coge cualquier cosa que tenga a mano y lo deja hecho trizas. Ya no podemos más; hemos probado de todo, regañarla cuando volvemos a casa, ignorarla, como nos dijeron en el veterinario, echar repelentes en ya no sé cuántos sitios, y no hay manera. Estamos realmente desesperados, usted es lo último que estamos dispuestos a intentar, si no se corrige la devolveremos, con toda nuestra pena, al albergue. Así no podemos seguir.

—¿Qué edad tiene la perra?

—Pues, a ver... ahora acaba de cumplir nueve meses más o menos.

—¿Y qué raza es?

—No, bueno, no es de ninguna raza en particular. Es un cruce, por lo que nos han dicho, de pointer con algún perro más pequeño. Pesará unos doce o trece kilos.

—Muy bien. Bueno, mire, lo primero que tendríamos que hacer es quedar un día en su casa para poder hablar con usted, ver a la perra y, si es necesario, grabarla en vídeo. Necesitamos saber por qué destroza, ya que si no, no podremos poner un tratamiento que sea efectivo.

—Pero, verá, le explico, es que no lo hace todos los días que se queda sola. Y no siempre coge las mismas cosas...

No sé muy bien por qué, pero muchos clientes, cuando me llaman por teléfono para comentarme el problema de su animal, en cuanto hablamos de concertar una cita se hacen los sordos y siguen contándote lo que hace o deja de hacer el perro, lo hartos que les tiene, etcétera. Supongo que pretenden que les des algún consejo por teléfono, ahorrarse la visita, y por eso insisten en darte más datos sobre el problema.

—Ya, ya, por eso le digo que tenemos que ver exactamente qué pasa.

—Sí, pero ¿es normal? No sé, yo he tenido perros antes y nunca me ha pasado esto.

—Ya, bueno, lo que le decía, tenemos que verlo.

—¡Ah! Y otra cosa, a veces coge cosas, sobre todo mías y se las lleva a su colchoneta, sin romperlas.

—Sí, ya.

—No sé, ¿y cree usted que esto se solucionará?

—No le puedo decir sin verlo.

—Es que me han dicho que cuando llegue al año se calmará y dejará de romper.

—Puede ser.

—Pero ¿y si no para? Yo no puedo seguir aguantando esto.

En ese punto decidí no contestar. Algunas personas pueden insistir en que les aconsejes telefónicamente hasta la extenuación, como era el caso.

—¿Oiga?

—Sí, dígame.

—Bueno... y, esto... ¿Cuándo podría usted venir?

—Cuando a ustedes les venga bien. Puede ser por las mañanas, por las tardes...

—Tendría que hablar con mi marido a ver cuándo puede él.

—De acuerdo. Hable con su marido y llámeme para decirme cuándo podemos quedar. Ahora tengo que dejarla porque me están llamando por la otra línea.

—¡Ah! Disculpe. Bueno, yo le llamo con lo que sea.

Esta era la única manera definitiva, salvo casos que superan lo imaginable, de deshacerme de este tipo de clientes. En esta ocasión, como sucede en otras muchas, la buena señora volvió a llamarme al día siguiente para preguntarme el precio de la visita. Esa fue la última vez que hablé con ella y, por supuesto, jamás visité a la perra que «tan desesperados» les tenía.

En ese caso, y dada la edad y la raza de la perra, lo que probablemente sucedía era que el animal estaba dando rienda suelta a su conducta exploratoria y a su necesidad de liberar la energía juvenil que rebosaba. Se la podría haber controlado fenomenalmente bien cansándola con los largos paseos que le habría recomendado a su dueña que le proporcionara antes de dejarla sola, y usando juguetes apropiados que

habrían mantenido la atención del animal lejos de los objetos y muebles que no tenía que destrozar. A ese tipo de perros que les encanta pasarse horas y horas mordisqueando cosas, un juguete tan sencillo de conseguir como una botella grande de plástico, vacía, en la que se meten algunos premios o un hueso de caña de vaca, como el que se usa en el cocido, pero más largo, grande y relleno con algo de comida que les cueste sacar de él, puede cansarlos y distraerlos el tiempo suficiente como para que luego sólo piensen en dormir a pata suelta y recuperar fuerzas hasta que regrese su dueño a casa un buen rato después. Pero también podría no ser eso lo que le pasaba y haberme equivocado de cabo a rabo con las recomendaciones que la mujer pretendía que le hubiera dado por teléfono.

Puedo entender que para la mayoría de los propietarios de animales una consulta con un etólogo veterinario sea algo raro, desconocido y a lo que no saben cómo enfrentarse. Sin embargo, a nadie le sorprende la imposibilidad de hacer un diagnóstico y poner un tratamiento por teléfono si el animal cojea o tose, siendo necesario llevarlo a la clínica veterinaria para que el profesional lo examine. La etología no es una especialidad distinta de las demás en este sentido. Necesitamos hacer un diagnóstico preciso del problema que presenta el animal, para así poder instaurar el tratamiento adecuado. Si no recuerdo mal, el ilustre doctor Marañón ya dijo algo así como: «Un tratamiento sin un diagnóstico en el que sustentarse no es un acto médico, es simplemente una acción de curandería».

Dejé atrás el embotellamiento circulatorio y telefónico en el que había estado inmerso y me dirigí hacia Vicálvaro, uno de esos barrios del extrarradio de Madrid que han visto multiplicar de manera desproporcionada su población gracias al *boom* inmobiliario sufrido en tantas ciudades españolas.

En la calle Minerva, número 42, de dicho barrio, vivían mis siguientes clientes. Por supuesto, la vivienda se encontraba en otra de esas urbanizaciones cerradas que tanto detesto. Sin embargo, el diseño y la calidad de la construcción no tenían nada que ver con la casa de Teresa. Todo lo que podía observar denotaba que se trataba de viviendas de protección oficial para personas con recursos más modestos. No había cortezas de árbol cubriendo los jardines, de hecho no había jardines, ni farolitos a ras del suelo ni nada parecido. Simplemente había cemento. Algunos bloques de este material se habían acondicionado como bancos, formando una especie de plaza en la cual había un par de abueletes tomando el sol.

En esta ocasión el código a teclear para poder acceder a la casa de Javier y Susana, que así era como se llamaban los dueños de Harpo, era el 99 campanita. Abrieron la puerta y subí al quinto piso, esta vez en ascensor, para no caer muerto a la entrada de la casa.

Salió a abrirme Susana. Era una morenaza de entre veinte y veinticinco años, pequeña, pero con un cuerpo que quitaba el sentido. Muy al estilo de las jóvenes de

hoy en día, había perforado su ombligo con un *piercing* en forma de media luna con una piedra brillante en un extremo y una bola metálica en el otro. También el labio inferior de su boca estaba dividido en dos por un aro que lo atravesaba en todo su grosor, que no era poco.

—¿Eres Pablo?

—Sí, Pablo Hernández.

—¿Qué tal? Pasa.

Tenía una voz áspera pero muy sugerente. Al volverse para dirigirse hacia el salón observé que llevaba tatuados unos símbolos tribales en el hombro derecho y algo que podía ser unas alas en la parte baja de la espalda. Este último dibujo no se apreciaba en su totalidad y sólo podía adivinarse en la dorada parte de piel que quedaba al descubierto entre la camiseta de tirantes de color beis y el vaquero de talle bajo.

—Javier está en el baño; ahora mismo sale. Siéntate donde quieras.

—Gracias.

El salón estaba decorado con muebles de una conocida cadena de tiendas, que no quiero ni nombrar, de procedencia sueca. Gracias al éxito de dicha marca de muebles, el 90 por ciento de los hogares, al menos de los que visito yo, se están convirtiendo actualmente en clones unos de otros, haciendo que la originalidad en la decoración brille por su ausencia. Me senté en el sofá, al otro extremo de donde lo había hecho Susana para evitar cualquier roce inocente con ella que me distrajera del trabajo.

—¿Y el perro? —pregunté.

—¿Harpo? Es que es un poco tímido. ¡Harpo! Chico, ven anda. Venga, ven aquí.

En ese momento, asomando solamente la cabeza por la puerta que daba a las habitaciones apareció Harpo. Era un bulldog francés, una raza de perro que se ha puesto muy de moda últimamente. Mirando con los ojos saltones característicos de los de su raza y con la boca muy cerrada, que pronunciaba los pliegues del morro y la nariz, sin levantar más de dos palmos del suelo, se quedó observándome sin saber muy bien qué hacer. Después de pensárselo unos segundos, decidió acercarse lentamente hacia Susana. Al llamarlo yo, reculó y se escondió detrás de su dueña.

—Pues sí que es tímido, sí —comenté.

—La verdad es que los hombres le asustan más que las mujeres. Pero, bueno, normalmente después de un rato va tomando confianza.

Unos instantes después, Javier se unió a nosotros en el salón. Era también un chico joven, pero mayor que Susana, de aspecto atlético, bastante musculado y, por supuesto, con tatuajes en ambos brazos. En su caso se trataba de símbolos orientales que no tengo la menor idea de lo que significaban. Por el físico de ambos miembros de la pareja deduje que debían echar sus buenas horas en el gimnasio.

—¡Hola!, soy Javier.

—¿Qué tal?, Pablo Hernández —dije mientras me levantaba para darle la mano.

—¿Te ha contado ya Susana el problema que tenemos con el perro? —preguntó él mientras nos sentábamos de nuevo en el sofá.

—Bueno, me comentó por teléfono que se han quejado los vecinos de que ladra como un desesperado cuando se queda solo en casa.

—Eso parece. La verdad es que nosotros no sabemos si es así, porque como sólo lo hace cuando nos vamos...

—De todas formas, el vecino que se ha quejado, porque ha sido sólo uno, es un gilipollas —replicó Susana—. ¡Tú te crees que el muy imbécil lo último que ha hecho ha sido dejarnos un anónimo pegado con celo en la puerta! Como si no supiéramos que ha sido él. «¡Que se calle el perro YA o llamo a la policía!». ¡Tiene cojones el menda!

Susana no tenía precisamente un vocabulario ejemplar, pero esa manera de hablar, unida a la aspereza de su voz y a las facciones duras, contundentes, de su cara, le daban un carácter barriobajero increíblemente sensual. Realmente me gustaba esta chica. Y es que era especialmente guapa, como un diamante sin pulir.

—¿Tenéis mala relación con él?

—¿Mala? —se quejó ella.

—En realidad he discutido con él en un par de ocasiones desde que vivimos aquí —apuntó Javier, mucho más comedido que su novia.

Javier parecía buena gente. Junto a la impecable forma de expresarse, su mirada, limpia y directa, le quitaba mucha dureza al resto de su fisonomía. Llevaba el pelo muy corto, casi al cero, un arete de color negro en el lóbulo de la oreja izquierda, que dejaba un orificio en el centro por el que podría pasar yo si no estuviera tan fondón, y una ceja rasurada en su extremo formando tres líneas paralelas.

—¿Por Harpo? —volví a preguntar.

—No, no. Por la plaza de aparcamiento. Este hombre tiene un todoterreno enorme y su plaza y la mía son contiguas, de forma que si no lo aparca perfectamente yo no puedo mover mi coche. El problema es que, encima, cuando le pides que lo quite para poder salir, tarda una eternidad en bajar a hacerlo, te pone mala cara y va maldiciendo continuamente y, claro, si tú tienes el día malo y a Susana al lado ya está el lío formado.

—¡Coño! ¡No te jode! Di que el palurdo este se cree el rey de la urbanización porque vive en el ático más grande y tiene el coche más grande de todos nosotros. Y luego es para verlo, es un enano calvo y feo como pegar a un padre con un calcetín *sudao*. Ya lo dice el refrán: «Dime de qué presumes y te diré de qué careces». ¿Sabes cómo le llamamos? «El pequeño dictador». Se le ocurrió a Javi, por una peli, ¿no?

Javier simplemente asintió. Susana se había despachado a gusto. Mientras tanto, Harpo, que había vuelto a dejarse ver ligeramente, la miraba gesticular moviendo su

cabeza hacia un lado cada vez que ella pronunciaba un taco.

De la charla que habíamos mantenido pude extraer dos conclusiones: una, que para Susana el problema no lo tenía el perro, sino el vecino, y dos, que era imposible saber con seguridad si Harpo ladraba tanto que llegaba a molestar o si simplemente el más mínimo ladrido del perro alteraba profundamente la paz del pequeño Chaplin vicalvareño.

—Vale. Vamos a hacer una cosa. Como la única referencia que tenemos sobre lo que hace Harpo cuando se queda solo en casa es lo que dice el vecino, vamos a grabarlo en vídeo para saber realmente qué ocurre; si ladra continuamente o sólo responde a ruidos externos, y si existen signos de ansiedad provocados por vuestra ausencia. ¿De acuerdo?

—Muy bien —dijo Javier—, ¿necesitas alguna cosa?

—No, nada. Lo único que tenemos que hacer es poner la cámara en algún sitio elevado, por si Harpo intenta morderla, y enfocarla hacia la puerta de salida, ya que muchos perros que tienen este problema, al dejarlos solos, suelen pasar la mayor parte del tiempo cerca de ella.

—¿Cuánto tiempo tenemos que dejarlo solo? —preguntó Susana, levantándose del sofá.

—Entre media y una hora —contesté. Yo ya había hecho lo mismo, y me dispuse a colocar la cámara de vídeo en una de las estanterías del mueble de color haya que tapizaba toda una pared del salón. Desde ese punto podía verse perfectamente algo de esa habitación, el recibidor casi inexistente y gran parte de la puerta principal.

Pedí a Javier y Susana que se preparasen para salir de casa como hacían habitualmente. Yo los esperaba en la calle para tratar de influir lo menos posible en la conducta, tanto de ellos como de Harpo.

En cuanto salí del portal, y mientras esperaba a que ellos bajaran, me encendí un cigarro. Allí seguían los dos abueletes, sentados en el bloque de cemento, como si fueran dos baterías cargándose al sol. Me recordaron muchísimo a una profesora de latín que tuve en el instituto. Ramona Rey se llamaba. Debía de tener en aquella época, hace ya de más de veinte años, edad suficiente para haberse jubilado dos lustros antes. Era un encanto de mujer, al menos yo la recuerdo así, frágil como una hoja seca, y aparentemente con tan poca vida como ella cuando llegaba a clase. Sin embargo, a medida que su cuerpo menudo y arrugadísimo, sostenido por el sillón destinado a los profesores y orientado hacia el ventanal del ala este del aula, recibía los rayos de sol, una energía invisible lo iba inundando dándole una vitalidad inusitada que mantenía durante toda la hora en que estaba con nosotros. Siempre recordaré una corrección que nos hacía: «*Gratias agere* no quiere decir hacer gracias, hacer chirigotas. *Gratias agere* quiere decir dar las gracias». *Gratias*, Ramonita.

Giré la cabeza y observé atónito cómo desde la entrada principal de la

urbanización se aproximaba un chaval de dieciocho o diecinueve años, tremendamente delgado y con aspecto desaliñado, como de recién levantado. Si uno lo hubiera visto a él solo, pensaría que se había fumado o bebido algo muy malo por la expresión iracunda y los tumbos y movimientos espásticos que daba de un lado a otro. «Mira, el hijo de la Juani, tan joven y ya tan echado a perder», habrían comentado las cotillas del vecindario. Pero la causa de tan extraña manera de comportarse se encontraba tres o cuatro metros por delante de él. Era un perro labrador de color canela, joven, que iba tirando como un desaforado de la correa que sostenía a duras penas el chico. El jadeo del animal, entrecortado y agudizado por la presión que ejercía sobre su garganta el collar de pinchos que llevaba, era tan sonoro que a buen seguro provocaría que «el pequeño dictador» terminase por dejar un anónimo en la puerta de sus dueños.

Cuando llegó a uno de los bloques de cemento del recinto interior de la urbanización, el perro se detuvo en seco, olisqueó durante uno o dos minutos (sin exagerar) y después levantó la pata dejando su firma en forma de orina, una vez: «Pancho estuvo aquí. 22 de octubre de 2006, once cuarenta y cinco de la mañana», y una vez más: «¡Ah!, machote donde los haya». Mientras el can informaba a sus congéneres de quién era y cuándo había pasado por allí, su escuálido paseador aprovechó para recuperar fuerzas inclinando el cuerpo hacia delante, con la cabeza agachada, y apoyando las palmas de sus manos sobre las rodillas ligeramente flexionadas.

—¿Qué tal, Juanito? —saludó Javier, que acababa de salir del portal acompañado de Susana—. ¿Cómo lo llevas con el percherón?

—¡Jooodeeer! Es la hostia, tío —respondió el chico levantando la cabeza—. Llevo diez minutos de paseo con él y estoy más cansado que al levantarme después de una noche de farra.

—Tendrás que hacer algo, ¿no? Mira, este hombre es etólogo —le informó Javier, señalándome—, a lo mejor te puede echar una mano.

—¿Que es qué? —preguntó Juan, arrugando la cara.

—Etólogo. Se dedica a tratar problemas de conducta en perros —explicó Javier.

—¿Un psicólogo de perros?... ¡Ahí va, mi vieja!, no jodas.

—No, no jodo, pero sí, soy etólogo —respondí con bastante desgana.

—Tronco, dime qué hago con la bestia esta —me preguntó el chico, ignorando mi falta de interés—, primero le puse un collar de ahogo, ahora el de pinchos y el cabrón sigue igual. ¿Le pongo el de descargas? El Rulos se lo puso al suyo y dice que va como Dios.

Cuando Pancho reparó en que su dueño estaba hablando con nosotros, se volvió hacia donde estábamos y, con la lengua fuera y moviendo el rabo como el aspa de un ventilador, empezó a gimotear y a pedir que le hiciéramos caso. Susana se dirigió

hacia él.

—¡Qué pasa, Panchete! ¿Cómo estás?

Al ver que Susana se acercaba y le hablaba, Pancho dio un tirón súbito de la correa arrastrando con él a Juan y, acto seguido, se puso de manos sobre el pecho de la morenaza, haciendo que, por un momento, aquélla perdiera el equilibrio.

—Mira... que eres bruto, colega —pudo decir entrecortadamente Susana tratando de sujetarle las patas y dejando que el perro le lamiera la cara como un loco—. ¡Venga!, ya está.

—Tendrías que pensar en educarlo —comenté brevemente—, lo que le pasa al perro es simplemente un problema de educación. Yo no usaría el collar de descargas, por mucho que el Rulos diga que a él le ha funcionado.

Si muchos propietarios pudieran ver algunas de las consecuencias del uso de los collares eléctricos que yo he tenido la desgracia de tratar, considerarían de otra forma muy distinta estos dispositivos. He visto varios perros con quemaduras en el cuello por las descargas repetidas, un pastor alemán que no dejaba que el hijo del dueño se acercara a menos de cinco metros, porque el pobre muchacho, siguiendo los consejos de un «profesional», usaba una porra eléctrica para corregir los gruñidos del can, y un caso, aún más sangrante, en el que otro supuesto «profesional» trataba de corregir un problema de agresividad con niños pequeños en un teckel a base de enfrentarlo a ellos y castigar la conducta agresiva con el collar de impulsos. Ni que decir tiene que este último animal no dejó de ser agresivo con los niños. Acabó siendo sacrificado porque mordió a una niña adoptada por la familia a los dos días de llegar la criatura a casa.

No puedo negar que existan casos en los que los dueños de algunos perros han conseguido eliminar el problema de conducta que sufrían haciendo uso de este tipo de herramientas. Sin embargo, el peligro de su mala utilización, la alta probabilidad de efectos colaterales indeseables, la existencia de métodos alternativos más «humanitarios» y el menoscabo del bienestar del animal, hacen que sean sistemas totalmente desaconsejados.

Desafortunadamente, el tipo de sociedad en la que vivimos nos empuja a tratar de alcanzar satisfacciones inmediatas en todo lo que hacemos y, si es posible, con el mínimo esfuerzo. La educación de los perros no escapa a esta mentalidad. Queremos que los animales se comporten bien y que sea ¡ya! Pero educar un perro no es algo que pueda conseguirse, en la mayoría de las ocasiones, en poco tiempo. Requiere una dedicación importante, constancia y, sobre todo, una buena dosis de paciencia. El animal no nace sabiendo y somos nosotros, marcándole unas normas y guiando su comportamiento, si es necesario con la ayuda de un profesional, los responsables últimos de lo que llegará a ser en un futuro. ¿Existe mayor satisfacción que ver cumplidos nuestros objetivos después del duro trabajo realizado?

—¡Ya!, claro, pero eso vale una pasta —respondió Juan.

—Y el collar eléctrico te lo regalan en El Corte Inglés, ¿no? —espeté yo.

—No, pero...

—Bueno, tenemos que irnos —corté secamente a Juan, mientras echaba a andar —, si quieres que te ayude con Pancho, pídele mi teléfono a Javier y hablamos.

Me dirigí hacia la salida de la urbanización seguido por Susana y Javier.

—Es buen tío, aunque parezca un poco *pasao* —comentó Susana.

—Ya, no lo dudo, pero no tiene sentido estar más tiempo hablando con él —respondí—. Si me hubiera dicho que ya había intentado corregir la conducta de Pancho con un educador y que no le había funcionado o algo parecido, no habría tenido problema alguno en intentar aconsejarle algo más concreto. Pero el que prueba todo aquello que le aconsejan amigos, familiares, vecinos, etcétera, sin buscar asesoramiento de un profesional no es alguien que tenga verdadera intención de solucionar el problema. Fijaos en vosotros mismos. Fuisteis a hablar con las veterinarias, Bea y Menchu, para que os dijeran qué hacer con Harpo, os habéis molestado en asesoraros y ellas os han remitido a mí.

—Bueno, yo no fui. Fue Javi —me corrigió Susana.

—Pero eso es porque piensas que vuestro vecino es un capullo, perdona la expresión, no porque no te importe tu perro, ¿no? —le aclaré yo a ella.

—¡Faltaría! Harpo es un sol. Es más bueno...

Había una cafetería en la acera de enfrente, unos metros más arriba. El nombre del local era Venus. La fachada era toda de metal pulido, sólo horadada por nueve pequeñas ventanas redondas dispuestas en diagonal ascendente, la segunda de ellas algo más grande que las demás, y por la puerta de entrada, claro. Nos dirigimos hacia allí para tomar algo, simplemente porque era lo más cercano a la casa que encontramos, mientras esperábamos a que la cámara grabara la conducta de Harpo mientras estaba solo. ¿Qué nos encontraríamos al volver? ¿Ladraría sin descanso durante todo el tiempo que íbamos a estar fuera? ¿Tendría razón Susana respecto a su «adorado» vecino?

Buscando a Susana desesperadamente



Entramos en la cafetería. Era un sitio agradable pero con un punto hortera difícilmente descriptible. A esa hora de la mañana estaba casi vacía, sólo había una pareja mayor tomando un café en una de las mesas y una mujer en bata, fumando un cigarrillo, jugando a la máquina tragaperras.

La que debía de ser la propietaria del local nos preguntó qué queríamos tomar. Supuse que era la dueña porque, viéndola a ella, la decoración de su negocio era perfectamente coherente. Aunque debía de pasar de los cincuenta, no aparentaba más de treinta y tantos. Maquillada como una puerta, llevaba el pelo rojo teñido y cardado hasta la exageración. Un suéter verde oscuro extremadamente ajustado, como un maillot, y con un escote muy generoso, dejaba entrever a la altura del pecho el encaje negro del sujetador que luchaba por permanecer en su sitio a pesar del empuje de los enormes senos. En los antebrazos y manos, en forma de pulseras, solitarios, anillos y sortijas debía de llevar oro suficiente como para comprar la Alhambra de Granada. Supongo que, como me pasó a mí, alguien que viera la serie de televisión *Matrimonio con hijos*, en la que Peggy era la mujer de Al Bundy, pensaría que aquélla había abandonado a Al, había emigrado a España y había puesto un bar en Vicálvaro.

Pedimos dos refrescos de té y una Coca-Cola. La Coca-Cola no era para mí, sino para Susana y, por supuesto, *light*. Después, nos dirigimos a una de las mesas y nos sentamos esperando a que la exuberante Peggy nos sirviera las bebidas. Cogí una de las fichas de la carpeta que llevaba en el maletín y me dispuse a tomar los datos necesarios sobre Harpo y todo lo que rodeaba su perruna existencia.

—Bueno, vamos a empezar —dije, enderezándome en la silla—. Antes de nada, ¿os importa que fume?

—No, nosotros no fumamos, pero no nos molesta —contestó Javier.

—Gracias. A ver... lo primero, ¿qué edad tiene Harpo?

—Cumple cuatro años ahora en noviembre —respondió Susana.

—Vaya, pensaba que era más joven. Se le ve cara de más cachorrore.

—Ya, todo el mundo nos dice lo mismo. Será que le cuidamos muy bien. ¡Ja, ja!
—rió Susana, haciéndole un gesto de complicidad a Javier.

—Y todo este tiempo, ¿ha estado viviendo con vosotros? —volví a preguntar.

—No, con nosotros dos sólo lleva desde el verano, que fue cuando nos vinimos a vivir juntos —explicó Javier.

—Y antes, ¿con quién vivía?

—Con mis padres y conmigo —intervino Susana de nuevo—. Bueno, y con el inútil de mi hermano.

—¿Y eso? —dije mientras daba una calada al cigarrillo.

En ese momento llegó Peggy con los refrescos. A la vez que dejaba unos posavasos muy a su estilo, con las fotos desgastadas de unos planetas, nos echó una mirada dulce pero inquisitoria tanto a Javier como a mí. Debió de gustarle más él, lo que en ese momento me hizo sentirme bastante incómodo, ya que según le servía el refresco le dedicó una sonrisa lasciva y amplia. Sin embargo, aquella sensación se transformó en alivio al observar cómo en esa sonrisa se dibujaba un hueco de proporciones siderales en la zona de los premolares.

Javier le sonrió ligeramente con una expresión entre de sorpresa y rechazo y mientras cogía su vaso miró a Susana con cara de no saber muy bien qué pasaba. Susana miró entonces a Peggy con cara de pocos amigos y ésta decidió recular como una gata vieja acosada por otra más joven. Después, como si no hubiera pasado nada, se dirigió a mí y prosiguió con la conversación.

—Ya ves. No sé realmente de quién es la culpa, si de él o de mis padres. El tema es que el muy mamón se pasa todo el día sin hacer nada, ni curra, ni ayuda en casa, ¡buah, la hostia! Eso sí, ni se te ocurra tocarle la Play. ¡Joder!, parece su novia, no se separa de ella en todo el puto día.

Para aquellos que no hayan reparado en ello, Susana se refería a la archiconocida consola de videojuegos. Según lo que comentaba, el hermano debía de ser tan adicto a ellos como yo al tabaco.

—¿Y se lleva bien Harpo con tu hermano?

—Sí, sí, de coña. La verdad es que era la leche verlos a los dos tirados en el sofá, uno pegado al otro. Y, de repente, cuando mi hermano lograba pasar a un nivel superior del juego que fuera y pegaba un bote de alegría, veías a Harpo ponerse en pie como un resorte, alteradísimo, haciendo un gruñidito de emoción la mar de gracioso.

—¿Lo sacaba de paseo él?

—Sí, pero sólo por la noche. Era cuando el muy perro se despejaba completamente y se iba con los colegas del barrio a fumarse unos petas. Se llevaba a Harpo y lo tenía dos horas por ahí, no me preguntes qué hacía el perro, pero estaba encantado de irse con él.

—Vale. Con tu hermano, sin problemas... Hummm, ¿y con tus padres?

—Bien. Bueno, como a mi hermano, mi madre tenía a Harpo consentidísimo. Cualquier cosa que quería el perro, ¡hale!, ya estaba dándoselo ella...

—Ya, pero, perdona que te interrumpa, ¿también pasaba mucho tiempo con ellos?

—En día de diario, no. Los dos trabajan y suelen llegar tarde a casa. Pero en fin

de semana sí. No son de mucho salir. A mi padre le gusta pasarse las horas muertas viendo deportes en la tele y mi madre se queda con él, cosiendo o lo que sea.

—Pero, entonces, ¿no coincidió nunca que salierais todos y Harpo se quedara solo en casa? —pregunté extrañado mientras apagaba el cigarrillo.

—Pues, a ver... Te diría que como mucho tres o cuatro veces en todo el tiempo que estuvo viviendo allí.

«¡Vaya! —pensé—. Pues parece que hay gente que sale todavía menos que yo».

—Y esas veces ¿qué ocurrió?, ¿nadie se quejó del perro?

—No..., bueno, una vez nos dijo Cesárea, la vecina de mis padres, que si le había pasado algo a Harpo, que había estado llorando un buen rato. Pero nunca le he dado ninguna importancia. Cuando llegamos a casa el perro estaba normal, nos recibió saltando como un loco y ladrando como hace siempre, no sé...

—No, vale, vale. Así que... eso era lo que ocurría en casa de tus padres. Y después, este verano pasado, Javier y tú decidís iros a vivir juntos y traeros a Harpo con vosotros.

—Es que se lo regalé yo a Susana. En su casa siempre habían tenido perro, y el último, que era un chuchillo, blanco y negro como Harpo, lo tuvieron que sacrificar porque ya era muy mayor. Sus padres decían que no querían más animales, pero aquí mi amiga estaba todo el día que si mira ese qué guapo es, que si aquel me recuerda mucho a Zacarías, que era como se llamaba el otro, y, bueno, un día me decidí y aparecí con éste.

—Tenías que haberlo visto. Era... ¡buah!, como una ratilla. Ahí, con el morrete ya arrugadillo, una pasada.

—Pero ¿con qué edad lo compraste? —le pregunté a Javier.

—Bueno, me dijeron que tenía un mes y algo. Ya sé que era un poco pequeño, pero como los padres de Susana siempre habían tenido perros y Zacarías, la verdad, nunca había dado ningún problema, supuse que tampoco era algo que lo pudiera afectar especialmente.

—¿Y dónde lo compraste?

—En la tienda que hay en el centro comercial aquí cerca. Un día que fui a comprar unas cosas, lo vi y me pareció un perro muy gracioso. Les pregunté a las veterinarias qué tal era la raza y me dijeron que aunque tenían su carácter, eran muy alegres. Así que nada, me acerqué al día siguiente y lo compré.

—Viene de algún país del Este, ¿no?

—Sí, de Hungría, creo —dudó Javier—. Ya me he enterado después de cómo los traen y del negocio que tienen montado. Vi un programa en televisión en el que hablaban de ello.

—Es la repanocha lo que hacen. Haceos a la idea de que, para que estén en la tienda con un mes y medio, han tenido que separarlos de la madre como mucho con

tres semanas de edad, luego transportarlos hasta España, en camiones, tenerlos en granjas o criaderos aquí, en condiciones penosas, y por último traerlos a la tienda. Todo esto en la etapa más crítica del desarrollo de un perro. Lo que me sorprende es que no haya muchos más problemas de los que ya vemos. Pero, claro, como en teoría todo es legal, porque entran con sus papeles, etcétera, pues nada, ¡hale!... Bueno, dejémoslo porque me pongo malo. El caso es que os trajisteis a Harpo con vosotros a esta casa y aquí las cosas son diferentes, supongo. ¿Trabajáis los dos?

—Sí —respondió Susana—, los dos. Trabajamos en un gimnasio, en Vallecas.

¡Ajá!, casi había acertado. No es que se machacaran en el gimnasio después de salir del trabajo, sino que trabajaban en uno. Luego me comentaron que Javier era el instructor de *fitness* y que Susana, que estaba normalmente en la recepción, a veces colaboraba con él.

—¿Y qué horario tenéis?

—La verdad es que nos tienen machacados —volvió a intervenir Susana—, normalmente estamos allí de diez de la mañana a diez de la noche, con dos horas de descanso al mediodía. Una mierda.

—Pues sí —afirmé, dándole la razón—. Vaya horario.

—Seguimos allí porque, aunque estamos muy *pringaos*, la verdad es que pagan bastante bien y, bueno, ya sabes, hay que pagar la hipoteca, el coche, qué te voy a contar...

—¿Supongo que al mediodía venís a sacar a Harpo, no?

—Sí, a veces viene Susana, pero normalmente soy yo el que viene a sacarlo.

—Ok. ¿Pis y caca en casa cuando se queda solo?

—No, normalmente no —respondió Susana.

—¿Cómo que no? —le corrigió Javier.

—No, Javi. El perro no suele hacerse nada.

—¡Vaya! Y el sábado pasado o el martes anterior, que fue fiesta...

—¡Ah!, coño, es verdad. Se me olvidaba. Cuando salimos los dos juntos de casa sí suele hacerse algún pis. De todas formas, lo hace muy poco porque casi siempre nos lo llevamos con nosotros cuando vamos a algún sitio.

—Y en esos casos, ¿dónde suele hacerlo?

—En el pasillo, normalmente.

—¿Cerca de la puerta principal? —volví a preguntar.

—Sí, más o menos.

—¿Y hace sólo un pis o varios? ¿Pequeños o grandes?

—Yo creo que sólo uno, no muy grande, ¿no, Javi?

Javier asintió, aunque sin demasiada convicción, como tratando de recordar las situaciones en que había sucedido.

—Ok. ¿Y destrozos? ¿Os rompe algo?

—No. ¿Ves?, con eso no tenemos problema. Ni siquiera cuando era pequeño o en casa de los padres de Susana ha roto nada. Una vez intentó morder una mesa del salón, me parece. ¿Verdad?

—Sí, pero mi padre le dio un sopapo y nunca más lo volvió a hacer. Si es que es muy bueno, el pobre.

Llevábamos ya más de media hora fuera de casa y era momento de ir pensando en volver. Había reunido los datos fundamentales respecto al problema de Harpo; sólo quedaba investigar cómo se comportaba el perro con sus dueños cuando estaban con él en casa, para saber si existían signos de un exceso de apego que me confirmaran lo que estaba pensando. Sin embargo, si era un caso, como yo imaginaba, de ansiedad por separación y el vecino se quejaba con motivo, ¿cómo el resto de los vecinos nunca había protestado? Lo mejor era no adelantar acontecimientos y esperar a ver la grabación.

—Bueno, creo que ya nos podemos ir —comenté—. Entre que pagamos y volvemos, tendremos tres cuartos de hora de grabación. Suficiente.

—Vale, voy a pagar —respondió Javier.

Mientras se acercaba a la barra a pagar, fui guardando la ficha y el bolígrafo en el maletín.

—¿Tienes muchos casos así? —me preguntó Susana.

Levanté la cabeza en dirección a ella según terminaba de cerrar el maletín. Susana se había agachado a colocarse una de las perneras del vaquero y estando en esa postura dejaba ver claramente las alas tatuadas de su espalda, como las de un ángel, y la fina tira y parte del micro-triángulo de un tanga de color blanco inmaculado.

—Sí —respondí absorto en tan espléndida visión—, son muy habituales. Mucho más de lo que la gente piensa.

—Pero ¿con vecinos tan tocapelotas como el nuestro? —volvió a preguntar Susana después de incorporarse y mientras se colocaba la cintura del vaquero.

—Y más aún. He tenido clientes a quienes algún vecino les decía que su perro había estado ladrando tal día y a tal hora y precisamente en esos momentos ellos estaban con el perro en casa. Muchas veces, como os pasa a vosotros, el problema está en alguna rencilla personal entre los vecinos, más que en un problema real con el animal.

—Eso quiere decir que Harpo no tendría por qué tener ningún problema, ¿no?

—No sé, ahora lo veremos.

Nos reunimos con Javier en la barra de la cafetería y los tres nos dirigimos hacia la salida. Peggy no desaprovechó la ocasión para dedicar una nueva sonrisa a Javier en respuesta al hasta luego de éste.

Al entrar en la urbanización en dirección al portal de la casa de Javier y Susana, vi que los abueletes seguían aún tomando el sol. Mientras pensaba en si no serían dos

figuras de esas hiperrealistas como las que ponen ahora en algunos parques y plazas, me pareció oír un aullido corto y muy lastimero. Los dueños de Harpo se miraron extrañados sin terminar de creer lo que habían oído.

—¿Es ese Harpo? —pregunté.

—¡Joder!, claro —exclamó Susana, mirando hacia arriba.

—Yo no le había oído nunca —dijo Javier.

—¡Toma, ni yo!

—Pues si es él puede que sí que tengamos un problemilla —comenté como sin darle importancia.

—Y tanto. No me digas que al final va a tener razón el *atontao* ese.

Subimos a la casa y Javier abrió la puerta. Sin darle tiempo casi a terminar de hacerlo, Harpo salió como una exhalación hacia Susana emitiendo una mezcla de ladridos, gemidos y gruñidos y dando unos saltos enormes buscando que lo saludara.

—Venga, ya está. ¡Abajo!, Harpo ¡vaaamos!, pasa.

—¿Siempre os saluda con esa efusividad? —pregunté mirando a Javier.

—A mí no, desde luego —se quejó él.

—A mí sí —comentó satisfecha Susana, mientras acariciaba al perro para que se tranquilizara—. ¿Qué has hecho? ¡Eh! —dijo después dirigiéndose a él con una expresión en su rostro que para nada indicaba que estuviera enfadada.

Lo primero que hice al entrar en el piso fue observar si Harpo se había hecho pis. Esta vez había habido suerte y no se veía ningún resto de orina en el suelo. A continuación, retiré la cámara de vídeo del lugar donde la había colocado anteriormente y la conecté, según las indicaciones de Javier, a la enorme televisión de pantalla plana y color plata que dominaba el salón. Después nos sentamos los tres en el sofá, con Harpo pegado a la pierna de su dueña, a disfrutar de un rato de lo que se presagiaba una buena película de suspense.

La grabación empezaba con Javier y Susana preparándose para salir, es decir, cogiendo las llaves, las carteras, cambiándose de zapatos, etcétera, mientras Harpo los miraba resignado desde un lugar cercano a la puerta de la calle. Al salir de casa, Susana se agachaba hacia el perro, le daba un beso en la cabeza y le decía: «Ahora volvemos, pórtate bien, ¿eh?». Luego, al cerrarse la puerta, se podía observar a Harpo mirando hacia la salida fijamente por espacio de un minuto, más o menos, para luego empezar a recorrer la casa de arriba a abajo de manera repetida pasando por todas y cada una de las habitaciones de la vivienda. Poco después, los paseos recurrentes empezaban a acompañarse de lloriqueos intermitentes en un tono muy bajo. Esta situación se mantenía durante varios minutos más, mientras la expresión de Harpo se iba tornando más y más angustiada. Y aproximadamente diez minutos después de haberse marchado Javier y Susana de casa... ¡comenzaba el espectáculo! Harpo empezaba a aullar en un tono muy agudo, como si gritara, primero de forma aislada

con intervalos prolongados entre aullido y aullido, para después ir aumentando la duración de los chillidos y reduciendo los intervalos entre ellos hasta casi encadenarse unos con otros.

Miré a Susana. Cabizbaja, se pasaba la mano derecha por la cara, frotándosela, mostrando una gran preocupación. Cuando volvió a levantar la vista sus facciones duras se habían endurecido aún más y movía la cabeza a derecha e izquierda como tratando de negar la evidencia. El vilipendiado vecino tenía razón, muy a su pesar. Pero la expresión seria de Susana no tardó en desaparecer, dando paso a una risa contenida. Señaló a Harpo, y Javier y yo miramos en la dirección que indicaba. El animal, al empezar a oír los aullidos, se había levantado del lugar donde estaba, pegado a Susana, y se había colocado justo delante de la televisión, mirándola fijamente. Resultaba graciosísimo ver a Harpo de espaldas a nosotros, inclinando su cabeza y alzando las orejas cada vez que oía uno de sus chillidos. En un momento determinado estuvo a punto, incluso, de empezar a aullar mientras se oía a sí mismo.

La serenata del perro se mantuvo de manera similar, alternada con movimientos erráticos por la casa y periodos cortos de silencio, durante un cuarto de hora aproximadamente. Luego se tumbó, pegado a la puerta principal, sin aullar. Sin embargo, el aparente estado de calma no era tal, ya que cada pocos segundos el animal levantaba la cabeza y miraba a la puerta para después volver a recostar aquella sobre el suelo. Debiendo de coincidir, más o menos, con el momento en que salimos de la cafetería, volvieron los aullidos, aunque con menor intensidad que al principio, siendo alguno de ellos el que escuchamos cuando estábamos en el recinto central de la urbanización.

Cuando se acabó la grabación, apagué la cámara y me quedé unos segundos en silencio, mirando a los dueños de Harpo, como un director de cine cuando, terminado el pase de la película, espera las críticas de los invitados al preestreno.

—Pues resulta que tiene razón Arturo —por fin Javier se atrevió a nombrar al vecino.

—Ya me estaba temiendo que no se lo inventaba —respondí—. En lo único que se ha equivocado es en decir que ladraba. Es impresionante cómo aulla. Creo que nunca había visto vocalizar a un perro de esa manera... Ahora me explico lo que os dijo la vecina de tus padres aquella vez de si le había pasado algo a Harpo. Es que parece que lo estuvieran matando.

—Joder, no me imaginaba que fuera verdad —dijo Susana, pensando en alto—, estaba convencida de que el capullo ese se quejaba por nada. Yo qué sé... siempre oyes al perro de algún vecino que ladra en algún momento y nadie dice nada, coño. Creía que Harpo hacía lo mismo y que el enano cabezón este se quejaba simplemente por joder.

—Pues ya ves que no. De todas formas, viendo lo que hemos visto, y esto sólo en

menos de una hora, lo que no entiendo es que no se haya quejado ningún vecino más —dije, tratando de encontrar una respuesta.

—A ver —intervino Javier—, yo creo que lo que puede pasar es que a diario la mayoría de la gente que vive aquí se va a trabajar y no están en casa...

—Ya, pero ¿y los fines de semana?

—Como te decía Susana antes, aunque salimos bastante, normalmente nos llevamos a Harpo con nosotros. De todas formas, lo que estaba pensando también es que probablemente este hombre es el que más oiga al perro ya que es el único que vive arriba. Su ático ocupa como los dos pisos que hay por planta en el resto del bloque.

—Pero también está el vecino de enfrente, ¿no?

—¡Ah!, no. Ahí no vive nadie. Lo tienen puesto en alquiler desde que nosotros vivimos aquí. No sé lo que pedirán por el piso, pero el caso es que de momento no lo han alquilado.

—¿Y a vosotros nunca os ha picado la curiosidad de iros de casa y quedaros un rato abajo para ver qué hacía Harpo? Es lo que la gente suele hacer.

—Pues no —dijo secamente Susana—. Como sabemos cómo es el tío este, ya te digo que no pensábamos que fuera verdad.

—Yo estuve a punto —volvió a hablar Javier—, pero bueno, ya sabes, que si vas con prisa o lo que sea, el caso es que al final no lo llegué a hacer.

A pesar de las explicaciones de Javier y Susana, no terminaba de estar convencido de si lo que habíamos visto y oído en la grabación era la norma cada vez que dejaban a Harpo solo en casa. Por eso, más tarde les recomendé que en los días siguientes grabaran ellos con su cámara de vídeo al perro para confirmar que siempre ocurría lo mismo. Desgraciadamente, esas grabaciones posteriores confirmaron que Harpo se comportaba de manera similar la mayoría de las veces que lo dejaban solo.

Los minutos siguientes los dediqué a averiguar cómo era la relación de Harpo con sus dueños cuando estaba con ellos en casa. Habitualmente, la ansiedad que se les genera a los perros al separarse de sus dueños está provocada por el apego excesivo que tienen hacia uno, varios o todos los miembros de la familia. En el caso de Harpo, además, el hecho de ser un animal tímido y desconfiado con los extraños podía facilitar que el apego a sus dueños fuera mayor de lo normal.

Ya había observado que Harpo se mantenía siempre pegado o muy cerca de su dueña, pero quería saber también si en el resto de situaciones cotidianas se comportaba como un sello de correos.

—Sí, como una lapa —confirmó Susana—. Si voy a la cocina, él detrás. Si voy al baño, ahí tiene que estar conmigo... ¡Ah! Y si me ducho, se pone en la alfombrilla de los pies, mirándome, y se queda ahí tumbado hasta que salgo.

«¡No me extraña! —pensé—. Yo haría exactamente lo mismo».

—No me pierde de vista ni un instante —continuó la morenaza—. Pero esto es normal, ¿no? Zacarías también estaba siempre detrás de mi madre y no tenía ningún problema en quedarse solo.

—Sí, pero ¿verdad que si tu madre no le dejaba pasar al baño, Zacarías no se ponía a llorar o a arañar la puerta, como hace Harpo?

—Pues no lo sé. No recuerdo que lo hiciera mi madre alguna vez. Pero ¿cómo sabes que Harpo se pone a llorar detrás de la puerta? —preguntó Susana.

—Porque ésa es una de las cosas que diferencia a los perros que tienen un apego normal a sus dueños de los que tienen un exceso de apego —le expliqué—. Los perros con hiperapego no toleran estar separados de sus dueños bajo ninguna circunstancia, mientras que los que tienen un apego normal prefieren estar cerca de sus dueños pero no se mueren si no pueden hacerlo.

—Entonces, lo que le pasa al perro es... ¿que nos tiene demasiado cariño?

—Algo así. Aunque sobre todo está apegado a ti. Por lo que habéis comentado antes, y por lo que he ido observando, su actitud con Javier es mucho más normal.

—La veterinaria me comentó que podía ser... —dijo aquél, pensando al mismo tiempo—. ¿Cómo me dijo que se llamaba?... Ansiedad por el abandono o algo así ¿no?

—Sí, ansiedad por separación —corregí ligeramente—. Es uno de los problemas de conducta en perros que más vemos. Muy, muy frecuente.

—¿Y qué podemos hacer para que no aülle? —preguntó Susana.

—Hay varias opciones de tratamiento, pero en vuestro caso yo trataría de usar todas a la vez.

—¿Y eso? —volvió a preguntar Susana, extrañada.

—Porque creo que puede ser bastante complicado cambiar la conducta de Harpo. Tened en cuenta que, aparte del apego exagerado, hay otro motivo muy importante para que el perro se comporte así y éste es que nunca ha aprendido a quedarse solo. Mientras vivía contigo y con tus padres, casi nunca se quedó solo en casa y, posteriormente, las experiencias que ha tenido en el tiempo que lleva viviendo con vosotros tampoco han sido muy agradables para él, más bien lo contrario.

—¿Y cuáles son esas opciones? —quiso saber Javier.

—Bueno, hay cuatro. La primera es la utilización de feromonas apaciguadoras caninas. La segunda es medicarlo. La tercera se refiere a la aplicación de unas normas para reducir o eliminar el exceso de apego y la última es la realización de una serie de ejercicios para acostumar a Harpo a quedarse tranquilo cuando lo dejéis solo en casa.

—¿Drogar al perro? —Susana saltó como un resorte.

—No. No se trata de drogarlo, si con eso te refieres a que se quede atontado, flipado o como lo quieras llamar. Las medicaciones que usamos actualmente, aparte

de ser muy seguras, no provocan esos estados. Si funciona como tiene que hacerlo, deberéis ver al perro como está ahora —dije señalándolo.

Harpo había vuelto de nuevo a los pies de su dueña y estaba ahora tirado en la alfombra con las patas traseras abiertas y estiradas hacia atrás como una rana y la cabeza apoyada en el suelo, mirándonos de soslayo al referirnos a él.

—¿Seguro?

—Que sí, Susana. No te preocupes. Os lo recomiendo por él, no por el vecino. Si reducimos el estado de ansiedad que tiene ahora, estará mucho mejor. Lo único que habría que hacer antes de medicarlo sería un análisis de sangre para confirmar que no tiene ningún problema médico que impida usar el fármaco^[10].

—¿Eso se lo haces tú o en la clínica?

—En la clínica os lo hacen. Yo os apunto ahora las pruebas necesarias.

—Muy bien —intervino Javier—. Y lo de las feromonas, ¿cómo va?

—Pues es algo relativamente nuevo y que se ha visto que puede ayudar también a relajar al animal y a mejorar su estado de ansiedad. Viene en forma de difusor, como los ambientadores que se ponen en los enchufes, y simplemente tenéis que ponerlo en la habitación donde más suela estar Harpo a lo largo del día.

—¿Pero qué son exactamente?

—¿Sabéis lo que son las feromonas?

—Sí, bueno, más o menos —dijo Susana mirando a Javier con cara de picara—. Son las que hacen que los perros se vuelvan locos cuando huelen una perra en celo, ¿no?

—Veréis, los animales producen muchos tipos diferentes de feromonas que sirven para comunicarse «olfativamente» entre ellos. Se liberan, como dices, cuando están en celo, pero también cuando tienen miedo, por ejemplo. En este caso, las perras cuando están lactando producen unas feromonas específicas en la zona mamaria que al ser percibidas por los cachorros les ayudan a estar más tranquilos y seguros en sus primeros días de vida. Estas feromonas parecen ser efectivas también para los perros adultos y se indican en cualquier situación en que existan signos de estrés o ansiedad. Son inocuas para vosotros y para Harpo, y sólo tenéis que enchufar el difusor y olvidaros durante un mes.

—Eso me gusta más que la medicación.

—Ya, pero tenemos que usar ambas.

—Ufff, no sé.

—Hazle caso, ¿no? Él es el que sabe. Si cree que es bueno para Harpo, habrá que hacerlo —Javier trató de convencerla.

—¿Me aseguras que no va a estar tonto, hecho una piltrafa?

—Te lo aseguro. Sólo podéis verlo algo adormilado los tres o cuatro primeros días, ya que hay un periodo de adaptación a este tipo de antidepresivos al inicio del

tratamiento. Si no se le pasa después o le notáis alguna cosa rara, me lo decís y se lo retiramos o le bajamos la dosis. A mí tampoco me interesa que el animal no se entere de nada.

—¿Y durante cuánto tiempo tendría que tomarlo?

—Unos dos meses más o menos, si todo va bien. Debéis tener en cuenta que sólo para que empiece a hacer efecto el fármaco es necesario esperar entre dos y tres semanas.

—Bien. ¿Y lo de los ejercicios y las normas que decías antes? ¿Cómo tenemos que actuar con él?

Piriri-piriri, piriri-piriri, en ese momento sonó mi móvil.

—Disculpadme un segundo. ¿Sí?

—Pablo, soy Maruja, la dueña de Chico y Mora.

—¡Ah!, ¿qué tal?

—Bien, bien, te llamo para comentarte sobre el perro. Como quedamos en hablar en dos semanas.

—Sí, pero me coges en una consulta ahora mismo, ¿te puedo llamar yo cuando acabe?

—Claro, no hay problema. Llámame luego.

—Muy bien, luego hablamos.

—Hasta luego.

—Hasta ahora. Perdonadme —me excusé mientras colgaba el teléfono—. Por dónde íbamos...

—Nos tenías que comentar lo de los ejercicios y las normas.

—Bueno, vamos primero con las normas. Con ellas tratamos de conseguir dos cosas: una, que Harpo sea mucho más independiente, y otra, que no sepa exactamente cuándo vais a salir de casa. Esto último es muy importante para que no esté angustiado, incluso ya antes de vuestra salida. Normalmente, para que quede más claro, suelo dividir estas normas en tres apartados: uno que incluye todo lo que debéis hacer antes de salir de casa, otro sobre cómo actuar al volver, y un tercero en el que os explico cómo comportaros con el animal cuando estáis en casa con él. Lo que quiero es que me prestéis atención y entendáis por qué vamos a hacer lo que os digo. De los detalles no os preocupéis, os los mandaré por correo electrónico, ¿de acuerdo?

—Sí, sí, perfecto.

—En primer lugar, antes de salir de casa tendréis que ignorar a Harpo durante unos veinte minutos, haga lo que haga. No debéis tocarle, hablarle o acariciarle, tanto si lo pide él como si no lo hace. Con ello intentamos que la diferencia entre cuando estáis en casa y cuando estáis fuera sea menor. Dentro de esta norma, por descontado, se incluye no despedirse de Harpo diciéndole «Ahora volvemos, pórtate bien», o besándole.

—¡Ay, Dios!, ¿no puedo hacer eso? —preguntó Susana con expresión de desesperación.

—Sintiéndolo mucho, no. Si lo haces, sólo conseguirás que al marcharte Harpo te eche más de menos.

—Joooder...

—Hay una cosa más. Para que no anticipe exactamente el momento de vuestra salida, lo ideal es que escribáis una lista con todas las cosas que hacéis antes de salir de casa y las modifiquéis al azar cada día. Si algunas de esas cosas incluso se le pueden ocultar, mejor que mejor. Siempre pongo el ejemplo de las llaves. Si os las podéis guardar nada más levantaros, para que Harpo no oiga su sonido hasta que estéis fuera de casa, le dejaremos con la duda de si realmente os marcháis hasta el último momento, ¿entendéis?

—Y si en vez de sacarlo a pasear yo todas las mañanas —comentó Javier— lo hace algún día Susana, ¿esto también puede valer?

—Claro, claro. Estaría fenomenal. Se trata de romper la rutina habitual.

—Pero Javi..., ¿me vas a hacer eso? —exclamó Susana.

—Oye, todo sea por el perro, ¿no?

—Serás capaz. ¡Vaya putada, coño!

—Bueno, mujer —intervine—, ya verás cómo no va a ser para tanto. Sólo serán algunos días.

—Ya, ya.

—Y al volver a casa, ¿cómo actuamos? —preguntó Javier de nuevo.

—Debéis hacer dos cosas: una, ignorar completamente a Harpo hasta que se calme, tarde lo que tarde, y deje de pedir os atención. Ahora bien, una vez que se haya calmado y no pida vuestra atención, podéis saludarle y acariciarle brevemente. La otra, no castigar nunca a Harpo al volver si el vecino os dice que ese día ha aullado. Esto sólo aumentaría su ansiedad. ¡Ah!, bueno, y tampoco se os ocurra volver para hacerle callar si le oís al salir de casa. Así aprendería que aullando y chillando consigue que volváis para estar con él.

—Eso seguro que no lo vamos a hacer. Si aúlla, que le den por culo al vecino.

—Y, por último, pero tan o más importante que lo anterior, cómo debéis relacionaros con el perro cuando estéis en casa con él. La norma fundamental que tiene como objetivo independizar emocionalmente a Harpo de vosotros, especialmente de ti —dije mirando a Susana— es ignorarlo cuando busque que le deis atención, caricias o juego. Estas atenciones sólo podrá recibirlas por iniciativa vuestra. Con esto quiero decir que Harpo deberá estar a su aire, descansando, para que os podáis acercar a él y prestarle atención. Además, hay que conseguir que se acostumbre a descansar en otras zonas de la casa que no sean tus pies —dije, señalando los de la morena—, para que su independencia no sólo sea emocional, sino

también física. Y, para finalizar, hay que hacer simulaciones de los preparativos reales que ocurren antes de salir de casa, pero sin hacerlo realmente, para que, combinando esto con la norma que os he comentado antes, no sepa a ciencia cierta cuándo os marcháis de casa y cuándo no.

Les di unos instantes para que ordenaran las ideas en su cabeza.

—¿Todo esto os ha quedado claro?

—Yo creo que sí, ¿no? —contestó Javier, mirando a su novia.

—Sí, clarísimo. Por culpa del mamón ese nos vamos a tener que joder todos en casa.

—No, Susana. Esto no lo hacemos por el vecino. Piensa en cómo has visto a Harpo en la grabación. ¿Te parece normal que se angustie tanto?

—No, ya... —recapitó brevemente—. Pero ¿realmente esto le va a ayudar a él?

—Por supuesto, ya verás como él estará mucho mejor. ¿Tú sabes lo que sería si tuvieras que pasar por una situación similar cada vez que Javier no estuviera contigo en casa? No nos hacemos una idea porque no tenemos este problema, pero habla con alguien que padezca crisis de ansiedad serias, a ver qué te dice.

Susana se quedó reflexionando sobre lo que le decía, asintiendo con la cabeza.

—Pasando a los ejercicios —reanudé la explicación del tratamiento—, se trata de enseñarle a Harpo a quedarse solo haciendo salidas de casa de forma gradual. Estas salidas deben ser muy, muy cortas al principio y deben diferenciarse de las habituales usando algo que Harpo pueda apreciar claramente: una señal, llamada señal segura, que le indique que en esos momentos vais a volver a casa rápidamente. Es como la bandera blanca que se iza en una batalla cuando se quiere negociar; con esa señal se entiende que el que la porta no va a atacar al enemigo. En este caso, la señal le hace saber que regresaréis pronto. ¿Lo entendéis?

—Eso significa que si vamos a salir de casa para ir a trabajar, por ejemplo, no debemos dejarle esa señal porque vamos a tardar mucho en volver en esa ocasión ¿no? —intentó confirmar Javier.

—Exactamente. Son dos tipos de salidas diferentes que se combinan en el tiempo, porque, evidentemente, vosotros tenéis que seguir saliendo a hacer vuestras cosas. Sin embargo, a medida que el perro es capaz de tolerar salidas más largas usando la señal segura, podemos ir haciendo ese tipo de salidas para, por ejemplo, ir a comprar el pan, hacer algún recado rápido, etcétera. Al final, cuando es capaz de aguantar una hora y media o dos horas tranquilo de esa forma, sustituimos las salidas habituales por las salidas con señal segura, incluso para ir a trabajar o lo que sea.

—Y entonces, más adelante, ¿tendremos que dejar la señal siempre que salgamos de casa?

—Eso es. Al menos durante una buena temporada.

—¿Y qué señal podemos usar?

—Ya que el perro se queda muy cerca de la puerta de la calle, mirando hacia ella, lo más recomendable será dejar una prenda de ropa, preferiblemente de Susana, que es a quien más apego tiene Harpo, colgada del picaporte de esa puerta o de una ventosa pegada a la misma.

Los dos se miraron sonriéndose, como diciendo «estos tíos están todavía peor que los animales que tratan». Después, volviendo la mirada hacia mí, se encogieron ligeramente de hombros aceptando la recomendación sin demasiada confianza.

—Es muy sencillo de hacer. Lo único que hay que tener es un poco de paciencia y mucha constancia. Ya veréis cómo funciona.

—Esperemos —respondió Susana.

—Pero —intervino Javier—, hay una cosa que no me queda clara. ¿Cómo tienen que ser de cortas las salidas al principio? ¿Hay que empezar saliendo diez minutos, veinte...?

—¡No!, qué va. Al principio se trata de salir y entrar al momento. Esto que tú comentas es el motivo más habitual de que no funcionen las salidas graduales. La gente piensa que puede dejar solo al perro directamente diez o quince minutos, y lo único que consiguen es que el animal empeore, porque cuando vuelven él está ladrando y, como os decía antes, se le refuerza en la creencia de que así logrará que sus dueños vuelvan antes. Cuando se queda tranquilo simplemente abriendo y cerrando la puerta, pasamos a dejarle solo un poco más, uno o dos segundos. De ahí vamos avanzando a cinco, diez, veinte segundos... Lo que cuesta más es que aprenda a quedarse tranquilo durante los primeros cinco o diez minutos. A partir de ahí, todo es mucho más rápido.

—O sea, que esto va para largo.

—Bueno, rápido, lo que se dice rápido no es. Pero todo depende de la fuerza de voluntad que pongáis para hacerlo y del tiempo que le dedicéis.

—Si es por voluntad, no hay problema. A Javi de eso le sobra, ¿verdad?

—Habrá que intentarlo, digo yo —respondió él.

—Sólo necesito que me deis una dirección de correo electrónico para mandaros las normas y los detalles de los ejercicios por escrito. Así, no lo olvidaréis y podréis repasarlo siempre que os haga falta.

—Sí, apunta. Más buena que el pan, todo junto y en minúsculas, arroba, hotmail punto com.

—Muy original el email, sí señor —dije sin levantar la mirada del folio pero arqueando sutilmente las cejas y abriendo enormemente los ojos—, y muy acertado también —eso no lo dije, claro—. Vale... Bueno, lo recibiréis en un par de días. Leed todo detenidamente y si tenéis alguna duda me llamáis. En cualquier caso, tendremos que vernos en un par de semanas como máximo para comprobar que estáis haciendo todo correctamente.

—No creo que haya problema, ¿no?, dices que es muy sencillo —comentó Susana.

—Sí, pero a veces vemos gente que no ha entendido bien algo o que intenta ir demasiado rápido con las salidas... Es mejor revisarlo en breve para evitar que fracase el tratamiento, de verdad.

—Vale, vale.

—Muy bien, pues ya está todo.

Les dejé una nota con las pruebas para el análisis de sangre y las recetas para la medicación y las feromonas. Guardé la cámara de vídeo y la ficha y cerré el maletín. Después nos levantamos y nos dirigimos hacia la puerta.

—Nos vemos en dos semanas, ¿de acuerdo?

—Sí, muy bien. Muchas gracias por todo, Pablo.

—Sí, gracias, y ¡a ver qué tal! —dijo Susana pesadamente mientras miraba a Harpo que, aunque había salido a despedirme junto con sus dueños, seguía sin fiarse un pelo y permanecía agazapado detrás de las piernas de su adorada dueña observándome fijamente.

—¡Adiós, Harpo!

El perro reculó de nuevo al hablarle y sus dueños aprovecharon ese momento para volver a entrar en casa y cerrar la puerta, después de despedirse.

Necesitaba un cigarrito. Saqué uno del paquete y lo preparé para encenderlo nada más salir del ascensor. Me apoyé en la pared del fondo del artilugio claustrofobia) preguntándome lo mismo de siempre: ¿qué tal iría el caso? ¿Serían capaces Javier y la bollicao de seguir las indicaciones que les había dado? A él le veía muy concienciado y con suficiente fuerza de voluntad para hacerlas, pero ¿y ella?... Bueno, tendría que esperar un par de semanas para hacerme una idea clara.

Cómo no, había acumulado más retraso después de esta segunda visita. Es mi sino. Había quedado con la familia García-Corralejós a la una y media y ya eran y veinte pasadas. Afortunadamente esta familia vivía en La Piovera^[11] y desde Vicálvaro no debería de tardar mucho en llegar.

Amo tu caldo rico



Pasé de nuevo por delante de los abueletes fotovoltaicos, que por supuesto seguían en el mismo sitio sin moverse un milímetro, y me dirigí hacia la salida de la urbanización. Después de abrir ficticiamente mi coche, como siempre, me dispuse a arrancarlo. Giré la llave de contacto. Sólo se oyó un «click». Volví a intentarlo de nuevo. «Click» otra vez. ¡Dios!, no me lo podía creer. ¡Ahora no! Accioné la palanca para abrir el capó y me bajé del coche con la llave que se utiliza para aflojar las ruedas. Un par de meses antes ya me había pasado lo mismo y cuando llamé a la grúa para que me solucionaran el problema, después de haberlo intentado por mi cuenta durante más de media hora, presencié algo «mágico». El mecánico que acudió a mi rescate accionó la llave de contacto y al oír el «click» se bajó del coche, fue a la grúa, cogió una especie de palanca y me pidió que abriera el capó y arrancara. Parapetado detrás del capó pude escucharle cómo me decía:

—A ver, venga, arranca ahora.

Lo hice sin vacilar y mientras giraba la llave oí unos gol pes secos en el motor. A continuación, y como por arte de magia, el coche arrancó sin el menor problema. Salí de él y fui al encuentro del mecánico con los ojos como platos.

—¿Ya está?

—Sí. Es el motor de arranque, que se le pegan las escobillas y si no le das unos golpes para despegarlas no arranca.

—Ahhhh...

—Si te pasa otra vez, dale unos golpecitos ahí, ¿ves? —dijo señalando una especie de cilindro en la parte inferior del bloque—. Eso es el motor de arranque. De todas formas, deberías pensar en cambiarlo.

—Vale, vale, entendido —respondí sin querer oír esto último.

Jamás se me hubiera ocurrido pensar que la solución fuera tan fácil. Unos golpecitos y, ¡hale!, como si nada.

A partir de entonces había tenido que recurrir a los golpecitos mágicos en varias ocasiones y ese día tocaba repetir la operación. Golpeé la pieza indicada cuatro o cinco veces e intenté arrancar de nuevo. «Click». ¡Joder, no! Me estaba empezando a cabrear y eso no era bueno. Lo intenté otra vez y nada. Sólo me quedaba una opción si no quería quedarme en Vicálvaro varias horas. Tenía que superar la vergüenza de

pedir a alguien que diera los golpes por mí mientras yo arrancaba.

A los pocos minutos vi un hombre que se acercaba caminando por la acera. Le asalté con la llave en la mano y el pobre retrocedió por un instante pensando que le iba a dar con ella.

—Perdone. Sería tan amable de ayudarme. Es que no arranca.

—¿Qué puedo hacer?

—¿Podría darle unos golpes al motor de arranque mientras yo intento ponerlo en marcha?

—Sí, claro. ¿Dónde hay que darle?

Le señalé el sitio exacto donde golpear y me coloqué en el asiento del conductor.

—A ver, dele ahora.

—¿Ya?

—Sí, sí, dele.

Después de darle dos o tres veces conseguimos que arrancara. ¡Menos mal!

—Muchas gracias, ya está.

—No hay de qué... ¿No tendría que cambiar esa pieza?

—Sí, sí. Ya me lo han dicho.

Había perdido otros diez minutos. La ley de Murphy, siempre omnipresente, volvía a cumplirse irremediabilmente. Coloqué el teléfono móvil en su soporte para coche y busqué en la agenda el teléfono de Ernesto García-Corrales.

—¿Dígame?

—¿Ernesto?

—Sí, soy yo.

—Soy Pablo Hernández, el veterinario. Le llamo para decirle que voy a llegar un poco más tarde. No me arrancaba el coche.

—Ya, bueno... Eh... ¿Cuánto tarda usted en ver a la perra? Verá, es que a las tres tenemos que irnos. Nos vamos a pasar el fin de semana fuera.

—¡Ah! Pensaba que no tenían prisa.

—Pues sí —respondió Ernesto bastante contrariado.

—Yo creo que nos debería dar tiempo. Calculo que podré estar en su casa a las dos menos cuarto, más o menos, y en una hora podemos verla.

—Bueno... Si es así, le esperamos.

—De acuerdo, pues ahora nos vemos. Hasta luego.

—Adiós.

¡Hay que joderse! Seguro que si es el fontanero el que tiene que ir a casa y se tira toda la tarde arreglando el grifo, no le ponen tantas pegas. Empezábamos muy mal, aunque ya iba sobre aviso por cómo me había hablado Ernesto sobre su perra cuando concertamos la visita unos días atrás.

—Nos tiene hartos. A ver qué es lo que hace usted, porque me estoy pensando

muy seriamente regalarla.

Era una amenaza consciente, formulada en frío, que no tendría problema ninguno en llevar a la práctica. No era como aquellas otras que se escapan sin pensar en un momento de enfado transitorio por un pis en casa o el destrozo de una mesa. Esta parecía ir completamente en serio.

Ya en marcha en dirección a La Piovera, tecleé el número de teléfono de Maruja. Maruja y Francisco eran una pareja mayor, de origen extremeño, muy campechana y muy peculiar. Tenían dos perros: Mora y Chico. Era este último el que les estaba dando problemas.

Hacía dos semanas que había estado viendo al perro por un asunto de agresividad dirigida hacia sus dueños cuando le intentaban quitar algún objeto que había cogido o cuando le querían hacer bajar del sofá. No era un caso excesivamente grave, pero, dada la edad de los propietarios, su forma de pensar y el carácter «chuleta», como ellos mismos lo habían definido, de Chico, le di un pronóstico reservado.

—Maruja, soy Pablo Hernández.

—Hola otra vez, ¿ya estás libre?

—Sí. Completamente. Cuéntame... ¿Qué tal va todo?

—Pues yo diría que muy bien.

—¿Sí? Me alegro. Pero concrétame, ¿qué ha ocurrido en estos quince días?

—Pues... poca cosa. No ha vuelto a haber problemas con Chico haciendo lo que nos dijiste. No ha intentado morder a Paco en ningún momento, está mucho más tranquilo... Y no sé qué más decirte.

—Ya. Pero, aunque sin intentar morder, ¿os ha gruñido alguna vez?

—Bueno... el otro día a Paco por intentar quitarle un papel que había cogido.

—¿Nada más?

—Nada, bueno... A mí me ha gruñido, pero mucho menos que antes, dónde va a parar, al bajarlo del sofá.

Ya me parecía raro que todo fuera tan bien.

En general, hay tres tipos de clientes: unos, los más realistas y conscientes del problema, que suelen ver las cosas como son. Otros, los más pesimistas, para los que el problema de su animal es un mundo, que consideran que toda mejoría es poca y que, ocurra lo que ocurra, las cosas siempre van fatal. Y, por último, los «seres felices», como los llamo yo, normalmente muy poco concienciados del problema que tienen. Para éstos cualquier momento en que el animal se comporte correctamente es motivo suficiente para convencerse de que ya está curado. Este tipo de clientes son los más agradecidos, pero también los que corren el mayor riesgo de tener un percance si las cosas no van en realidad tan bien como ellos las ven. Paco y, especialmente, Maruja eran de este último tipo.

—Eso está muy bien Maruja, pero ¿en qué quedamos el otro día?

—Pues... en que teníamos que intentar que no llegara a ser agresivo, ¿no?

—Exactamente. ¿Y entonces?

—Pero es que no ha intentado morder. Ya no está tan chuleta.

—Ya, pero quedamos en que incluso el más mínimo gruñido ya significaba que Chico estaba siendo agresivo. ¿Te acuerdas?

—Bueno, sí. Entonces, ¿no tenía que haberle quitado Paco el papel?

—Pues no, Maruja. Como hablamos, si necesitáis hacer algo por lo que hasta ahora Chico actuaba agresivamente debéis recurrir al truco de enseñarle un premio. Acuérdate que os dije que lo ideal es llamar al perro, enseñarle la comida, que suelte el objeto, y entonces, mientras le pedimos que cumpla una orden y le damos el premio, retirar ese objeto de su alcance. Y lo mismo para bajarlo del sofá.

—Así que no puede ni siquiera gruñir, ¿no?

—Eso es.

—Bueno, pues lo seguiremos haciendo.

—Muy bien. ¿Y qué tal las otras cosas que comentamos, lo de la comida y el dormitorio?

—Lo del dormitorio muy bien, ya no duerme con nosotros y, aunque lloró un poco los primeros días, ahora lo lleva mejor. Pero ¡me da una pena!

—Ya, Maruja, pero hay que hacerlo. Ten en cuenta que es un privilegio que el perro no necesita para nada y que cuantos más privilegios tenga, más difícil será corregir el problema.

—No puedo remediarlo, cuando le veo que me mira con esos ojillos al cerrar la puerta del dormitorio...

—Bueno, ya verás cómo os vais habituando. ¿Y lo de la comida?

—Ahí andamos. Más o menos.

—¿Cómo que más o menos?

—Es que, ¿no le puedo dar nada de nada? ¿Ni el caldo? Ya va haciendo frío.

—Maruja...

—Vale, vale. Pero es que a la Mori se lo pongo y veo que él lo huele y me mira...

Claro, «con esos ojillos». Como era de esperar éste iba a ser uno de los puntos más conflictivos del tratamiento.

Como manera de mejorar la relación entre el animal y sus dueños, en perros que tienen este tipo de agresividad hacia los propietarios, una de las cosas que recomendamos es que éstos no le añadan ningún tipo de sobras o de comida casera al pienso. De esta forma, conseguimos que el valor de los premios para ellos sea mayor y así poder usarlos para evitar situaciones agresivas y enfrentamientos directos y para enseñarles órdenes y ejercicios que corrijan el problema.

El caso de Maruja y Paco es, simplemente, digno de mención. La razón que me dio ella para añadir comida casera al pienso, cuando les pregunté durante la visita si

lo hacían, fue ésta: «Sí, claro que se lo pongo. Mira, les echo un poquito de pollo o de jamón, así picadito, para que el pienso al caerles en el estómago no les haga daño. Es que como son tan duras las bolas...».

Pero mejor aún fue la explicación de por qué les *añadía* también caldo todos los días: «Anda, ¿qué quieres?, ¿que se me deshidraten en verano?». Y al comentario obvio por mi parte acerca de que en invierno no hace calor y no necesitan beber tanto, su respuesta fue más obvia, si uno piensa como ellos: «Así les entona un poquito el cuerpo».

Lisos argumentos casi me desarmaron por un momento. Jamás pensé oír nada parecido en una consulta. Tuve que echarme a reír de lo «justificados» que eran.

—Piensa que le vas a dar esa comida en otras ocasiones, usándola como premios.

—Ya, si tienes razón...

—Pues inténtalo. Acuérdate siempre de eso, ¿vale?

—De acuerdo. Lo intentaré.

—Muy bien Maruja. Seguid así un par de semanas más. Recuerda que, para poder empezar con los ejercicios para enseñarle a que suelte los objetos sin ser agresivo, Chico tiene que estar motivado por la comida.

—¿Te llamo entonces dentro de quince días para empezar con los ejercicios?

—Sí, pero siempre que estéis haciendo lo que os digo.

—Ya, ya, claro.

—Perfecto. Hasta dentro de dos semanas, Maruja.

—Gracias. Adiós.

En sucesivas visitas y revisiones telefónicas volví a repetirles no sé cuántas veces lo mismo que hablamos en esta ocasión. La lucha entre mis recomendaciones y sus concepciones demasiado arraigadas sobre cómo tener un perro, provocó que la conducta del animal se balancease como un péndulo durante más de dos meses. Sin embargo, no sé muy bien cómo, conseguimos al final que Chico tolerase que se le bajase del sofá sin problemas y que se le pudiesen quitar ciertos objetos. Por supuesto, todo ello sin deshidratarlo o desentarlo. Yo sabía que el caso quedaba lejos de poder considerarse corregido, pero Paco y Maruja estaban encantados con sus logros y con la nueva actitud de Chico, así que todos felices... Aunque, ¿cuánto duraría tanta dicha?

Para cuando hube terminado de hablar por teléfono ya había dejado atrás Vicálvaro y estaba pasando justo por delante de un polígono industrial en una de cuyas naves estuve unos meses antes haciendo un informe sobre un perro potencialmente peligroso. Recuerdo bien aquel caso, porque el dueño del animal, viendo las pruebas que realizaba a su pastor alemán, me dijo en un momento determinado: «Joder, tío, vaya huevos que le echas». Según me decía eso, yo pensaba: «Porque no me queda más remedio, que si no...». En cualquier caso, no es

que yo sea un temerario, ni mucho menos, simplemente consideré que la actitud del perro no entrañaba un riesgo evidente de resultar mordido. ¡Ja! Ya me aseguré de usar una mano ortopédica cuando tuve que probar su reacción al tocarle la comida, circunstancia en la que había mordido a uno de los empleados y que motivó la denuncia.

Divagando con los recuerdos de aquella situación, casi no me di cuenta de que el teléfono sonaba de nuevo. El número no me resultaba familiar. Sin saberlo, claro está, ni pulsar el botón de descolgar di paso a una de las llamadas más surrealistas que he recibido durante todos mis años de ejercicio profesional.

Endorfinas por compasión



—¿Oiga?

—¿Sí?

—¿Es usted el que educa a los perros?

La voz correspondía a una mujer bastante mayor, calculé que probablemente de más de setenta años.

—Sí... bueno, algo así.

—Aaaahh. Bueno, es que el veterinario de aquí, de Coslada, me ha dicho que le llamara.

—Muy bien. ¿Y en qué puedo ayudarle?

—Pues que tenemos un perrillo que es un marrano.

Vale. Ya me imaginaba la situación: señora mayor, que le cuesta andar, con perrito pequeño que no ha aprendido a hacer sus necesidades en la calle porque lo pasean poco. Lo de siempre. Estaba empezando a hacer yo solo cu el coche pesados gestos afirmativos con la cabeza, con los ojos semicerrados, esperando la explicación habitual, cuando de pronto, y juro que es absolutamente cierto, escuché lo siguiente:

—¿Sabe lo que hace? Se coge los cojines y empieza a sobarse ahí abajo, en sus partes, y luego, cuando acaba, el muy cochino va y se come todo lo que ha echado.

—¿Cómo dice?

No acerté a pronunciar ninguna otra cosa. La sorpresa era mayúscula. Mi cara lo decía todo aunque nadie pudiera verme. Y lo más desconcertante era el desparpajo con el que parecía haberlo dicho, sin azorarse lo más mínimo.

—Pues eso, que...

—Ya, ya —no necesitaba oírlo otra vez—. ¿Lo que me quiere decir es que el perro se masturba y cuando eyacula se come su propio semen?

—Ehhh... sí, eso.

Nunca había escuchado de ningún perro que lo hiciera y ciertamente no he vuelto a escucharlo, al menos hasta hoy mismo. Realmente era un caso de lo más extraño.

—¿Y lo hace con mucha frecuencia?

—¡Vamos! Todos los días.

—Pues... no es algo habitual, no señor.

—Eso usted sabrá. Lo que yo quería saber es si se le puede quitar.

No sabía muy bien qué decirle. Me había quedado completamente anonadado. Bueno, al fin y al cabo, se trataba de un exceso de actividad sexual y, por tanto, la castración debería funcionar.

—Sí, mujer. Claro que se puede corregir.

—¿Y qué habría que hacer?

Sin entrar en muchos más detalles del caso, porque él solo daría para hacer un libro, el asunto es que como el perro presentaba además un problema de agresividad hacia otros animales durante el paseo, quedamos en pasar una consulta en casa de Piedad. Bueno, de Piedad y de su hermana Esperanza. Y digo esto porque había que verlas a las dos. Eran clavadas la una a la otra, parecían gemelas. Las dos eran bajitas, con el pelo blanco, bastante corto, y ambas vestían con ropas oscuras, a base de tonos grises y negros. Estaban muy delgadas y, a pesar de su edad, unos setenta y cinco años, en perfecto estado de forma.

Una vez en la casa pude comprobar que el desparpajo que mostró Piedad por teléfono no lo manifestaba de igual manera ante la presencia de un desconocido. Les violentaba enormemente la conducta de Blasco. Y era normal. Si, para cualquier dueño, que su animal simplemente intente aliviar sus más bajos instintos no suele ser agradable, para dos mujeres mayores, recatadas y algo mojigatas, verlo en todo su repertorio resultaba muchísimo peor. Todavía hoy me las imagino en misa, antes de hablar conmigo, pidiendo para que el salido de Blasco parase de cometer actos impuros.

Afortunadamente, por abreviar, el problema se corrigió sin contratiempos con la castración y ambas hermanas lograron disfrutar plenamente de su perro sin tener que soportar más incidentes escabrosos.

Estaba llegando ya a mi destino y seguía sin dar crédito a lo que había oído. Me venía a la cabeza una y otra vez la imagen del canino sátiro consumiendo vorazmente su «esencia vital», mientras sus dueñas miraban para otro lado emitiendo sonidos guturales de incredulidad. ¡Qué espectáculo!

Aparqué frente al chalet de los García-Corralejós. Eso era un chalet y no en el que Torpe y yo vivimos de alquiler. Debía de tener más de dos mil metros de parcela, cubierta en su mayor parte por un césped, que, al menos desde lejos, parecía impoluto. Cuando llamé al timbre me extrañó que la perra no se acercara a ladrarme como suelen hacer la mayoría de los perros que viven en chalets, pero, por más que intentaba ver lo que ocurría dentro, me era imposible, porque la puerta de entrada y la de acceso al garaje eran completamente macizas.

Después de unos momentos salió a abrirme el propio Ernesto García-Corralejós. Imponía verlo. Debía de medir casi un metro noventa y, aunque no estaba gordo en absoluto, la apariencia era la de un hombre muy voluminoso. Tenía las canas típicas

de los típicos ejecutivos importantes y vestía impecablemente con un traje gris marengo, camisa azul con el cuello blanco y corbata a rayas. Pasaba de los cuarenta, pero no creo que tuviera más de cuarenta y cinco o cuarenta y seis años.

—Hola. Pase.

Me estrechó la mano con tal fuerza que a punto estuve de gritar. Sin embargo, manteniendo la compostura, disimulé el dolor y aguanté como un jabato intentando hacer tanta fuerza como él.

—¿Qué tal? Perdona el retraso, pero al maldito motor de arranque le ha dado por no querer funcionar.

—A mí me pasó lo mismo en el coche que tenía antes. Lo mejor es cambiarlo.

Al entrar en la casa, por fin pude ver a la perra.

—Ahí la tiene. A ver, ¿qué hacemos?

Era una pastora alemana, preciosa, que le debía de haber costado una fortuna. El pobre animal estaba atado con una cadena de unos cinco metros de largo que le permitía moverse por la zona de cemento destinada al aparcamiento provisional de los coches, sin llegar a la parte ajardinada. En ese momento estaba haciendo justo lo que su dueño tanto detestaba. Daba vueltas sobre sí misma tratando de cogerse la cola, para lo cual recurría a lanzar la boca repetidamente hacia la extremidad caudal, a la vez que el resto de su cuerpo, por la inercia del movimiento, se desplazaba describiendo parcialmente un círculo. Así una y otra vez, hasta que lograba alcanzarla. Una vez que la tenía en la boca, se tumbaba de lado y se dedicaba a lamerla y mordisquearla en su extremo final, que estaba en carne viva.

—¿Lleva mucho así?

—Desde que ha oído que aparcaba el coche enfrente.

—No, no, me refiero a cuándo vieron que empezaba a hacerlo.

—Ah... No recuerdo muy bien, pero por lo menos hace un par de años.

—¿Tanto?

—Bueno, no sé si es tanto. El caso es que al principio era más esporádico, pero desde hace medio año, más o menos, es casi constante y no hay forma de que se le cure la herida.

—Bueno. Si le parece, pasamos dentro y me comenta algunas cosas que necesito saber de... ¿Cómo se llama?

—Neska.

—Pues eso, de Neska.

Me condujo por un camino de grava blanca hasta la entrada trasera de la casa que daba a la cocina. En ella estaban la mujer de Ernesto, Victoria, y sus dos hijas, Claudia y Amanda. Las niñas, de cinco y nueve años, respectivamente, estaban terminando de comer. Mientras, Victoria guardaba unos congelados en una bolsa isotérmica. Les saludé y me senté al otro extremo de la mesa blanca de madera que

estaba en el centro de la cocina. Ernesto se quedó de pie.

—Bueno, así que la perra se llama... Neska —repetí a la vez que iba anotando—, es hembra... ¿Esterilizada?...

—No, está sin esterilizar. Queríamos cruzarla, porque tiene muy buen pedigrí.

Ya, ya, pensé. Por encima de mi cadáver. Según la tenéis, como para pensar lo que haríais con los cachorros.

—Vale, hembra entera... ¿Y qué edad tiene?

—¿Qué son, Victoria, tres años y medio, no?

—Sí —respondió ella según retiraba los platos a las niñas—. Es de marzo de 2003.

Victoria era una mujer muy elegante, más joven que su marido, de semblante serio pero no muy agraciado. También estaba vestida de punta en blanco, probablemente con el mismo atuendo con el que había acudido al trabajo.

—De acuerdo. ¿Os importa si nos tuteamos? —Ernesto asintió sin interés—. Perfecto. Y siempre ha vivido aquí con vosotros, en esta misma casa, ¿no?

—Sí, siempre.

—Y me decías antes que esto empezasteis a verlo hace un par de años, más o menos, cuando tenía... ¿un año y medio?

—Sí..., Victoria te podrá concretar más, ya que está más en casa que yo.

—Al principio parecía un juego. Siempre ha sido muy cachorrón y le gustaba mucho jugar. A veces se cogía la cola, otras se ponía a perseguir moscas... pero como en otoño o invierno de hace dos años me fijé un día que tenía sangre en el rabo y que le faltaba el pelo de la punta. Se lo dije a Ernesto y vino el veterinario a casa. Nos dijo que le curásemos con betadine y le puso un collar de esos de plástico.

—Un collar isabelino —apunté.

—Sí, uno de esos. Se le curó la herida y ya le estaba saliendo el pelo cuando empezó otra vez a hacerlo. La regañábamos cuando la veíamos, pero nada, seguía haciéndose heridas. Le hemos puesto el collar y le hemos dado antibióticos no sé cuántas veces en este tiempo y, mientras lo tiene, como no puede tocarse, va mejor. Pero es quitárselo y volver a lo mismo.

—Ya. Y cada vez lo ha ido haciendo con más frecuencia hasta hacerse casi constante desde hace seis meses. ¿Recordáis si hubo algún cambio en ese momento? ¿Algo que lo pudiera haber empeorado?

—Claro —respondió Victoria—. Fue cuando la empezamos a atar. Ya se lo dije a Ernesto: esto no va a funcionar.

—Y qué querías que hiciésemos. Estaba destrozando el jardín.

Ambos contestaban a mis preguntas sin el más mínimo asomo de culpabilidad ni de empatía hacia el animal. Daba la impresión de que sus actuaciones las guiaba la mano de un cirujano al que no le temblaba el pulso al cortar por lo sano para evitar la

extensión del mal.

—Entonces, ¿no está atada para así controlarla mejor y que no se haga heridas?

—No. Es por los agujeros en el jardín.

—Vale. Detengámonos un momento en esto. ¿Dónde está la perra normalmente?

—Donde la has visto —dijo Ernesto.

—¿Siempre esta ahí? ¿También por la noche?

—Sí.

—¿La sacáis de paseo?

—Antes sí, cuando era pequeña. Pero luego ya no. Nos daba igual sacarla o no porque también se hacía sus necesidades en la parcela. Además, como tenía espacio para correr aquí...

—¿Cuándo dejasteis de sacarla?

—Pues... como al año y algo.

—¿Después del verano?

—Sí, cuando empezó el mal tiempo y a hacerse de noche más temprano.

Las piezas iban empezando a encajar.

—¿La habéis dejado pasar a casa en algún momento?

—Hace mucho que no —intervino Victoria—, sólo cuando era muy cachorra, para que se acostumbrase a las niñas. Después, como empezó con los dientes y nos rompía cosas en casa, empezamos a dejarla fuera durante el día y en el garaje por la noche. Pero ahí le dio por mordisquear los parachoques de los coches, subirse en ellos y arañarlos y acabamos por dejarla fuera todo el tiempo.

—Y cuando hacía los agujeros en el jardín, ¿qué hacíais vosotros?

—Regañarla —comentó Ernesto con expresión de no conocer otra manera de impedir una conducta inapropiada—. Si con eso no bastaba y lo seguía intentando, entonces le dábamos en el morro. Luego dejó de funcional el pegarla y al final opté por atarla.

—¿Siempre la veíais hacer los agujeros?

—Casi siempre —volvió a decir Victoria—. Yo creo que lo hacía más cuando estábamos con ella en el jardín.

—¿Busca mucha atención si estáis fuera con ella?

—Sí. El caso es que es un animal muy cariñoso y quiere mucho a las niñas, pero es muy activa y muy bruta. Se sube encima o les intenta dar con la pata y a Claudia le ha llegado a hacer daño. Ninguna de las dos quiere estar con ella mucho rato.

—Ya veo.

—Bueno, si me disculpas, tengo que ir a preparar a las niñas.

—Sí, sí. Bueno —dije dirigiéndome a Ernesto—, vamos fuera a ver a Neska.

Victoria cogió a Claudia y Amanda y se fue de la cocina. Ernesto y yo salimos de nuevo por el camino de grava hacia el lugar donde estaba la perra. Allí seguía

tumbada, con la punta de la cola en la boca. Al vernos, se puso en pie y empezó de nuevo a dar vueltas. En un momento de terminado paró y se quedó mirándome mientras jadeaba por el esfuerzo realizado.

Me acordé de Kazán. Kazán era nuestro pastor alemán. Él no tenía pedigrí alguno, al contrario que Neska. Llegó a mi familia a través de Margarita, ¡cómo no!, y lo tuvimos con nosotros durante diez años, hasta que no nos quedó más remedio que sacrificarlo por un problema respiratorio.

Kazán fue probablemente el principal culpable de que me dedicara a la etología. Desde muy pequeño, con dos o tres meses, empezó a mostrar actitudes agresivas hacia cualquiera que lo tocara cuando no le apetecía, que lo molestara mientras comía o hacia cualquier extraño que le resultara sospechoso. Viéndolo con la perspectiva que da el tiempo y los conocimientos adquiridos, la verdad es que teníamos todas las papeletas para que nos diera problemas: dueños primerizos, familia numerosa, presencia de personas con discapacidad, etcétera. Hasta el nombre le venía al pelo: Kazán. Muchos dueños que tienen este tipo de problemas con su animal usan nombres grandilocuentes, que reflejen fiereza, como Brutus, Conan, Tysson, Urko o Rambo.

Todo lo que se puede hacer mal con un perro lo hice yo. Si me acercaba a él y me gruñía, se llevaba un buen sopapo en el morro. Si le ladraba a algún amigo que entraba en casa, le caía una bronca de mil demonios. Por otro Lulo, no le faltaba de nada. Dormía en los dormitorios donde le apetecía, se llevaba comida de gorra cuando comíamos, si exigía atención se la dábamos, etcétera.

Por supuesto, por aquel entonces, mis conocimientos sobre el comportamiento canino eran nulos. Recién acabada la carrera, trataba de educarlo según la razón y los amigos me daban a entender. Pero estaba claro que algo no marchaba bien. Las conductas agresivas, lejos de desaparecer con los castigos, cada vez eran más frecuentes y más violentas. Antes de cumplir los dos años de edad ya había mordido dos veces a mi hermana, otra a uno de mis mejores amigos y lo había intentado en varias ocasiones con mi pobre abuelo demenciado, que, por no sé qué milagro, se salvó de resultar gravemente lesionado. Íbamos superando las crisis como buenamente podíamos pero la situación en casa era cada vez más insostenible. Mi madre temía, y con razón, que al final atacara seriamente a mi abuelo.

Pero, un buen día, ojeando en el periódico el programa de los cursos de verano de la Universidad Complutense en El Escorial, reparé en una charla que había dos días más tarde y que llamó vivamente mi atención. La ponencia trataba sobre la agresividad en los perros y la daba un tal Jaume Fatjó, veterinario de la Universidad Autónoma de Barcelona. Era la primera vez que oía hablar de un veterinario que se dedicase a tratar problemas de agresividad en perros. Bueno, más bien, era la primera noticia que tenía de alguien que hiciera algo así. No lo pensé ni un momento y el día

de la ponencia me presenté en El Escorial, aunque no estaba inscrito en el curso en el que se impartía dicha charla, entre otras. Me costó un buen rato convencer a uno de los chicos que hacían de seguratas aficionados para que me dejara pasar exclusivamente a esa con lerenda. Gracias a mis dotes de persuasión y, según Torpe, a mi facilidad para ligar con los hombres, logré disfrutar de una hora apasionante. Creo que no cerré la boca durante todo el tiempo que Jaume estuvo hablando. La similitud entre muchas de las cosas que comentaba y el comportamiento de Kazán era increíble. ¡Y se podía corregir! Para cuando la charla hubo concluido ya tenía claro que quería dedicarme a esa especialidad veterinaria. Después busqué a Jaume por el palacio donde se celebraba el curso y, haciendo acopio de mucho valor, le asalté en el patio central. Estaba con Gloria, su mujer, charlando, cuando me acerqué. Muy amablemente me respondió que no había ningún problema al preguntarle si podría ir a Barcelona a hacer alguna estancia con él. Por lo que más tarde he visto en otros compañeros, supongo que pensó que todo quedaría en nada y que poco tiempo después habría perdido la ilusión de dedicarme a la etología y no volvería a saber de mí. Pero, afortunadamente mi decisión era firme y en el trabajo no tenía problema para pedir varios días libres y desplazarme a Barcelona. Aquél fue el inicio de una estupenda relación que fue consolidándose a lo largo de los años y de mi incursión en el campo de la etología veterinaria. Nunca podré agradecer suficientemente a Jaume, Xavi, Marta, Sergio y el resto del equipo de la Universidad Autónoma de Barcelona todo lo que me han enseñado y los buenos consejos que me han dado.

Al volver a casa de la conferencia rebosaba ilusión y ganas de poner en práctica los métodos que había aprendido. Mi visión de cómo tratar a Kazán dio un vuelco completo y traté de que mi familia siguiese las normas recibidas como si todos fuésemos uno. Desgraciadamente, mi abuelo, por el Alzheimer que sufría, no podía mantener la disciplina.

—Papá, ¿cuántas veces te he dicho que no tires la basura cuando el perro está comiendo? —le advertía mi madre.

—¡Corcho! Qué quieres, ¿que lo deje ahí? —respondía él, mientras se iba de la cocina refunfuñado y sin entender qué tenía de malo seguir haciendo lo que había hecho siempre.

Al final, y dado que la enfermedad progresaba sin prisa pero sin pausa, nos vimos obligados a sacar al perro de casa. Llegamos a una especie de acuerdo con mi madre. Margarita y yo nos llevaríamos a Kazán y nos instalaríamos en la casa de mi abuelo, que llevaba varios años vacía. Esto supuso que consiguiéramos vivir de gorra durante unos tres años hasta que encontramos una casa de alquiler que nos convenció.

El cambio de casa, además de darnos una ansiada independencia de la familia, consiguió apaciguar en gran medida el carácter de Kazán. El hecho de vivir sólo con dos personas, en vez de con los seis que éramos de familia en casa de mi madre, le

dio mucha estabilidad. Por otro lado, la puesta en práctica de forma sistemática de las medidas adecuadas para tratar sus problemas de agresividad consiguió que los brotes agresivos prácticamente desapareciesen y su conducta con los extraños mejoró hasta niveles antes imposibles de creer.

Finalmente, fue un quilotórax^[12] lo que nos obligó a tomar la decisión de sacrificarlo, y no su carácter agresivo, como pensé varios años atrás que ocurriría. Creo que vivió bien.

Neska volvió otra vez a girar sobre sí misma. ¡Qué lástima daba! No soporto ver a los perros atados. Más de un viaje por la España rural de los que tanto me gusta hacer se me ha agriado al ver a algún animal sujeto con una cadena en un prado o en una finca, Recuerdo especialmente un mastín en Asturias, al cual mantenían en un pajar día y noche, sujeto con una cadena de menos de dos metros de largo, unida al cuello por medio de un yugo para vacas. Era lo primero que veíamos todas las mañanas según salíamos de la casa donde estábamos alojados. Prácticamente, y por desgracia, es la única imagen que ha quedado de forma imborrable en mi memoria de aquella ocasión. Qué poco conscientes son los propietarios de estos perros del estrés al que someten al animal. Si, como se mostraba en la película *Powder* (traducida en España como *Pura energía*) con un ciervo, fueran capaces de apreciar lo que siente el can poniéndole las manos sobre su cuerpo, muchos se sentirían derrotados y cambiarían su actitud hacia ellos. Pero, desgraciadamente, esto sólo es posible en las películas.

—¿Podemos soltarla? —pregunté a Ernesto.

—¿Quieres que la soltemos?

—Sí. Me gustaría ver cómo se comporta sin estar atada.

—De acuerdo.

Ernesto se acercó hacia la perra y liberó el mosquetón que sujetaba la cadena al collar. Neska intentó subirse al pecho de su dueño, pero éste, cogiéndola del collar, la apartó bruscamente. Chasqueando la lengua contra el paladar en un gesto de contrariedad y rabia contenida, empezó a limpiarse la camisa. Al insistir Neska de nuevo, le gritó y la apartó de nuevo olvidando la hasta entonces impoluta camisa por un instante.

—¿Ves? Esto es lo que hace con nosotros y las niñas. Por eso no quieren estar con ella.

—¿Lo intenta muchas veces?

Antes de que Ernesto pudiera responder, la pastora se alejó de él y se puso a correr como alma que lleva el diablo por el jardín. Sin embargo, la carrera le duró poco. Unos segundos después ya había empezado de nuevo a perseguirse la cola. Intenté llamar su atención hacia mí para ver si era capaz de olvidarse por un momento de su extremidad caudal, pero no respondió. Siguió enfrascada en la persecución. Tras varias tentativas logré que parase y acudiera. Por supuesto, intentó subirse a mi

pecho como había hecho con Ernesto. La bajé sin regañarla y me di la vuelta. La perra se quedó en el suelo, extrañada por mi actitud, pero a continuación volvió a dirigir la atención hacia su cola.

—¿Qué pasa si estáis un rato con ella en el jardín? —volví a preguntar—. ¿Continúa subiéndose o dando con la pata todo el tiempo?

—No. Normalmente lo hace según nos ve salir. Luego se dedica a perseguirse la cola o a hacer hoyos como te decíamos antes.

—Enséñame los agujeros.

Por distintas partes del jardín se veían muestras de las excavaciones de la perra. Sin embargo, como ya hacía tiempo que no la soltaban no se observaban hoyos como tales. Lo que sí se apreciaba más claramente eran zonas donde el césped era escaso o estaba más amarillo.

—Esas partes más dañadas del césped, ¿de qué son?

—De dar las vueltas. Entre eso y los hoyos nos lo tiene destrozado.

—Ernesto, ¿qué cosas dirías que hacen que Neska se persiga el rabo?

—Pues no sé. Si ve que alguien viene a casa, desde luego. Pero, otras cosas... Espera, se lo voy a preguntar a Victoria.

Se acercó a la puerta principal de la casa y desde el umbral llamó a su mujer. Ella apareció poco después, vestida de modo mucho más informal, con vaqueros, camisa, suéter y zapatillas deportivas.

—No me parece que haya ningún motivo aparente, además de las visitas. A veces simplemente que salgamos al jardín.

—Pero ¿habéis observado si lo hace también cuando estáis dentro o entonces está tranquila?

—Antes no lo hacía, pero desde el año pasado también lo hace estando ella sola.

—O sea, antes de atarla ya lo hacía aunque no estuviéseris vosotros presentes.

—Sí.

—¿Y vuestra reacción al verla hacerlo cuál ha sido durante todo este tiempo? —volví a preguntar a pesar de que Victoria había dicho antes que la regañaban para ver si me daban más detalles.

—Regañarla para que pare. Lo que pasa es que después de intentarlo varias veces y ver que no servía para nada, acabábamos por ignorarla y que hiciese lo que quisiera.

—Y ahora mismo, ¿ya no la regañáis nunca?

—No. Alguna vez que no podemos más y saltamos.

—Sólo una cosa más. ¿Qué cantidad de tiempo pasáis con la perra? ¿Jugáis alguna vez con ella?

—¿Jugar? —masculló Ernesto mirándola con cara de desprecio—. ¿Tú crees que se puede jugar con un animal así?

—No salimos mucho al jardín —le interrumpió Victoria—, sobre todo cuando

llega este tiempo. Además, con las niñas, el colegio... Perdonad otra vez, pero tengo que seguir con ellas.

Victoria volvió a entrar en casa.

Ernesto y yo nos quedamos callados. Neska había conseguido apresar de nuevo su cola y se había vuelto a tumbar para mordisquearla con más comodidad.

—¡Ya está bien! —gritó de repente Ernesto, dirigiéndose hacia donde estaba la perra—. ¡Ven aquí!

Cogió al animal por el collar y, evitando con rudeza que le pudiera tocar alguna parte del traje gris, se la llevó a la zona donde la ataban normalmente para hacer lo propio. Cuando lo hubo hecho se pasó la mano por el pelo, se colocó la corbata y volvió junto a mí.

—Tú dirás —me espetó.

—Bueno... Antes de nada, debes saber que el comportamiento que manifiesta Neska se conoce como conducta compulsiva y, en tu caso, es un problema de complicada solución. Por dos motivos: uno, porque lleva haciéndolo mucho tiempo, y dos, porque para corregirlo sería necesaria una implicación muy grande por vuestra parte y, sinceramente, respecto a esto último, no os veo con una actitud adecuada.

—Tú dime qué es lo que hay que hacer y yo te diré si lo hacemos o no.

—Muy bien. En primer lugar, hay que hacerle pruebas. Necesito unas radiografías de sus cuartos traseros y una biopsia de la zona de la cola que se mordisquea. Hay que descartar una afectación de la parte final de la médula espinal que provoque alteraciones de la sensibilidad en la cola o un problema dermatológico que haya ocasionado lesiones y picor en el mismo lugar.

—La radiografía ya se la hicimos hace un año y está perfecta de la cadera. El veterinario nos ha dicho que no hay signos de displasia^[13].

—Ya, pero a mí no me interesa la displasia. Busco otro problema que se llama cauda equina^[14] y que puede hacer que se comporte de esta manera. Si en las radiografías se observara alguna señal de cauda equina, o fueran dudosas, habría que hacerle más pruebas para confirmarlo.

—¿Qué pruebas?

—Una mielografía o una resonancia.

Ernesto se quedó pensativo, con cara de cabreo, asumiendo que las pruebas que le indicaba le iban a salir por un pico.

—Bueno, ya veremos lo de las pruebas. ¿Qué más habría que hacer?

—Si todas las pruebas médicas resultaran normales, el tratamiento tendría que enfocarse hacia tres frentes: uno, lograr de nuevo la curación de la herida. Para ello, habría que volver a darle antibióticos el tiempo necesario y ponerle el collar isabelino hasta que volviera a salir pelo en la zona. Hay que evitar a toda costa que cuando le pique al empezar a crecer el pelo se lo vuelva a tocar. No se le podría quitar antes.

Por otro lado, habría que darle medicación^[15] ya que en este tipo de problemas, cuando llevan mucho tiempo de evolución, se llega a lo que se llama emancipación de la conducta. Es decir, llega un momento en que la causa inicial que lo ha desencadenado deja de ser relevante y el comportamiento se manifiesta de manera autónoma, independiente de los factores que lo han provocado. Cuando pasa eso, la medicación es imprescindible para lograr la resolución. Por último, y aquí es donde tengo mis serias dudas de que fuerais capaces de llevar a cabo el tratamiento, habría que modificar muchísimo el tipo de relación que tenéis con Neska. Según yo lo veo, y suponiendo que no existan patologías que hayan contribuido al desarrollo del problema, lo que ha ocurrido aquí es un claro ejemplo de manejo inapropiado.

—¿Qué es eso de manejo inapropiado?

—Eso quiere decir que las condiciones en que tenéis a la perra no son adecuadas —mis contestaciones eran completamente indolentes. Siento una gran antipatía por la gente que tiene así a sus animales y desgraciadamente me cuesta mucho disimular mi estado de ánimo en esas situaciones. De cualquier manera, traté de que simplemente pareciera que era un caso como otro cualquiera—. Habría que empezar por sacarla de paseo diariamente, al menos una vez, aunque lo ideal serían dos, entre media hora y una hora cada una. Además, debería haber momentos en que la perra pasara con vosotros a la casa; a la cocina, por ejemplo, si no os apetece que entre en otras zonas, o bien que salierais a tener relación con ella de forma rutinaria dos o tres veces al día en periodos de media hora. Respecto a la conducta compulsiva, no se le debe regañar en ningún momento cuando la manifiesta, por mucho que sea frustrante observarla. Cualquier reacción que tengáis ante ese comportamiento, sea en forma de castigo o de tratar por las buenas de que pare, sólo potenciará que lo haga más. Si te das cuenta, Neska ha ido sufriendo un deterioro progresivo en la calidad y el número de relaciones que ha tenido con vosotros. Al principio estaba en casa para que se adaptase a las niñas. Luego, como empezó a destrozar cosas, se la pasó al garaje y de ahí al jardín; y, por último, al reducirse aún más el contacto en la época del año de mal tiempo y tratar de buscar entretenimiento haciendo agujeros en el césped, sólo consiguió que se la atara. Su nivel de frustración es altísimo y para colmo ha aprendido que comportándose de manera inapropiada, persiguiéndose la cola o excavando hoyos, consigue que por lo menos os dignéis dirigirlos a ella, aunque sea de mala manera.

—¿Me quieres decir que lo hace para llamar la atención? —se extrañó Ernesto resumiendo la parrafada que le había soltado.

—No sólo por eso. Probablemente en un inicio fue así, al observar que era una de las pocas cosas que hacía que vosotros reaccionaseis. Pero, después, otros factores se han ido añadiendo a la ecuación, de forma que ya es imposible saber qué tiene más relevancia, si la búsqueda de atención, el prurito que le genera la herida, la frustración

o la evasión que consigue al morderse la cola. Aunque no está demasiado claro, según los últimos estudios realizados, parece que la ejecución de estas conductas compulsivas de manera repetida provoca la liberación en su cerebro de unas sustancias placenteras^[16] que actuarían como una droga. Cuando se llega a ese estado es cuando se produce lo que te decía antes, la emancipación de la actividad. Parece como si el animal tratase de buscar su dosis, como un drogadicto que cada vez necesita más.

Ernesto se quedó un tanto sorprendido con esta última parte de la explicación. Aun así, no parecía dispuesto a cambiar su impresión sobre la perra. Después de reflexionar un segundo comentó:

—Lo que no entiendo es que en mi familia siempre hemos tenido perros y nunca ha pasado esto. Mi padre, que era cazador, tenía siempre a los perros en el patio de la casa y nunca ha habido ninguno que se haya comportado así. Estaban perfectamente.

—Puede ser, pero hay diferencias sustanciales entre esos perros y Neska. Una es que vosotros no habéis habituado a la perra a estar permanentemente fuera de la casa desde que era pequeña, con lo que habéis generado unas expectativas en ella que luego no se han cumplido. Otra es que Neska es un pastor alemán y esta raza está predispuesta a sufrir estos problemas. Y, por lo que dices, tu padre no tenía a los perros atados en el patio, ¿no?

—Pues no. Pero porque no era necesario. No destrozaban nada.

—En cualquier caso, cada perro es diferente y algunos llevan mejor la soledad y no tener relación con otros animales y/o personas y otros lo llevan peor. ¿Cómo ves lo que te he comentado hasta ahora?

—¿Qué pasa? ¿Habría que hacer más?

—Sí. Habría que enseñarle algunas órdenes de obediencia como sistema para impedir que siga mostrando la conducta compulsiva, de forma que mediante la orden de sentada o tumbada pudiéramos detener la persecución de la cola sin provocar un refuerzo de la misma. Esas órdenes, incluso, ayudarían a que se comportase mejor con vosotros y las niñas, y así sería más fácil para todos relacionarse con ella. Además, habría que empezar a soltarla, más adelante, y proporcionarle periodos de juego durante los cuales pudiera entretenerse ella sola con juguetes que le estimulen lo suficiente como para que se olvide de perseguirse el rabo.

—¿A qué juguetes te refieres?

—Los llamamos juguetes interactivos y, básicamente, son objetos en los que se introduce comida que el animal tiene que intentar sacar de ellos. Algunos se han puesto muy de moda últimamente, como uno que se llama Kong^[17], y se pueden encontrar en las tiendas de animales y en las clínicas veterinarias. También existe la posibilidad de hacerlos uno mismo, en plan casero, usando botellas de plástico, por ejemplo. Funcionan muy bien, tanto unos como otros.

Mientras habíamos estado hablando nos fuimos moviendo sin darnos cuenta y en ese momento nos encontrábamos a pocos pasos de Neska, mirando hacia ella. Ernesto seguía con cara de pocos amigos, con expresión de fastidio. Parecía estar a punto de decir que me olvidara del tema y que ya vería qué hacía con la perra, pero, en vez de eso, simplemente dijo:

—Espera. Voy a llamar a Victoria.

Salieron los dos de la casa y Ernesto le explicó por encima las cosas que le había dicho que tenían que hacer. A Victoria tampoco le causaba demasiada gracia lo que iba escuchando. Cuando Ernesto terminó, se quedaron los dos sin hablar, mirándose, decidiendo qué hacer.

En ese preciso momento sonó el móvil de Ernesto. Lo abrió, miró la pantalla y descolgó. Sin decir nada, se alejó unos metros para hablar con la persona que lo había llamado. Me quedé con su mujer.

—Oye —me dijo—. He visto en internet unos collares que dan descargas que por lo visto sirven para eliminar cualquier cosa que haga mal un perro. ¿No lo podríamos usar?

—Pues no. Lo único que conseguiríais sería empeorar el problema.

—¿Por qué?

—Porque aumentaría aún más el nivel exagerado de ansiedad que ya tiene. Además, ¿cómo haríais para usarlo cuando no podáis verla?

—No sé. Es que mira, sinceramente, lo que has dicho que hagamos no lo veo muy factible. Tendríamos que dedicarle a la perra un tiempo que no tenemos.

—Tampoco es una cantidad enorme de tiempo.

—Y, aparte, con este tiempo que viene..., como para estar en el jardín.

Todo eran problemas. Estaba a punto de preguntarle para qué me habían llamado. Si no estaban dispuestos a hacer nada, que hubieran regalado directamente a la perra y ya está. Pero, en ese instante, Ernesto acabó de hablar por teléfono y se unió a nosotros.

—¿Qué hacemos? —le preguntó a su mujer.

—No sé, Ernesto. Ya sabes que yo estoy muy liada y no puedo multiplicarme.

Ernesto volvió a quedarse pensando. Como buen ejecutivo, parecía estar sopesando los costes y los beneficios del tratamiento. Al final, dirigiéndose a mí con aire desafiante, dijo:

—Le doy un mes. Si en un mes no ha mejorado, la regalo.

—Pues entonces regálala ya —contesté secamente—. Un mes es muy poco tiempo para conseguir algo. Sólo en que se le cure la herida completamente puede tardar más.

—Según tú, ¿cuánto puede tardar?

—Lo mínimo para ver una mejoría apreciable son dos meses. Pero eso no

significa que en ese tiempo esté todo arreglado, ni mucho menos. Eso es lo mínimo para observar un cambio.

—Está bien. Dos meses. Pero más vale que notemos algo —me lo decía como si yo fuera un moroso y él un prestamista de poca monta.

—Pues si queréis que mejore, intentad sacar tiempo y hacer las cosas que os he comentado. Si no lo hacéis, no cambiará nada.

Les hice la receta para la medicación y les apunté en una cuartilla las pruebas que necesitaba para descartar los problemas médicos. Les tomé nota de la dirección de correo electrónico para mandarles las pautas de tratamiento por escrito, como hago siempre, me pagaron y me fui.

No quería pasar ni un momento más del necesario en esa casa. ¡Qué pena! Qué manera de estropear una relación con un magnífico animal. Y, sobre todo, ¡teniendo hijos! Lo que podrían disfrutar de la perra las niñas a poco que se molestasen en mejorar la situación de aquella. Salí del chalet pensando que lo mejor que le podía pasar a Neska es que no mejorase en absoluto y que fuese a parar a otra casa donde tuvieran más consideración con ella.

Seguí un rato más dándole vueltas al motivo que podía haber movido a Ernesto a llamarme para ver a Neska. Después de barajar varias hipótesis, la más plausible resultaba que no querían admitir el fracaso de no haber sido capaces de educar al animal. Eran personas que habían tenido «éxito» en la vida, a las que les habían ido bien las cosas y no estaban acostumbrados a ceder ante una inconveniencia. Claro, era mucho más fácil quedarse con la impresión de que lo habían intentado, llamando a un especialista, y como éste no había conseguido nada, la culpa recaía en él. Ya me estaba imaginando el comentario con algún conocido: «Pues nada, vino un etólogo de éstos a casa, hicimos lo que nos dijo, nos gastamos un dineral y al final... para nada».

Afortunadamente, este tipo de propietarios es la excepción. Sin embargo, lo que no es excepcional, ni mucho menos, es la creencia de que un perro que dispone de una parcela grande por donde moverse tiene todas sus necesidades cubiertas... que vive como un rey, vamos. Y nada más lejos de la realidad. Los cánidos domésticos son animales sociales, muy sociales de hecho, y como tales necesitan contacto con otros congéneres y con el ser humano (siempre que se hayan socializado con él, claro). Necesitan, además, ejercicio y estímulos nuevos; y ni lo uno ni lo otro lo pueden conseguir estando permanentemente en un jardín. Aquellos que vivan en un chalet pueden comprobarlo: ¿qué hace su perro durante la mayor parte del tiempo que está fuera? ¿Quiere que se lo diga? N A D A. Básicamente dormir. ¿Correr? Sólo si la parcela es grande y tienen que recorrer un trecho relativamente largo para ir a ladrar a alguien que pasa por la puerta o al perro del vecino. Si no es por un motivo semejante, lo normal es que el animal esté parado, sin hacer nada, justo delante de la puerta de la casa. ¿Para vigilar? Puede que alguno sí, pero la mayoría lo hacen para

estar lo más cerca posible de sus dueños y que cuando éstos tengan la deferencia de salir y estar un rato con ellos, lo primero que hagan sea acariciarlos o dirigirles una palabra agradable. Triste existencia, desde luego.

Lucía y el miedo



Paré a comprar el pan en un horno que queda cerca de mi casa, donde lo hacen buenísimo. No me había fijado en que eran ya casi las tres y cuarto y, aunque suelen cerrar tarde, esto ya era demasiado. Tuve que recurrir a la tienda de alimentación regentada por varios individuos chinos que está en la esquina de la misma calle. Vaya diferencia de pan, no es por nada. Este parecía chicle. Podías estirarlo hasta convertirlo en una *baguette* o bien comprimirlo hasta darle una forma parecida a la de un colón, como lo llaman en algunos sitios.

Aparqué el coche en el mismo lugar donde lo tenía por la mañana al salir de casa y abrí la puerta del patio. Allí estaba Kika saludándome en actitud sumisa, como siempre.

—¡Qué pasa, Lumi! —le dije respondiendo a su solícito saludo.

Lo de Lumi es un apelativo familiar. Torpe tiene la manía de cambiar los nombres a todos nuestros animales por otros más, cómo decirlo... estrambóticos. En el caso de Kika recuerdo que, cuando era muy pequeña, tendría tres o cuatro meses, estábamos con ella una tarde en un descampado próximo a la casa de Emi, mi suegra, enseñándola a hacer algo parecido al *agility*^[18]. Margarita se había empeñado en que tenía que pasar por un tubo de hormigón de manera similar a como lo hacen los perros que participan en esas pruebas. En un momento determinado, según la perra aparecía por el otro extremo del tubo, comentó:

—¿Has visto? ¿A que parece un lobito?

—Claro —contesté—, es que es un husky. ¿Qué quieres?

El caso es que a partir de ahí empezó a llamarla Lobito. Pero como no estaba contenta, lo cambió por Lubito y, después, para abreviar, pasó simplemente a Lubi. Un día que mi madre vino a hacernos una visita, nos escuchó llamarla de esa manera y no sé por qué razón, ya que la perra de lasciva no tiene nada (lleva esterilizada desde que tenía menos de un año de edad), ella entendió que la llamábamos Lumi. Y así se quedó, al menos cuando no nos oye nadie.

Más de uno, incluso de dos, habrán podido apreciar que Margarita no es la única que modifica los nombres a su antojo. Ya se sabe, el roce hace el cariño y transmite la tontería. El caso es que me lo ha pegado.

Cuando entré en casa por la cocina, como hacemos habitualmente, me topé de

lleno con el fantástico trasero de mi mujer. Estaba agachada, con medio cuerpo dentro de la nevera.

—Eeeh, ¿qué paaasa, me estabas esperando? —le dije, mientras apoyaba suavemente mis manos sobre sus caderas.

—Anda, ¡quita! —respondió ella incorporándose—. ¿Has visto la nevera? A ver, ¿qué comemos?

—Ah, yo qué sé. Algo habrá.

—¿Sí?, mira.

Me asomé al frío hueco iluminado y la visión fue absolutamente desoladora. El contenido del frigorífico se limitaba a una tableta de chocolate, un bote de yogur líquido caducado, una tarrina de margarina, alrededor de cinco litros de Coca-Cola, dos lonchas de jamón cocido, media cebolla y varios tomates con aspecto de estar muy pachuchos. Y un par de huevos.

—Ésos son los que tienes tú —me espetó Torpe—. ¿No te dije ayer que teníamos que ir a comprar?

—Ya, pero ayer estaba hecho polvo. Oye... y los macarrones que nos había dado tu madre, ¿dónde están?

—Se los di a la perra del vecino.

—¡Hay que joderse!

Hay un vecino, en el chalet de al lado, que tiene una perra negra similar a un labrador. La mantiene en unas condiciones deplorables, muy parecidas a como tenía a Neska la familia García-Corraleros. Margarita se ha enfrentado a él en varias ocasiones sin conseguir absolutamente nada y está empeñada en que la perra pasa hambre. Reconociendo que el animal lleva una vida perra, nunca mejor dicho, sin embargo no creo que la tenga mal alimentada. Tiene el pelo brillante y su estado de carnes es bueno. Pero no hay manera de bajar a la parienta del burro. Cada vez que puede le da algo de comida a través de la valla que la separa de nosotros.

—¿Qué ocurre? ¿Te los ibas a comer?

—¿Tú qué crees?

—Si quedaban cuatro.

—Bueno, pero mira, así yo me comía los macarrones y tú te hacías una tortilla con los dos huevos.

—Hale, ¿y ya está? Ya hemos comido con eso, ¿no?

—Sí, ¿qué tiene de malo?

—Nada, no tiene nada de malo —respondió saliendo de la cocina bastante enfadada.

La verdad es que soy un completo desastre en cuanto a las comidas, no le pongo el más mínimo interés. Alucino con mis hermanos y sus novias. Siempre tienen preparado algo que llevarse a la boca e incluso sacan tiempo de donde sea para

cocinar un buen número de platos y congelarlos para aquellos días en que van con la hora pegada. Nunca faltan unas judías, unos espaguetis a la carbonara o algo de carne asada. En mi caso, lo máximo que he llegado a hacer ha sido un gazpacho. No me quedó mal, todo hay que decirlo, pero desgraciadamente estaba a años luz del que prepara mi buen amigo Pepe. ¡Ah! Eso sí que es un gazpacho como Dios manda. Se me hace la boca agua sólo de recordarlo.

Afortunadamente, como vivimos muy cerca de la casa de mi suegra, cuando no puedo ir a comer allí, Margarita se encarga de hacerme llegar para la cena una ración de lo que hayan tomado ellos ese día. Reconozco que he llegado a llorar de felicidad varias veces al probar la primera cucharada de las excepcionales lentejas o judías blancas con chorizo de Emi.

Por eso, al mediodía, normalmente me limito a comer para sobrevivir. Bueno, por eso y por otro motivo: la siesta. Es en lo único que pienso a esas horas. Si no puedo echarme una horita u horita y media ya estoy cabreado para el resto del día, no soy persona. Y no, lo siento, no me vale con diez minutos o un cuarto de hora. Si sólo puedo hacer una siesta de esa duración, no me duermo. Me paso todo el tiempo pensando en los minutos que me quedan para levantarme y no consigo pegar ojo.

Después de camelarme a Margarita y de prometerle que iríamos a comprar a la mañana siguiente, accedió a que compartiéramos un ridículo bocadillo de tortilla con jamón. Me lo comí a toda prisa, para no perder ni un minuto de siesta, y le apremié para que hiciera lo mismo. Mientras me fumaba el cigarrito de rigor, recogí la mesa y acto seguido subimos al dormitorio y nos acostamos. Eran las cuatro menos cuarto y tenía hasta las cinco para dormir, ya que el día anterior me había llamado una clienta para anular la visita que tenía concertada ese día con ella a las cuatro de la tarde. Apagué el móvil, nos tapamos con el edredón y como la mañana había sido larga caí rápidamente en un profundo sueño.

Parecía que habían pasado sólo unos segundos cuando empezó a sonar la voz del Neng de Castefa pidiéndome que cogiera el teléfono. Es una sintonía o politono o como narices se llame, de esos que hay para los móviles, que tengo puesto como alarma. Es estridente y desagradable hasta decir basta, pero es el único ruido con el que últimamente logro despertarme rápidamente.

Fui al baño, allí encendí un cigarro, oriné, me lavé la cara y los dientes, me peineé y salí. Volví a conectar el móvil, para ver si tenía algún mensaje. «Tiene... dos... mensajes nuevos... y... una... llamada que no ha dejado mensaje». Me dispuse a escucharlos mientras ordenaba el maletín y cogía algunas fichas. «Tiene una llamada del número 66002256787... recibida hoy a las... dieciséis... cinco... Tiene... dos... mensajes nuevos. Primer mensaje. Mensaje de hoy a las... dieciséis... treinta y dos... *Pablo, oye, que soy Lucía, nada, era para comentarte cómo va Luna. Llámame cuando puedas, ¿vale?, hasta luego.* Piiiiii... Siguiendo mensaje. Mensaje de

hoy a las... dieciséis... cincuenta y cuatro... *Buenas tardes, mi nombre es José Luis Calvo. Me ha dado su número la veterinaria de aquí, de Majadahonda, porque tengo un problema con un cruce de fox terrier. Le agradecería que me llamara lo antes posible al teléfono que se le queda reflejado. Muchas gracias y un saludo. Piiiiii...* Para revisar las llamadas que...».

El primer número correspondía a una centralita telefónica. En esos casos, en que algún cliente llama desde una empresa que tiene instalado este sistema telefónico, no me queda más remedio que esperar a que vuelvan a llamar. Ya he pasado por algún incidente violento y no estoy dispuesto a que vuelva a ocurrir. Recuerdo muy bien lo que ocurrió la última vez:

—Setelma... ¿Dígame?

—Eh, sí, verás, tengo una llamada perdida de este número.

—Ya, pero ¿por quién pregunta?

—Pues no lo sé. No me ha dejado mensaje.

—¡Ufff! Pues es que somos veinticinco personas en la empresa.

—¿Y no tiene ni idea de quién me ha podido llamar? Mi nombre es Pab...

—¡Ah!, espere un momento. Creo que ya sé quién ha podido ser. Le paso.

—¿Aló?

—Hola, ¿me ha llamado usted?

—Sí, sí, quería concertar una cita, doctor.

La mujer tenía acento sudamericano, aunque no era capaz de identificar exactamente de qué país podía ser nativa. Este dato es muy importante para entender lo que sucedió a continuación.

—Vale, ¿qué problema tiene?

—Verás, doctor, es que llevo unos días manchando y no me tocaría estar mala hasta dentro de dos semanas, más o menos. La verdad es que no es sangre como tal, más bien es un flujo de color...

—Espere, espere, me parece que ha habido una confusión. Yo soy veterinario.

—¿Cómo dice? ¿No es usted el doctor López-Quiroga?

—No. Mi nombre es Pablo Hernández y soy veterinario especialista en etología.

—¡Ay! Dios mío. ¿Y por qué no lo ha dicho usted antes? ¡Qué vergüenza! Pero vamos a ver, ¿quién le ha pasado conmigo?

—No lo sé. La persona que coge el teléfono. La de la centralita.

—Regina... La voy a matar. Yo he llamado al ginecólogo, al doctor López-Quiroga, no a usted.

—Pues lo siento.

—Ya, ok. Bueno, yo no puedo ayudarlo, no sé quién lo habrá llamado.

—Entiendo. Pues nada, buenas tardes y que se mejore.

—Que le den. Adiós.

«¡Toma! Encima que uno es educado y se preocupa por los demás. No, si de desagradecidos está el mundo lleno. Lo juro, la última vez que me pasa. No devuelvo una sola llamada más de centralita», me dije a mí mismo. La confusión se había producido porque los sudamericanos, a diferencia de la mayoría de los españoles, también llaman doctor al veterinario. Y no únicamente al médico.

Las otras dos llamadas tendría que contestarlas más tarde. No me sobraba el tiempo y existía la posibilidad de que la llamada a José Luis se prolongase más de lo debido.

Salí de casa en dirección al metro. Tenía dos visitas concertadas en el centro y, al ser viernes por la tarde, si usaba el coche, lo más probable era que no llegara a ninguna de las dos. La primera era en la zona de Argüelles y la segunda en un punto cercano a la plaza de Las Ventas.

Me había llevado para leer durante los trayectos *El jugador*, de Dostoievski. Lo estaba releendo por segunda vez. Justo cuando me encontraba en ese pasaje en el que Alexéi Ivánovich le declara su amor a Pólina Alexándrovna, una voz desde el otro extremo del vagón me incitó a levantar la mirada de las páginas y dirigirla hacia allí.

—Buenas tardes, *siniores* —decía la voz—. No tengo casa ni tengo para comer. Por favor, les pido una *aiuda*.

Al irse acercando hacia mí, sorteando a los pasajeros del vagón, pude comprobar que la voz salía de la garganta de una joven, probablemente de nacionalidad rumana, que llevaba en brazos una criatura casi recién nacida. Terminó por quedarse de pie, a mi lado, después de no lograr que nadie le diera un céntimo de euro. Miraba inexpresiva a través de la ventanilla, esperando llegar a la próxima estación para bajarse y subir al vagón siguiente. El bebé dormía plácidamente. ¿Será verdad lo que se dice? ¿Que les drogan para que no molesten? No sé si sería este el caso, pero su palidez, su pequeñez, su inocencia y su pulgar apoyado ligeramente contra la boca que parecía sonreír me hicieron llevarme por un instante la mano hacia el bolsillo para sacar unas monedas. De repente, como si saliera de un estado de hipnosis, me di cuenta de lo que iba a hacer. Volví a apartar la mano del bolsillo justificándome que darle algo a esa mujer sólo ayudaría a que otras siguiesen usando a los niños para mendigar (a pesar de estar absolutamente prohibido). Me quedé unos instantes más mirando al bebé. Era tan frágil. Y tan guapo. Casi se me saltaron las lágrimas pensando en la vida que le había tocado en suerte. Llegamos a la siguiente estación y la joven desapareció de mi vista llevándose con ella. Eres como los demás, me dije, sólo un hijo de la gran puta sensiblero al que en realidad le importa un bledo el sufrimiento ajeno. Porque, ¿estarías realmente dispuesto a hacer lo que fuera necesario para mejorar su vida y la del pobre niño? Me doy asco, aunque tristemente..., sólo un asco pasajero.

Cuando me di cuenta, ya había llegado a la estación de Argüelles. Me apeé del vagón y salí en dirección a la calle Marqués de Urquijo. Había mucho bullicio de gente que entraba y salía de las distintas tiendas de la zona, afanándose en hacer que el nivel de consumo del país no decayera. Empecé a bajar hacia el Paseo de Rosales, que era donde vivían mis primeros clientes de la tarde y decidí que era un buen momento para devolver la llamada a Lucía.

—Hola, Pablo.

—Qué tal, Lucía, ¿cómo va todo?

—Bien, bien. Sólo era para comentarte cómo había vuelto Luna de la residencia, ¿te acuerdas que quedamos en hablar dos semanas después de que la recogiera?

—Sí, me acuerdo.

—Pues nada. Yo creo que hasta le ha venido bien. Me dijeron que los primeros días estuvo muy asustada y que no quiso salir de la jaula, pero después se fue confiando y hasta se hizo amiga de otro perro que tenían por allí suelto en la finca.

—Ah, muy bien. ¿Y a la vuelta? ¿Sigue saliendo bien a la calle?

—Sí, sí, sin problemas, como la viste la última vez.

—Perfecto. ¿Sigues llevándote la pelota para jugar con ella?

—Sí. Todos los días, como me dijiste. Ya sólo le doy algún trocito de salchicha cuando alguna persona se le acerca y se deja tocar. El resto del tiempo le voy enseñando la pelota y juego con ella cuando llegamos al parque.

—Fenomenal. Pues nada, seguimos así dos semanas más y si te parece nos volvemos a ver a primeros del mes que viene.

—De acuerdo. ¿Te parece que te llame el día 3, que es miércoles, para quedar?

—Sí, el miércoles está bien.

—Vale. Pues entonces hasta el mes que viene.

—Venga, hasta luego, Lucía.

—Gracias, Pablo, hasta luego.

Lucía era la clienta perfecta. Si le decías que hiciera tal cosa con la perra, ella lo hacía a pies juntillas. Si debía llamarte para revisar el caso, lo hacía sin retrasarse un solo día. Era estupenda. Llevábamos más de medio año tratando a Luna y mantenía la misma dedicación del primer momento.

Luna era una galga que Lucía había adoptado en una protectora. Cuando llegó a casa tenía un miedo atroz. En poco tiempo consiguió hacerse a la vida hogareña, pero salir a la calle se convirtió en un enorme sufrimiento, tanto para ella como para su propietaria. Luna padecía una falta de socialización bastante severa con todo aquello que representaba la ciudad. Aunque no teníamos datos sobre la vida que había llevado antes de llegar al albergue de la protectora, por los signos que demostraba, debía de haber estado en alguna rehala de cazadores. Los únicos que les permiten alejarse de los estímulos que suponen una amenaza para ellos, incrementando así sus

posibilidades de supervivencia. Este tipo de conductas, que eran las que presentaba Luna, se fijan de forma permanente en el animal, ya que aprende rápidamente que actuar de esa forma le libera de la amenaza. Esa liberación, al reducir la angustia y la ansiedad asociadas al miedo, da lugar a un estado de bienestar tan grande que el sujeto que la experimenta no quiere, bajo ningún concepto, intentar actuar de otra forma. Por poner un ejemplo de lo que pasa en las personas, si a mí me da miedo volar (como de hecho me ocurre) la mejor manera de evitar esa situación será, simplemente, no hacerlo. Por mucho que los amigos, la familia o el personal del aeropuerto me insistan en que es el transporte más seguro que existe, trataré por todos los medios de ni siquiera acercarme por la zona de Barajas. Si, por necesidad, tengo que acompañar a alguien que tiene que coger un vuelo, sólo por estar en la terminal me notaré angustiado y me entrarán sudores. Pero cuando nos despedamos y salga de allí, esas sensaciones desaparecerán, dando paso a un estado de tranquilidad y seguridad que me reafirmará más aún en mi comportamiento.

Por tanto, lo que teníamos que conseguir en una primera fase era eliminar, en la medida de lo posible, la ansiedad y la angustia asociada al miedo para que Luna fuera capaz de actuar de otra manera. Esto lo conseguimos con el uso combinado de dos medicaciones, fluvoxamina^[19] y alprazolam^[20], asociado con feromonas apaciguadoras caninas y recomendando a Lucía que evitara, temporalmente, enfrentar a Luna con los estímulos que más miedo le provocaban. Para esto último, le aconsejé que sacara a la perra de paseo en las horas más tranquilas del día. Así conseguiríamos que las conductas de escape no siguieran reforzándose.

Dos semanas después de haber comenzado con el tratamiento volví a visitar a Luna. El cambio que había experimentado en tan poco tiempo era espectacular. Ya no intentaba volver como una desesperada a casa. Desde luego, seguía asustándose cuando un coche o un camión pasaban relativamente cerca de ella, pero la actitud miedosa desaparecía mucho más rápidamente que antes.

—¿Has visto lo que ha hecho con ese hombre que acaba de pasar? —comentó Lucía, mientras paseábamos con Luna.

—Desde luego —contesté—, no ha tenido la más mínima intención de evitarle.

—¿Verdad?... ¡Muy bien, Lunita! —le dijo a la galga agachándose hacia ella, a lo que ésta respondió adoptando la postura típica de juego a la vez que con las palas delanteras, alternativamente, intentaba golpear suavemente las piernas de su dueña y acompañaba dichos movimientos con ladridos breves y sacudidas de la cabeza, mirándola de reojo.

—Mira qué contenta se ha puesto —volví a comentar—, esto no lo habría hecho hace quince días ni por ensoñación, ¿eh?

—Ni remotamente —confirmó Lucía.

Aunque ya le había pedido a Lucía que empezara a enseñarle a la perra las

órdenes de sentado y tumbado durante la primera visita, en esta segunda ocasión, y ahora que el animal tenía mucho menos miedo, le pedí que lo practicara también en la calle, para poder hacer los ejercicios que requería el tratamiento.

A partir de la semana siguiente, una vez que habíamos conseguido los primeros objetivos y con la ayuda de uno de los educadores que trabajan conmigo, comenzamos el proceso de desensibilización^[21] y contracondicionamiento hacia las personas, ruidos, etcétera. Es un sistema que, si bien lleva tiempo y esfuerzo, suele dar como resultado una mejoría muy evidente en la conducta del perro. La clave está en progresar muy despacio y siempre al ritmo que nos marque él. Si intentamos avanzar demasiado deprisa, lo más normal es que el animal vuelva a asustarse y tengamos que volver a empezar.

Lo primero que hicimos fue explicar detenidamente a Lucía cómo íbamos a conseguir que Luna tolerase sin problemas la presencia de personas próximas a ella sin que se asustara e intentara salir corriendo.

—En estos casos —le dije—, podemos trabajar sobre dos tipos de circunstancias diferentes. Por un lado, nosotros mismos haremos ejercicios específicos con Luna, adaptando completamente la situación para conseguir lo que queremos de ella. Por otro, te enseñaremos a aprovechar las situaciones habituales que se van a dar en la calle, para utilizarlas en vuestro propio beneficio. Ten en cuenta que es imposible controlar todas y cada una de las situaciones que se van a producir en el paseo y, por tanto, deberás aprender a manejarlas para que el resultado no sea negativo.

—Pero, y si se asusta, ¿qué hago? —preguntó Lucía.

—Lo mejor es intentar mantener la tranquilidad y, aunque pueda parecer cruel, ignorar completamente a Luna hasta que se le pase el miedo.

—¿Ignorarla?, ¿no debo tranquilizarla para que se le pase antes?

—No, en absoluto. Si haces eso, lo que conseguirás es que la perra asocie esa conducta miedosa con tus caricias y tus palabras amables, por lo que podría entender que comportarse así a ti te parece correcto.

—Entonces, ¿debo regañarla para que entienda que está mal hecho?

—No, tampoco. Si la regañas o la castigas de alguna otra forma, lo que pasará es que Luna tendrá un motivo más para asustarse de las personas. Si ya de por sí son algo «malo» para ella, cuando asocie que se le castiga por estar ellas presentes, pasarán a ser doblemente «malas» y seguirá intentando evitarlas desesperadamente.

—¡Vaya!, entonces, ¿no debo hacer nada?

—Ignorarla, como te acabo de decir. Así evitamos cualquier refuerzo, tanto negativo como positivo, de su conducta.

—¿Y cómo va a aprender a no tenerles miedo?

—Haciendo los ejercicios que vamos a empezar a practicar con ella. Como vas a ver, lo que intentamos es preparar la situación para que Luna no llegue a asustarse. Si

logramos que esté tranquila y sin miedo, entonces la premiaremos por comportarse como nosotros queremos. Lo mejor será que lo veas según lo vamos haciendo.

Nos fuimos hasta una calle bastante tranquila que quedaba cerca de donde vivía Lucía. Más o menos a la mitad de la longitud de la calle se situaron Luna, su dueña y el educador. Yo, por mi parte, iba a moverme por dicha calle, imitando los acercamientos que podría realizar al caminar una persona, pero controlando en todo momento el tipo de movimientos que hacía, la velocidad a la que me aproximaba hacia la perra y la distancia a la que pasaba de ella. Empecé por pasar por la zona más alejada, al otro lado de la calle, andando despacio y, por supuesto, sin dirigirme para nada a Luna. Antes de que yo empezara a caminar, el educador le había pedido a Lucía que sentase a Luna. Cuando yo comencé a andar y la perra se fijó en mis movimientos sin el menor asomo de asustarse, le dijo que le enseñase un trocito de salchicha delante de su nariz pero que no se la diese hasta que él le dijese. Justo en el momento en que yo estaba a la misma altura que ellos, pero al otro lado de la calle, el educador le dijo a Lucía que le diese la salchicha y la acariciara por haberse comportado correctamente, sin miedo. Repetimos varias veces el ejercicio y dejamos descansar unos instantes a la perra.

—¿Ves lo que tratamos de hacer?

—Sí, sí. Ahora está claro.

—Intentamos que Luna no se asuste preparando exactamente la manera de comportarme y la distancia a la que paso de ella, de forma que no reaccione ante mi presencia. Como lo hace bien, le damos un premio y, así, poco a poco, acercándonos cada vez más, andando más rápido o más lento, con bolsas, con abrigo o gorras, o parándonos después a su lado, le vamos cambiando su percepción sobre la gente. De ser algo a evitar, se convierten en algo agradable porque cada vez que ve una recibe un premio.

—Entonces —siguió Lucía—, si yo ahora mismo fuera de paseo con ella por la calle y me encontrara con una persona, lo que tendría que hacer es alejarme de ella lo suficiente como para que Luna no se asustase e ir distrayéndola con el premio hasta que nos cruzásemos con ella y, entonces, como no se habría asustado, dárselo y felicitarla, ¿no?

—Exactamente. Lo más importante de todo, cuando vayas de paseo con ella, es que aprendas a anticiparte a las situaciones cotidianas y a adaptarlas de la mejor manera posible al carácter de Luna, progresando muy despacio. Desgraciadamente, no siempre podrás controlar la situación y Luna puede llegar a asustarse, pero en esos momentos lo que debes hacer es ignorarla, como te he dicho antes, hasta que se le pase el miedo, sin liberarla de la situación. Una vez que se confíe, podrás premiarla y seguir normalmente.

—O sea, ¿no debo alejarme si ya está asustada?

—¿Qué crees que pasaría si hicieras eso?

—Pues..., vería que asustándose puede librarse de la situación, ¿no?

—Eso es. De todas formas, debemos evitar siempre que sea posible, al menos de momento, ponerla en esas situaciones complicadas. Al ignorarla e impedirle que escape de la situación asustándose, logramos no potenciar sus reacciones miedosas, pero eso no quitará para que se estrese y comprometamos su bienestar.

—Ya, claro. Entiendo.

Y tanto que lo entendía. Era fantástico trabajar con ella y con la perra. El educador estaba encantado también con ellas, tanto por la actitud de Lucía como por la facilidad con la que aprendía la galga. De hecho, la evolución de la terapia fue mucho más rápida de lo normal. Aun así, como Luna tenía miedo de tantas cosas, tuvimos que realizar sesiones con ella durante varios meses.

Poco a poco, gracias a los ejercicios que hacíamos nosotros y a la maña que se daba Lucía, logramos que no reaccionase en absoluto a la gente que pasaba cerca de ella o que se paraba a su lado, hasta que, llegado un momento, empezó a dejarse tocar. Pero esto no resultó igual de fácil con todo el mundo. Una de las cosas más complicadas fue conseguir que tolerase perfectamente a Antonio, el padre de Lucía, un hombre mayor, grande, muy serio, con un problema de gota en su rodilla derecha que le obligaba a llevar frecuentemente un bastón y que tenía una voz tan sumamente grave que hasta a mí me intimidaba. Afortunadamente, la rudeza de Antonio quedaba compensada por su infinita paciencia y por la misma buena maña que se daba su hija a la hora de tratar a los perros.

La otra cosa que nos costó muchísimo fue que se acostumbrase a los niños. Estos asustaban mucho a Luna, especialmente los más revoltosos. Cuanto más gritaban y más corrían, más miedo le daban. A los más tranquilos y, sobre todo si eran pequeños, los toleraba algo mejor, pero no mucho. Para conseguir que se fuese habituando a ellos, primero recurrimos a acercarnos, sin llegar a entrar, a un parque próximo, donde a través del juego y la comida comenzó a ignorar los ruidos y el alboroto propio de los críos. Progresivamente nos fuimos acercando más y más al parque, a las zonas menos bulliciosas, para seguir avanzando de forma positiva. Si en algún momento algún niño despistado se acercaba hacia nosotros con intención de tocar a Luna, sopesábamos su actitud y su docilidad y le sometíamos a un breve interrogatorio para confirmar que estaría dispuesto a hacer lo que le indicábamos. A aquellos que aprobaban el examen les permitíamos que tuviesen contacto con el animal, pero a los que no lo superaban les convencíamos de que se marcharan echando mano de alguna argucia, como decirles que sus madres les buscaban, o que sus amigos les estaban llamando, o cualquier otra cosa que nos permitiera desembarazarnos de ellos sin que se enfadaran demasiado. Siendo inflexibles en este aspecto y con mucha paciencia, pudimos ir bajando el listón para conseguir el

aprobado, y admitir así que muchos más niños se relacionasen con la perra. Sólo se nos resistieron unos trillizos, vecinos de Lucía, con los cuales fue imposible acostumbrar a Luna. Eran de la piel del diablo, más malos que un dolor y cada vez que veían a la perra iban hacia ella gritando y corriendo, quedándose después anonadados, con la boca abierta, al observar cómo la galga se desencajaba y hacía resbalar sus patas sobre la acera en un intento desesperado por perderles de vista lo antes posible. Su madre, por supuesto, no paraba de gritarles que no hicieran eso, pero daba lo mismo. Con seres así, la única opción posible para Lucía y su perra era intentar evitar a toda costa cruzarse con ellos.

Con la intención de mantener el interés por la comida, y ya que a Luna le encantaba también jugar con una pelota de tenis casi destrozada que encontró un día en el parque, le dije a Lucía unas semanas antes que fuera retirando los premios comestibles en las situaciones ya superadas y los fuese sustituyendo por el juego. Era mejor reservar las salchichas para lo más difícil, es decir, para aquellos momentos en que Luna se dejaba tocar por las personas que querían acariciarla durante los paseos. En cualquier caso, le indicamos a Lucía que, al igual que con los niños, debía pedir a la gente que se relacionase con la perra de una manera determinada.

—Mire, tenga este premio —le dijo Lucía a una abuelita que se quedó encantada con Luna—. Ahora, cuando yo le diga, se lo da, ¿vale?

—Sí, sí —respondió la anciana, sonriendo con enorme ternura a la perra.

Lucía hizo sentar a Luna, la cual se quedó tranquilamente en esa posición esperando a ver si le caía el premio. Como se estaba comportando estupendamente bien, su dueña le hizo una señal a la señora para que le diera la comida. Luna lo cogió con cuidado, pero muy confiada.

—Ves que está perfectamente, ¿no? —le comenté a Lucía.

—Sí.

—Pues entonces, podemos ir un poco más allá y decirle a la señora que la acaricie como ya hemos visto otras veces, ¿de acuerdo?

—Acaríciela ahora —le solicitó Lucía a la señora mayor.

—¡Ay!, ¿puedo?

—Sí..., claro. Pero mire, hágalo así, como estoy haciendo yo, por aquí, por la barbilla y el pecho^[22].

—Qué guapa eres —decía la abuelita a la perra mientras le pasaba su mano por las zonas indicadas—. ¿Verdad? Claro.

Como la mujer parecía emocionada con el animal y me temía que pudiese estar acariciando a Luna más tiempo del recomendable, cogí uno de los premios que llevaba yo mismo en el bolsillo y me dirigí a ella.

—Tenga, ofrézcale otro premio, si no le importa.

—Anda, mira cómo te vas poner —comentó, mientras dejaba de tocar a Luna

para coger la comida que yo le daba.

—Muy bien —dije—. Hale, Luna, vamos, que tienes que hacer pis, ¿eh?

—Pobre, claro, que tienes que hacer tus cosas.

—Bueno, encantada —le dijo Lucía.

—Igualmente, hija. A ver si nos vemos otro día, ¿eh, preciosidad? —respondió la señora, cogiendo la bolsa que había dejado en el suelo al pararse a hablar con nosotros.

Lucía volvió a felicitar a su perra por lo bien que se había portado mientras nos alejábamos en dirección al parque.

—Has visto lo que he hecho yo, ¿no? —le pregunté.

—Sí, le has dicho que le diera el premio para que dejara de acariciarla.

—Tienes que tener en cuenta siempre cómo es cada persona, ya que algunas, con toda su buena intención, pueden agobiar demasiado al animal y consiguen que se asuste en vez de lo contrario.

—Ya, el problema son las que no te hacen ni caso. «No te preocupes, que yo he tenido perro siempre y sé cómo tratarlos», te dicen muchos.

—Con esa gente, lo mejor es, con mucha educación, decirles que no te puedes parar, que tienes mucha prisa y que te tienes que ir.

—Y algunos no veas cómo te miran.

—Bueno, oye, pues problema suyo. Lo que no podemos consentir es que por quedar bien con ellos consigamos que Luna retroceda.

—Tienes razón. De acuerdo, así lo haré.

—Siempre es mejor quedarse corto, «más vale pájaro en mano que ciento volando», ¿verdad? Si somos pacientes y constantes, todo irá mucho mejor.

Para habituarla a los ruidos de la ciudad, además de la misma técnica usada con las personas, utilizamos también un CD que lleva grabados ruidos de coches, camiones, maquinaria, obras, etcétera, y que al ir escuchándolos en la seguridad de la casa, lograron que fuera reaccionando cada vez menos a ellos. Aun así, y cambiar esto probablemente requerirá mucho más tiempo, todavía hoy si un autobús para demasiado cerca de Luna y hace ese ruido característico procedente del motor, como un pitido, o si en una tienda echan el cierre de tijera justo cuando Lucía pasa con la perra por ese lugar, resulta difícil que Luna no se asuste, aunque cada vez vamos consiguiendo que se controle mucho más.

La última vez que visité a Lucía le recomendé que me llamase para valorar la respuesta de la perra al volver de la residencia, ya que no había estado en ninguna desde que la adoptara del albergue y, además, hacía casi un mes que le habíamos retirado la medicación. Bueno, una de las medicaciones, la fluvoxamina concretamente. La otra, el alprazolam, no fue necesario usarlo más que durante el primer mes de tratamiento. Luego pudimos ir reduciendo paulatinamente la dosis sin

que se observaran cambios en la conducta de la galga.

Como me había relatado, todo había ido perfectamente y el cambio no le había hecho retroceder en ningún aspecto del problema. Ya quedaba poco que pudiéramos hacer nosotros por Luna. En breve, dejaríamos que diera Lucía la que se ocupara de seguir manteniendo y aumentando, día a día, la mejoría obtenida durante todos estos meses de tratamiento y podríamos «darle el alta clínica» a la perra.

Una piraña en el sofá



El edificio donde residían mis clientes era de estilo neoclásico, situado muy cerca de la confluencia entre Rosales y Marqués de Urquijo. En este tipo de casas no es necesario recordar la clave para entrar en el portal ya que éstos suelen estar siempre abiertos. Un portero mayor y con cara de pocos amigos le pregunta invariablemente dónde vas cuando estás a punto de sobrepasar, intentando emular al hombre invisible, el amplio mostrador detrás del que él está sentado. Al tercero B, respondes tú con actitud apaciguadora o desafiante según el tamaño del portero. ¿A quién va a ver? A Carmen Mayoral. Por la escalera de la izquierda. Gracias.

Salió a abrirme una chica joven sudamericana.

—Hola, dígame.

—Soy Pablo Hernández, he quedado con Carmen para ver al perro.

—Ah, sí. Pase, pase al salón. Ahora mismo sale la señora.

—Gracias.

Era un salón enorme distribuido en dos ambientes distintos. Me encantaron los muebles, especialmente los sofás, con estampados florales y de dimensiones difícilmente adaptables a un piso de los que uno puede permitirse hoy en día. Me llamó la atención un armero situado en una de las esquinas de la sala. En él había varias escopetas de caza, algunas bastante antiguas. Cuando me disponía a dejar el maletín junto a uno de los sillones indi viduales que flanqueaban el lado derecho de la mesa de centro, apareció Carmen. Era una mujer guapa, con el pelo negro, fosco y largo, alta y algo entradita en carnes. Llegó fumando un cigarro. Achaqué a eso la gravedad de su voz, bastante ronca.

—¿Qué tal, Pablo?

—Hola.

—Siéntate. Ahora viene María.

María era la hija de Carmen. Llegó al salón con León en brazos. Llevaba todavía el uniforme del colegio de pago al que iba a estudiar. Tendría catorce o quince años y sólo se parecía a su madre en la altura; era más o menos rubia y muy delgada. Me saludó y se sentó en un sillón próximo a aquél en el que estaba yo. León, un teckel de pelo duro, no se inmutó por mi presencia. Se quedó tranquilamente tumbado en el regazo de su dueña, porque María era su verdadera y única dueña, mirándome a

través de los párpados casi cerrados.

Cuando iba a comenzar con el cuestionario para averiguar cuál era el problema de León, apareció un hombre de unos setenta años de edad. Este no puede ser el marido de Carmen, pensé para mí.

—Mira, éste es Mariano, el padre de Fernando, mi marido.

—Hola, ¿cómo está usted? —le pregunté.

—Bien —dijo él—. ¡Niña!... ¡Baja al perro de ahí!

María murmuró algo mientras arrugaba el labio superior y miraba hacia otro lado, sin hacerle ni pizca de caso.

—¡María!, ¿no has oído a tu abuelo? —intervino Carmen.

—Pero, mamá...

—¿No entiendes que un perro es un animal? —le replicó Mariano a su nieta.

—Ya, que sí...

—¿¡Lo quieres bajar de una vez!?

Carmen se levantó del sofá donde estaba sentada y se dirigió al lugar donde se encontraba María con intención de bajar ella misma al perro. Sin embargo, cuando intentó alargar la mano para coger del collar a León, éste se volvió hacia ella y enseñándole una blanquísima dentadura le gruñó en un tono bajo pero muy amenazante.

—¿Has visto? —dijo Carmen dirigiéndose a mí.

—Sí. ¿Lo hace habitualmente?

—Cada dos por tres. Y si sólo fuera eso..., ya nos ha mordido a todos menos a María. No es normal, ¿no? Los perros nunca muerden a sus dueños^[23].

—Entonces, ¿éste es el problema por el que me habéis llamado?

—Sí, claro. A ver si nos enseñas cómo tratarlo. No sé, ¿no estará loco? Si no, no me explico esos ataques que le dan.

—Qué loco ni loco —respondió Mariano con desden—, a ése lo que le hace falta es que le metan en vereda.

En ese momento se oyó cómo alguien introducía la llave en la cerradura de la puerta principal de la casa. Supuse que era Fernando Castrejón el que llegaba, un hombre de la misma edad que Carmen, más o menos, con traje y corbata, y el pelo engominado y peinado todo hacia atrás.

—Buenas tardes —dijo cuando entró en el salón.

—Hola, buenas —respondí, incorporándome para saludarle.

—Éste es el chico que ha venido a ver a León —le comentó Carmen.

—Ah —contestó él mientras se acercaba a dar un beso a su hija.

Los ojos verdes de Fernando denotaban claramente la sorpresa por mi presencia. Su mujer no debía de haberle informado de mi visita o a él le importaba tan poco que no recordaba que lo hubiera hecho. No quise preguntar.

Ya estaba la familia al completo. Sólo faltaban Guillermo y Pablo, los dos hijos mayores del matrimonio que, según me dijeron, estaban estudiando en Inglaterra. Encajaban perfectamente en el perfil de la familia pija madrileña. Y, como tal, León les venía como anillo al dedo. El teckel de pelo duro es el perro preferido de la gente de clase alta^[24], especialmente si son aficionados a la caza. Por un lado es un perro pequeño, manejable y que ensucia poco, por lo que se adapta muy bien a las exigencias de sus dueños para tenerlo en casa, y, por otro, es bastante independiente, recio y con un carácter fuerte, muy adecuado para llevarlo al campo los fines de semana e incluso ir de caza con él. Si, por el contrario, mis clientes hubieran sido nuevos ricos, habrían optado probablemente por un yorkshire terrier: mucho más aparente que el teckel estéticamente y menos recio e independiente que éste, pero igual o más caro.

Cuando hubo acabado el goteo de entrada de los miembros de la familia pude, por fin, hacer la entrevista.

León era un macho entero de dos años de edad que había llegado a casa con dos meses y medio, por medio de un amigo de Fernando. Fue un regalo para María por su decimosegundo cumpleaños. Desde el primer momento la relación entre ambos fue muy estrecha: María era la que bajaba al perro a la calle, la que jugaba con él y, por su puesto, con la que el perro dormía por las noches. Le permitía cualquier cosa que León quisiera y jamás le habían visto regañarle o corregirle por nada. León era de María y María de León.

—¿En qué momentos se muestra agresivo el perro? —pregunté, dirigiéndome a Carmen en particular.

—Ufff, son tantos.

La situación era un verdadero desastre. Cuando les pedí a todos que me respondieran simplemente si León era agresivo o no en distintas circunstancias, sus respuestas fueron: al intentar bajarlo de un sofá, sí; al intentar bajarlo de la cama, sí; al entrar en la habitación de María estando León dentro, sí; al hacerle salir de una habitación, sí; al quitarle algo de la boca, sí; al regañarle por algo que hubiera hecho mal, sí; y así con todas las situaciones por las que les pregunté, excepto al cogerle el comedero o meter la mano en él y al acariciarle mientras descansaba, salvo que lo hiciera en la cama, en el sofá o encima de María; en su caso, todas las respuestas fueron negativas, pero claro, ella no hacía nada de eso. Si el perro estaba en la cama, ¿para qué lo iba a bajar?; si tenía un juguete en la boca, ¿por qué se lo tendría que quitar?

Los primeros signos de agresividad de León los habían observado hacía algo más de un año, aunque en los últimos meses el problema había empeorado significativamente, haciéndose más severo tanto en la frecuencia como en la intensidad de la agresión. Al principio, el perro únicamente gruñía cuando le forzaban

a hacer algo que no quería, pero, cada vez más, llegaba a morder, incluso sin dar señales de aviso previas.

La actitud de León era diferente según la situación en que se mostrase agresivo. Cuando estaba con María, como había pasado un rato antes, era claramente ofensiva. Entre nosotros, los profesionales, este término hace referencia a la seguridad que muestra el animal al agredir y a la postura que adopta durante el ataque. Esta última, se caracteriza por la posición erecta de las orejas (muy relativa en el caso de los animales de orejas caídas), rabo alto y cuerpo con el peso desplazado hacia la parte anterior del mismo, así como mirada directa hacia el objeto de la agresión. Sin embargo, cuando reaccionaba agresivamente sin que María estuviera presente, su actitud se volvía mucho más insegura, evitando mirar a los ojos a la persona a la que se estaba enfrentando e incluso con el cuerpo agazapado contra el suelo en algunas de las ocasiones. En este caso, decimos que el animal presenta una actitud ambivalente, ya que muestra signos ofensivos y defensivos a la vez. Probablemente la diferencia de comportamiento en unas situaciones y otras se debía a la actitud protectora y benevolente de su dueña, la cual reforzaba a León, haciéndole entender que aquella forma de actuar era la correcta. Como me había dicho ya antes Carmen, la piraña canina había usado sus armas en varias ocasiones. Pero una característica común a todas ellas era la presencia de María. Si intentaban bajar al perro de un sofá donde estaba descansando él solo, sin su dueña, entonces solía limitarse a gruñir, salvo que insistieran en conseguirlo. Sin embargo, si María estaba con él, llegaba a enseñar los dientes (como había pasado hacía un rato) o incluso a marcarlos en la piel de los demás habitantes de la casa. De hecho, la mayor parte de las mordeduras se habían producido en la habitación de la chica. Afortunadamente, sólo una de las veces que León había mordido lo había hecho con relativa fuerza. La víctima fue Mariano, el abuelo. ¿Cómo ocurrió? Por lo visto, un par de semanas antes de mi visita, concretamente un sábado casi al mediodía, Mariano fue a despertar a María a su habitación, porque, según él, «una mujercita no debía estar durmiendo a esas horas». Como María no respondía a sus voces, se acercó a la cama para «darle un meneo». En ese momento, en cuanto Mariano apoyó la mano derecha sobre el hombro izquierdo de su nieta, León, que descansaba pegado a ella, se abalanzó sobre él y le mordió en aquella mano. Acto seguido, mientras echaba sapos y culebras por la boca, el abuelo intentó pegar al perro con una zapatilla, pero entonces María se interpuso entre ambos. Instantes después apareció Carmen en la habitación y se llevó a Mariano al baño para verle bien y, si era necesario, curarle la herida. Eso explicaba la inquina que el padre de Fernando le tenía al perro. Las miradas que le echaba según hablábamos rezumaban una mezcla de desprecio y de impotencia, pero esta actitud de Mariano no hacía otra cosa que alimentar el cariño que María sentía por su animal. Deduje que el enfrentamiento del abuelo no era sólo con el perro, sino también con su

nieta y por otros motivos que no me correspondía a mí investigar.

—¿Cómo actuáis cuando León es agresivo? ¿Le pegáis con la zapatilla, como me acabáis de decir?

—Lo intentamos, aunque en realidad es imposible. En cuanto ve la zapatilla o el periódico se tira a él como un loco y ya nos da miedo que nos pueda morder también en ese momento.

—¿Y qué otras cosas habéis intentado?

—Pues de todo. Mariano le grita como un energúmeno...

—Habrá que hacerle entender quién manda, ¿no? —intervino aquél—. O qué quieres, ¿que me quede de brazos cruzados?, vamos, que...

—Bueno... —siguió Carmen mordiéndose la lengua para no discutir con su suegro—, otras veces hemos intentado encerrarlo, pero como tampoco lo podemos coger del collar porque se nos tira...

—Si le hubieseis enseñado desde el primer momento cuál es su sitio, otro gallo cantaría. Pero, claro, a la niña no se le puede llevar la contraria.

—Bueno, papá, ya está bien, ¿no? —le increpó Fernando—. Lo hecho, hecho está.

—¿Y tú, María? ¿Qué haces cuando le ves así? —le pregunté a la niña.

—¡Ah!, ella —contestó su madre— intenta por todos los medios que no le pongamos la mano encima. Y si lo que intentamos hacer es encerrarle, entonces lo protege y se lo coge en brazos.

—¿Haces eso? —volví a preguntarle a ella.

—Pero es que, ¿por qué tienen que pegarle?

—¿Y qué quieres que hagamos, hija?

—No sé..., pero es que luego está muy nervioso y respira muy fuerte.

—¿Y tú qué haces si le ves así?

—Pues... acariciarlo hasta que se calma y ya está más tranquilo.

—¿Y se llega a calmar?

—Sí, a veces le cuesta. Lo noto porque no se termina de quedar dormido hasta un buen rato después de tenerlo encima.

Una vez recogidos los datos fundamentales del problema principal con León, traté de obtener más información acerca de otros problemas adicionales y de la vida diaria del perro y la familia. Pude constatar que aunque la más apegada al animal era María, Carmen también sentía gran simpatía hacia el can, salvo cuando se ponía agresivo (como es normal). Mariano, efectivamente, no lo soportaba y trataba de no tener relación alguna con él, y Fernando prácticamente sólo se acordaba de que el perro existía cuando iba a cazar. En cualquier caso, después de María, era con la persona de la familia con la que menos problemas tenía León. A veces, le dejaba hacer cosas que sólo se las hubiera permitido a su dueña, como que le acariciara mientras estaba en el

regazo de aquélla. Muchos dirán que probablemente se debía a que con quien mejor se llevaba María era con su padre y que eso lo notaba el perro. No sé si sería cierto o no.

No se apreciaban evidencias ni de marcaje sexual ni de actitudes de monta hacia personas u objetos. Tampoco había signos de ansiedad por separación, de conductas estereotipadas ni de miedos hacia los estímulos más habituales, como petardos, fuegos artificiales, tormentas, etcétera.

—¿Cuántas veces sacas de paseo a León? —le pregunté a María.

—Tres al día.

—¿Cuánto tiempo cada vez?

—Veinte minutos o media hora.

—¿Qué? —saltó su madre—. Pero si en diez minutos ya estás en casa.

—¿Qué dices, mamá?, por lo menos le tengo un cuarto de hora —respondió la hija enrocándose en el sillón.

—Venga, hombre, si casi no le debe de dar tiempo a hacer pis.

—¡Nooo, vaya!

—Bueno, que sí, que lo que tú digas.

¿A quién creer? Me inclinaba más por Carmen, ya que los chavales de la edad de María no suelen estar muy dispuestos a dedicar una gran cantidad de tiempo a pasear al perro.

—Vale, pongamos quince minutos cada paseo —intervine para acabar con la discusión—. ¿Y de comer? ¿Cuántas tomas al día?

—Lo tiene siempre puesto —comentó Carmen.

—¿Le ponéis algo más, aparte del pienso?

—No, nada más. Se lo come bien, generalmente.

—¿Y entre horas? ¿Le dais comida de la mesa?

—Eso, eso, díselo —intervino Mariano—. Que estás todo el día dándole de todo.

—Sí, María normalmente le da comida mientras comemos —confirmó Carmen.

—¿Y tú? —replicó María.

—¿Yo, qué?

—Pues que tú también le das.

—No, yo no le doy.

—¡Nooo, vaya! Si el otro día te vi cómo le dabas lo que había sobrado del pollo.

—Bueno..., ese día —Carmen se removió en el sofá. La habían pillado. Se encendió un cigarrillo para disimular la contrariedad.

—Y, aparte de cuando es agresivo, ¿cómo describiríais a León?

—Pues eso es lo curioso del tema —esta vez fue Fernando el que habló—, que normalmente no te enteras de que hay perro. Hay muchos días que le tengo que llamar para que salga cuando llego, porque si no ni aparece. Es muy independiente,

va a su aire completamente. Sólo está más pendiente de mí cuando lo llevo de caza.

—Es verdad —corroboró su mujer—. Yo que estoy bastante tiempo en casa, me paso horas sin verlo. Se queda en la habitación de María y no sale de ella. Sólo de vez en cuando sale a comer y entonces te pide que le digas algo o que le acaricies. No lo entiendo, entonces sí que le puedes tocar todo lo que quieras. ¿Tú qué crees?, ¿por qué hace eso?

—¿Y tú le acaricias cuando te lo pide?

—Sí, claro.

—¿Lo hacéis todos?

—A mí que ni se me acerque —gruñó el abuelo—. ¡Asco de perro!

—Mariano... —le frenó Carmen, viendo la expresión de antipatía que ponía su hija al oír hablar así de León.

—¿Y contigo? ¿Cómo se porta? —le volví a preguntar a María directamente.

—Bien —respondió brevemente ella.

—Bueno —empezó a decir Carmen— es que con ella cambia completamente. Donde va María, va él. A ella le lleva los juguetes para que se los tire, merienda con ella.

—¡A ver!, si vosotros no jugáis nunca con él.

—Pero si es que ni viene para que juguemos. Solo quiere jugar contigo.

—Por algo será —respondió María muy resentida.

—¿Qué quieres decir?

—No, nada.

—¡Tendrás queja de cómo trato al perro! No jugaré con él, pero ¿quién se encarga de ponerle de comer? Porque tú no le pones ni un día...

—¡Nooo, vaya!

—Pues no. Y lo de bajarlo a la calle lo haces porque tu padre y yo te dijimos que si no el perro se iba de casa. Tu, todo lo que sea obligación, si puedes escaquearte, no lo haces.

A todo esto, Fernando observaba la discusión entre su mujer y su hija con cara de «ya estamos otra vez, todo el día igual». Pero no intervenía. Supongo que era ese tipo de hombres que delegan todas las cuestiones de la casa, incluida la educación de los hijos y del perro, en su mujer. Él sólo existía para darle todo lo que quería a su hijita.

—Ya para acabar, ¿qué tal anda de órdenes? ¿Conoce alguna?

—¿Te refieres a si sabe hacer algo?

—Sí. Sentarse, tumbarse...

—¡Qué va!, nada, nada. No nos hemos puesto a ello. Tú has intentado alguna vez enseñarle a sentarse, ¿no, María?

—Sí, pero sólo lo hace cuando quiere y si ve un premio.

—¡Si es que es más cabezón!

León, que seguía encima de María, ya que ésta había logrado pasarse por el arco del triunfo a su madre y a su abuelo, levantó la cabeza y miró hacia Carmen cuando le llamó cabezón, con aire de suficiencia como diciendo: «Sí, así soy yo». Luego, volvió a recostar la cabeza sobre su dueña y siguió descansando plácidamente, ajeno a todo lo que se estaba hablando esa tarde en la casa.

Después de completar todo el cuestionario, sólo me faltaba hacer una última pregunta: ¿Por qué narices no habéis llamado a un psicólogo especializado en terapia familiar en vez de llamarme a mí? Realmente era lo que necesitaban. De hecho, si no lograba hacerles entender que el problema de León era un problema de todos, poca cosa íbamos a poder conseguir. Era imprescindible que todos colaborasen en el tratamiento y, por lo que había visto y oído hasta el momento, eso se me antojaba una misión imposible.

Debía intentar ser conciso y claro para que no hubiera malas interpretaciones y para herir lo menos posible la susceptibilidad de cualquiera de ellos. Lo más difícil probablemente iba a ser convencer a María de que teníamos que cambiar bastantes cosas de la relación con León, ya que ella no creía tener problema alguno con él. Tampoco sería fácil implicar a Fernando en la terapia. Pero lo que me parecía como chillar a un sordo era cambiar la actitud de Mariano hacia María y hacia el perro. Sólo contaba con una aliada en todo esto, y ésa era Carmen. Aun así, los problemas generacionales en la relación con su hija supondrían también una traba importante. ¡Esto era de locos!

Pocos casos recuerdo peores que éste en cuanto a los conflictos familiares. Me viene a la cabeza uno de un cruce de labrador retriever con un problema de exceso de actividad, de esos que durante toda la consulta no paran de ladrar, subirse encima, morderte la ropa y, en definitiva, de darte la brasa y asegurarse de que no te olvidas de ellos. El animal compartía la casa, o lo que había dejado de ella tras dar buena cuenta del sofá, las sillas y otros muebles y paredes de la vivienda, con una mujer y su hijo de diecisiete años de edad. La madre estaba separada del marido desde hacía siete años y, desde entonces, había intentado ganarse el cariño que su hijo profesaba al padre, entre otras muchas cosas, con el perro. Pero el chaval no mostraba la más mínima estima hacia el incombustible Rufo. Y, aparentemente, hacia su madre tampoco. Todo lo que proviniera de ella parecía generarle, como norma, un inevitable rechazo. Me acuerdo, como si lo estuviera viendo ahora mismo, del momento final de la discusión entre ambos durante la cual el chico había repetido hasta la saciedad que en ningún momento él había querido tener un perro:

—¡Ya no lo aguanto más! Me obligas a mí a ocuparme continuamente del perro mientras tú estás todo el día fuera de casa a tu bola. Dile, dile cuándo te encargas tú de él.

—Pero, Daniel... —le intentó responder la madre mientras el chaval se dirigía

hacia su habitación.

—¡Que me dejes en paz! —contestó él, cerrando de un violento golpe la puerta del cuarto.

Raquel se echó a llorar y no supe qué decirle.

Una familia de lobos



Antes de nada —empecé a decirles a la familia Castrejón— debéis saber que si queremos cambiar la conducta de León debemos tener paciencia y, sobre todo, mucha constancia y fuerza de voluntad por parte de todos.

—Yo, desde luego, estoy dispuesta a hacer lo que nos digas —aseguró Carmen.

Miré a los demás miembros de la familia. Sólo asintió María. Fernando y Mariano no hicieron ningún gesto que indicase colaboración.

—A ver, esto es serio —insistí—. De hecho, supone la principal causa de muerte en perros menores de dos años, por delante de los accidentes y de las enfermedades infecciosas. Si no logramos cambiar el comportamiento de León, me temo que acabará de la peor forma posible.

—Bueno —intervino Fernando, cediendo ligeramente—, dinos qué tenemos que hacer.

Mariano seguía sin dar muestras de querer participar en el tratamiento.

—Lo primero es establecer una rutina en ciertos aspectos de la vida del perro orientada a reducir su estatus en la jerarquía familiar. El problema de León es lo que clásicamente se ha llamado agresividad por dominancia. En este tipo de problemas, el perro, al recibir ciertos privilegios, pasa a ocupar una posición dominante en la familia y esta posición es la que le hace reaccionar de forma agresiva cuando se le cuestiona, se le contradice o se hace algo que le molesta o, simplemente, no le gusta.

Sí, ya sé que muchos especialistas en el campo del comportamiento canino podrían tacharme de anticuado y de ofrecer una visión del problema que no es la más aceptada últimamente. Pero a ver quién era el guapo que se metía en el fregado de explicarle a esa familia que lo que realmente existe es una incoherencia, por parte de cada uno de sus miembros y entre ellos, en la relación con el animal, que genera un estado de conflicto y ansiedad en él y que ése es el causante de las reacciones agresivas. Prefería quedarme con la explicación más simple, aunque no fuera la más acertada.

—O sea —preguntó Carmen—, ¿entonces no está loco?

—¿A qué te refieres con estar loco^[25] exactamente?

—Hombre, ya me entiendes. A que tenga un problema en la cabeza.

—Si lo que quieres decir es si puede tener una enfermedad mental, entonces no, no la tiene.

—Es que como tiene esas reacciones cuando menos te lo esperas.

—Pero es que no son reacciones inesperadas, Carmen. Si os dais cuenta, el patrón de actuación que tiene León es muy previsible. ¿Me quieres decir que no te esperabas que te enseñara los dientes antes, cuando has intentado bajarle del regazo de María?

—Bueno, sí me lo esperaba, pero quería que vieras con tus propios ojos cómo actúa.

—¿Y qué crees que hará si lo vuelves a intentar?

—Lo mismo, claro.

—¡Ah!, pues entonces sí que sabes cuándo se va a poner agresivo, ¿no?

—Bueno, sí, más o menos.

—Piensa en el resto de situaciones en que León es agresivo y dime si no se relaciona todo con hacer algo que a él no le gusta o no le apetece hacer.

—Pero ¿qué es lo que tenemos que hacer para que cambie? —insistió Fernando.

—Para conseguir que no sea agresivo —proseguí— debemos centrarnos en tres aspectos fundamentales: la comida, el lugar de descanso y la relación con vosotros. En cuanto al primero, a partir de ahora, debéis hacer lo siguiente. Por un lado, poner unos horarios de comida estrictos a León. Esto significa que, desde ya mismo, no podrá tener el comedero puesto continuamente. Sólo se le pondrá de comer dos veces al día durante quince o veinte minutos, retirando el comedero pasado ese tiempo hasta la siguiente comida.

—Pero ¿qué pasa si no come? —volvió a preguntar Carmen—. Él está acostumbrado a comer cuando quiere.

—Pues no pasa nada. Si no quiere comer todo en ese momento tendrá que esperar hasta la próxima comida.

—Ya, ¿pero y si pasan varios días y no quiere comer?

—De verdad, que no pasa nada. No se va a morir. Sería el primer perro que conociera que, sin estar malo, se deja morir por no comer cuando le indicamos.

A María no pareció hacerle mucha gracia esta primera medida, pero no dijo nada al respecto. Mariano estuvo asintiendo ligeramente mientras yo comentaba esa norma y Fernando estaba a lo suyo, mirando algo en el teléfono móvil, asumiendo que el tema de la comida no le correspondía a él.

—Vale. Así que tiene que comer dos veces al día.

—Sí, pero no es todo. Debe comer siempre inmediatamente después de que lo hagáis vosotros. Con esto tratamos de imitar la conducta que se observa en los grupos de lobos o de perros salvajes en los que el dominante come el primero mientras los subordinados lo observan y esperan a que acabe para comer después ellos.

—¡Pues sí que es difícil eso! Cada uno comemos a una hora.

—¿No desayunáis o cenáis a la vez?

—Cenar sí, y desayunar... menos Fernando que se va antes, los demás sí.

—Así podría valer. Aunque Fernando no desayune con vosotros, puede desayunar él y no darle nada a León y luego hacerlo vosotros.

El marido de Carmen había vuelto a prestar atención al oír su nombre y se encogió brevemente de hombros aceptando la recomendación sin que pareciera suponerle demasiado problema.

—Respecto a la comida, una última cosa importante es que a partir de ahora debéis dejar de dar sobras o restos de comida a León —esto lo dije mirando directamente a María que era la que más problemas tendría para ponerlo en práctica.

—¡Hombre! —exclamó Mariano—, ya no soy el único que lo dice. ¿Lo has oído bien?

—Pero ¿no puedo darle ni un trocito de pan? —preguntó angustiada María.

—No —respondí—, nada de nada. Los premios tenemos que dejarlos para enseñarle algunas órdenes de obediencia que necesitamos que aprenda y para otra cosa que os comentaré después. ¿Vale?, ahí sí podrás darle algún premio.

María seguía sin estar muy conforme con mi aclaración, pero a pesar de todo asintió de nuevo.

Pasé a continuación a explicarles lo relacionado con el lugar de descanso. Cuando comenté que León no debía dormir en el dormitorio con María, ni en ningún otro dormitorio, se desató la tormenta. Mariano estaba exultante. Por fin el perro iba a pagar con creces su enconada animadversión hacia él. ¡Que se fastidie!, parecía dar a entender con los gestos de su cara. Pero María estaba afligida y a la vez irritada con su abuelo por desear tanto mal al perro.

—Pero, mamá —dijo María mirando con ojos de súplica a su madre—. Eso no es justo. El problema lo tiene él, no León.

—No, María. Aunque no lo quieras ver, el problema lo tiene León y si quieres que siga en casa con nosotros, más vale que hagas lo que nos dice.

—Que hagáis todos lo que os digo —aclaré.

—Sí, ya —respondió Carmen—, pero esto le corresponde a ella.

—Bien, pero lo que no puede ocurrir tampoco es que, por ejemplo, a la hora de la siesta León intente dormir con alguno de vosotros en otro dormitorio que no sea el de María y se lo permitáis. Incluso, si en algún momento intenta simplemente subirse a una cama, deberéis impedirselo.

—¿Y si nos intenta morder? ¿Qué hacemos?

—Eso lo vemos ahora. Antes quiero que busquemos un lugar para que León duerma por la noche. ¿Cuál sería mejor para vosotros?

—Que duerma en la terraza —dijo el abuelo.

—Sí, hombre, ¿qué quieres, que le dé algo? —le contestó su nuera—. Podría ser en el cuarto de la plancha, a veces se va él sólo allí a descansar, ¿te lo enseño?

Nos levantamos, salimos del salón y recorrimos un pasillo largo con habitaciones

a ambos lados. Al final del mismo estaba la cocina y, junto a ella, un cuarto muy luminoso y relativamente grande. Allí estaba la chica sudamericana que me había abierto la puerta anteriormente planchando unas camisetas. En el suelo, en una esquina debajo de una mesa, había una alfombrilla que era la que usaba León para descansar.

—¿Qué te parece? ¿Estaría bien aquí?

—Sí, por mí no hay inconveniente. Me parece bien.

María había venido con Carmen y conmigo hasta el cuarto y lo mismo había hecho León, que, después de revolotear durante unos segundos por la habitación, se tumbó en la alfombrilla y se nos quedó mirando tranquilamente, reafirmando que efectivamente ése era uno de los sitios que usaba para descansar.

—Tú qué dices, María, ¿te parece bien? —le pregunté.

La chica negó con la cabeza a la vez que la agachaba y miraba al suelo desaprobando lo que queríamos hacer.

—Ya sé que tú querrías que siguiera durmiendo contigo, pero tienes que entender que tenemos que hacer algo para que León deje de morder a tu familia, por mucho que no te lleves bien con algunos de sus miembros.

—Pero ¿por qué tengo que ser sólo yo la que tiene que hacerlo?

—Tranquila, que aquí todos vais a tener que hacer algo, no sólo tú. Ahora os comento el resto de cosas que hay que hacer.

Les hice una señal para que saliéramos del cuarto y volviéramos al salón. León se levantó de su sitio y nos siguió, aunque después de unos pocos pasos ya nos había adelantado. Tenía el típico caminar de los teckel, con un ligero balanceo hacia los lados, muy gracioso, y viéndole así resultaba difícil creer que llegara a morder en algún momento. Pero así era.

—Bueno, una vez que hemos dejado claro el tema de la comida y del sitio para dormir, hablemos de cómo debe ser vuestra relación con el perro. Me temo que no te va a resultar agradable tampoco —dije mirando de nuevo a María con la mayor empatía que podía mostrar—. Hay dos normas fundamentales en este aspecto. La primera es que no debéis permitir nunca que León apoye su cuerpo sobre vosotros. Esto implica que no debe apoyar las patas o la cabeza en vuestras piernas o regazo, y que no se le puede coger en brazos o subírsele encima cuando estéis sentados. Cuando el perro actúa de esta manera está adoptando una postura dominante y, aunque su intención en ese momento no sea la de dominaros, sino simplemente estar más a gusto, si accedemos a sus peticiones estaremos reforzando esa actitud.

María ya no aguantaba más. Si hubiera tenido otro carácter más «blando», ya estaría llorando por las supuestas jodiadas que le quería hacer a su querido León. En cambio, lo que hizo fue encerrarse en sí misma, acurrucándose en el sillón, sin decir una sola palabra. Se me estaba yendo de las manos y si quería que colaborase tenía que inventarme algo.

—María, mírame —le pedí—, esto va a ser algo temporal. Si todo va bien, dentro de un tiempo, haremos ejercicios para que puedas tener a León contigo encima y que esto no suponga un problema para la familia. ¿De acuerdo?

—¿Cuánto tiempo? —preguntó ella.

—No lo sé todavía, depende de lo que vayamos consiguiendo, pero no te preocupes, lo haremos.

Logré que María se sintiese algo más aliviada. Ya vería más adelante cómo hacía lo que acababa de prometerle, porque no era ni mucho menos fácil.

—Y, por último, la segunda norma en cuanto a cómo relacionaros con León. Esta norma es que León debe ganarse todo lo que quiera de vosotros. Es decir, si pide caricias, juego, salir de paseo, o simplemente que se le salude al llegar a casa, primero deberá «pagar» para conseguirlo.

—¿A qué te refieres con «pagar»? —me preguntó de nuevo Carmen.

—Me refiero a que León cumpla una orden antes de darle lo que quiere. Por ejemplo, si quiere que le acariciéis, primero tendrá que sentarse o tumbarse. Si lo hace correctamente entonces le daremos la caricia.

—Pero no sabe ninguna orden.

—Ya, por eso voy a enseñaros en un momento cómo se hace, es muy fácil.

Pedí a Carmen que me trajese unos trochos de salchicha o de algo que a León le gustase mucho. Me comentó que le chiflaba el queso y le dije que eso podía valer. En cuanto olió el queso, León se bajó como una flecha del sillón donde estaba con María y se puso a saltar delante de Carmen, intentando alcanzarlo. Cogí el queso y les enseñé cómo conseguir que el perro se sentase y se tumbase usando los premios. Le dije a María que me ayudase para que viese que, por lo menos, le proponía algo agradable para hacer con su animal. León cogió la idea al momento. Es lo bueno que tienen los perros que son tan reactivos: que aprenden muy fácilmente, incluso aunque sean adultos.

María disfrutó viendo cómo León se sentaba y se tumbaba cuando ella se lo indicaba. Les recomendé que lo practicasen dos veces al día. En una semana podrían empezar a usar las órdenes para cumplir la norma que les acababa de comentar.

—A ver si no se te pasa pronto la emoción y lo haces como te ha dicho Pablo —le dijo Carmen a su hija.

—¡Sit! —le decía la chica al perro sin prestar demasiada atención al comentario de su madre. Estaba enfrascada en la tarea y no dejaba pasar una oportunidad para abrazar y besar a León cada vez que éste obedecía.

Mariano miraba a su nieta con expresión de no entender muy bien para qué servía todo aquello. A él lo que le interesaba era otra cosa.

—Bueno, todo esto está muy bien, pero ¿cómo le castigamos cuando nos quiere morder? Es mejor usar la zapatilla, el periódico o qué.

—Ninguna de esas cosas —le respondí—. Esto era el otro tema importante que quería comentaros. No debéis pensar en cómo castigar al perro por ser agresivo, sino que lo que hay que conseguir es que no llegue a ser agresivo en ningún momento. Si os fijáis, todo lo que os he dicho antes está orientado a reducir su estatus en la jerarquía familiar pero, además, consigue también evitar algunas de las situaciones más problemáticas. Si León ya no duerme en el dormitorio con María, evitamos que pueda ser agresivo al entrar en la habitación y acercarse a él. Si no puede descansar encima de vosotros, evitamos también que se muestre agresivo al intentar tocarlo en esa ocasión. Sin embargo, quedan algunas situaciones que no se evitan haciendo únicamente lo que os he dicho. ¿Qué pasa si, por un descuido, León se cuela en el dormitorio de María y tenemos que sacarlo? ¿Y si tenemos que quitarle algo importante que haya cogido? ¿Cómo lo conseguimos?

—Yo le pondría un bozal y le daría unos buenos palos. Así aprendería.

—Pues no —le dije—, si hace eso evitaría que le mordiera pero seguiría siendo agresivo, y se trata de que no lo sea. Y, además, dudo de que le dejara ponérselo. No debemos enfrentarnos al perro. Si lo hacemos, sólo conseguiremos una de estas dos cosas: o salir lesionados o reforzar más su actitud en caso de que al final cedamos nosotros. Por tanto, debemos centrarnos en evitar que esa situación llegue a producirse. Para ello, recurrimos a un cebo. A esto era a lo que me refería antes cuando decía que usaríamos la comida casera o los premios para otra cosa. Si, según el ejemplo de antes, León se cuela en el dormitorio de María, no debemos intentar sacarlo a la fuerza, sino que lo que hay que hacer es convencerlo desde la entrada del dormitorio para que salga, ya que así recibirá un premio por hacerlo. Una vez que le tenemos fuera, aprovechamos para cerrar la puerta antes de darle la comida y luego le pedimos que cumpla una orden para recibir eso que tanto desea. De esta forma hemos conseguido no enfrentarnos al animal, no provocar la agresividad y, aun así, conseguir lo que queríamos.

—¡Ah! Está bien —comentó Carmen—. Me parece buena idea.

—Pero... así sólo conseguiremos que cada vez quiera entrar más veces ¿no? —me preguntó Fernando dubitativo—. Si aprende que entrando en el dormitorio recibe un premio después, no va a dejar de hacerlo.

—Por eso es por lo que le pedimos que cumpla una orden antes de darle la comida. Para que asocie el hecho de darle el premio no con salir de la habitación, sino con el acto de sentarse o tumbarse. Los perros relacionan los premios o los castigos con lo último que han hecho, y en este caso eso será cumplir la orden.

—Hummm... —Fernando no lo tenía muy claro, pero no preguntó más. Se quedó pensando en ello.

—Y eso lo debemos hacer siempre que queramos conseguir que haga algo que no le gusta, ¿no? —preguntó Carmen buscando una respuesta afirmativa.

—Eso es. Debéis plantearos siempre antes de hacer algo, si León se va a poner agresivo si lo hacéis. Si la respuesta es sí, aunque no ocurra siempre, es mejor anticiparse y prevenir que ocurra, antes que actuar como hasta ahora y que llegue a comportarse agresivamente. Si evitamos todas las situaciones conflictivas, conseguiremos que León, por decirlo de alguna forma, se olvide de actuar de esa manera y todo vaya mucho mejor.

Se miraron todos como preguntándose entre ellos por telepatía si les quedaba claro. María estaba mucho más alegre que antes. Por fin había algo que su abuelo tendría que olvidarse de hacer y que beneficiaba enormemente a su compañero. Después de unos momentos de silencio general, Carmen volvió a dirigirse a mí.

—Pues nada, habrá que ponerse manos a la obra. ¿Tú crees que lo conseguiremos?

—Pues claro, es sólo cuestión de paciencia y, sobre todo, de fuerza de voluntad. Si os proponéis firmemente cambiar las cosas, lo conseguiréis sin problemas.

—A ver, porque con esta niña...

—¿Y vosotros qué? A ver si lo hace el abuelo.

—Tú déjame, que ya he oído lo que hay que hacer, ¡eh!

—Ya...

—Cada uno a lo que le toca, ¿vale, María?

—Pero si yo lo voy a hacer.

—Eso dices ahora. Ya veremos dentro de una semana, ¡que te conozco! Seguro que ya no te acuerdas.

—¡Nooo, vaya!

¡Qué horror! Pero no podía hacer más. Con suerte, en una de esas que tuvieran que bajar a León de una cama o un sofá, el pobre animal se pegaba un trastazo y se le volvía la cabeza del revés comportándose a partir de entonces como un corderito, como ya me había sucedido en otra ocasión. Si no, esto no había Dios que lo arreglase.

Me despedí de ellos asegurándoles, sin la menor convicción interior, que sólo tenían que seguir mis consejos para lograr que todo fuera como la seda. Dejé a la familia en el quicio de la puerta con León saltando hacia su dueña para que siguiera dándole queso y bajé por las escaleras para poder encenderme un cigarrillo lo antes posible. Lo necesitaba imperiosamente.

Cuando salí del portal, me dirigí de nuevo hacia el metro. Doblé la esquina para coger Marqués de Urquijo hacia Princesa y comencé a ascender por aquélla. ¡Joder!, no había dado diez pasos cuando me di cuenta de que había pisado una mierda. Pero ¿quién era el cerdo que dejaba los excrementos de su perro en semejante lugar? ¿No conocía la utilidad de las bolsitas? Mientras trataba de quitarme la plasta de la suela del zapato frotándolo contra la corteza del árbol más próximo, me dio por pensar si

aquello no sería un buen presagio de que el problema de León se arreglaría. ¿No dicen que pisar una mierda trae suerte? Por el momento, lo único que me había traído era la risita contenida de un niño pelirrojo que andaba por el lugar cogido de la mano de su padre.

Paseando a Miss Canela



Me apeé del metro en la estación de El Carmen. Había dejado para el final de la jornada una consulta de revisión, ya que normalmente son más cortas y me imaginaba que a esas alturas el cansancio mental sería grande.

Tenía que visitar a Canela, una perra mestiza del mismo color que su nombre, pequeña, pero con unas orejas que correspondían a un animal tres veces más grande que ella. Era de pelo corto y patas cortas, pero el cuerpo largo y fino. Los ojos de color miel resaltaban sobre la cara afilada casi tanto como las enormes orejas.

Los dueños de Canela eran una pareja de mediana edad, Amparo y Justo. No tenían hijos. Era gente humilde que vivía en un barrio humilde, en una casa más humilde aún. El piso no debía de medir más de cuarenta y cinco o cincuenta metros cuadrados, era viejo y en él se respiraba un aroma dulzón y pesado proveniente de las telas y la madera viejas.

Amparo, que fue quien salió a recibirme, llevaba como en la visita anterior una camiseta blanca que le quedaba bastante por debajo de la cintura, pantalones vaqueros y unas pantuflas. Resultaba difícil, vestida de esa manera, distinguir una figura determinada, pero parecía delgada y fibrosa. El pelo, relativamente corto y alborotado, se apelmazaba en la parte trasera de la cabeza, indicando que había estado reposando largo rato contra el sofá. Siempre sonreía y, al hacerlo, dejaba ver los dientes pequeños, no demasiado bien cuidados, enmarcados por unas encías pálidas y prominentes. No, definitivamente no era una mujer atractiva, pero esa falta de atractivo físico la suplía con creces con un carácter jovial y amable que contagiaba a todo el que estaba con ella.

Cuando me hizo pasar al salón encontré a Justo descansando en el sofá, viendo uno de esos programas de realidad, un *reality show*, y a Canela en su cesta haciendo lo mismo. La perra, en cuanto me vio aparecer se acercó a saludarme, moviendo rápidamente los cuartos traseros y la cola de manera similar a como haría una persona que estuviese bailando un *twist*. Intentó subirse a mis piernas, pero con un movimiento rápido hacia atrás logré que aterrizara en el suelo suavemente.

—Sienta, Canela —le pedí de inmediato.

Ella lo hizo rápidamente y yo respondí a su petición de caricias con unas palmaditas en su costado.

—Bueno, qué, ¿has visto? —me preguntó Justo orgulloso.

—Sí, muy bien —le respondí, acercándome para darle la mano.

—La verdad es que va mucho mejor, ya no intenta subirse tantas veces —dijo Amparo—. De hecho, habrás comprobado qué diferencia al saludarte, ¿no?

—Y tanto, la otra vez no hacía más que saltar como una loca. ¿Y el tumbado qué tal lo lleva?

—Bueno —intervino Justo—, lo que es tumbarse, lo lleva un poco peor, pero también lo hace. ¡Canela!, ven aquí.

La perrilla acudió hacia su dueño velozmente.

—Tumbate, venga —le pidió—, vamos, tumbate, ¡tumba!

Canela tardó unos instantes en reaccionar a lo que Justo le decía, pero acabó tumbándose.

—Muy bien —dije—, así se hace. Sólo una cosa, Justo. Acuérdate que dijimos que sólo había que darle la orden una vez. Dale un poquito de tiempo para que procese lo que le has pedido, ¿vale?

—¡Ah!, vale.

Justo era también un hombre alegre. Bajito, bastante gordo; el poco pelo que le quedaba lo tenía de un color muy negro y adoptaba la típica forma de herradura rodeando una amplia calva. Asimismo, tenía la tez oscura, sobre todo en la zona bajo los párpados inferiores. Como su mujer, vestía una camiseta blanca y también llevaba pantuflas pero, a diferencia de aquella, de cintura para abajo cubría su cuerpo con un chándal azul marino bastante usado. Tenía la costumbre, que en la mayoría de los casos encuentro bastante desagradable, pero que en él adquiría tintes cómicos, de recurrir insistentemente al «loqueísmo»^[26] como manera de dar importancia a sus palabras. Cuando utilizaba esa coletilla entrecerraba los ojos, movía ligera y rápidamente la cabeza de derecha a izquierda, y separaba uno de los brazos del cuerpo describiendo un arco amplio.

Ese día se cumplía una semana exactamente desde la primera visita. En ella el matrimonio me explicó cuál era el problema que tenían con Canela.

Amparo había sido operada de varias hernias discales en la columna hacía algo menos de un año y los médicos le habían recomendado, entre otras cosas, que paseara con regularidad para rehabilitar la espalda. Una de sus hermanas, que tenía en la finca del pueblo una pareja de perros que habían sido padres poco antes de la operación, pensó que un animal le podía ayudar a cumplir con las caminatas recomendadas, y le regaló uno de los cachorros: Canela. Justo y Amparo ya habían tenido otros perros antes y estuvieron encantados con la llegada del animal a casa. Sin embargo, a medida que Canela fue creciendo y sus fuerzas aumentando, su capacidad para tirar de la correa se fue haciendo más y más insoportable, hasta el punto de obligar a Justo a ser él quien la paseara porque su mujer volvía con unos tremendos dolores cada vez

que salía con ella a la calle. Esto tenía muy disgustada a Amparo, ya que sólo le dejaba dos opciones: salir ella sola a andar, lo que le resultaba bastante aburrido, o salir los tres, llevando Justo a la perra. Pero a éste no le gustaba demasiado caminar y en cuanto llegaban al otro lado de la calle Alcalá tomaba el camino de regreso a casa. Así, desde que Amparo no podía pasear ella sola a Canela, las caminatas se habían reducido a la mitad en el tiempo que les dedicaba y en la distancia que recorría.

Comentando con ellos los detalles de la conducta de Canela, cómo habían actuado cuando la perra tiraba de la correa, cómo le habían corregido, etcétera, surgió otro problema secundario, no tan importante, pero sí molesto. Canela tenía también la fantástica manía de subirse a cualquier persona que se acercase a saludarla o que llegase a casa. Como digo, no era algo que les preocupara en exceso, pero, si se podía corregir, miel sobre hojuelas.

Ese primer día nos pusimos manos a la obra directamente, enseñando a Canela las órdenes básicas necesarias para cambiar su conducta. Les pedí a Justo y Amparo que dedicaran la semana a enseñarle a sentarse y tumbarse. La perra era muy joven y aprendía las órdenes con mucha facilidad. Cuando me fui de su casa, ya había cogido perfectamente la orden de sentarse y llevaba bastante bien la de tumbarse. Les expliqué además cómo debían actuar las visitas cuando Canela intentara subirse a ellas para que pudieran ir poniéndolo en práctica. Por último, debían habituar a la perra a llevar un collar especial que usaríamos para controlarla. Este collar, llamado dogal o collar de cabeza, funciona extremadamente bien para conseguir que los perros dejen de tirar de la correa durante el paseo, pero su uso requiere un periodo de adaptación para que el animal no intente quitárselo.

—Bueno, siéntate, por favor —me pidió Amparo—. ¿Quieres tomar algo? ¿Una Coca-Cola?

—No, no, gracias.

—Pero, hombre, ¿cómo no vas a tomar nada? Vendrás cansado de estar todo el día trabajando. Venga, te pongo la Coca-Cola y te saco unas patatas fritas, no se hable más.

—No, de verdad Amparo. Nos vamos de paseo con Canela ahora mismo. Hay que probar cómo lleva el collar nuevo.

—Por Dios, si son cinco minutitos, venga...

—Bueno, está bien —cedí finalmente—, ponme esa Coca-Cola.

—Así me gusta.

Amparo se fue rápidamente hacia la cocina a servirme el refresco por el cual yo tenía, y sigo teniendo, debilidad.

—¿Hace un cigarro? —me preguntó Justo.

—Ves, a eso sí que no digo que no, pero ya sabes que yo fumo rubio.

—¡Ah! Es verdad. Lo que es la memoria no es lo mío, ¡ja, ja! —se rio, mientras

levantaba ligeramente del sofá una parte de sus posaderas y sacaba de uno de los bolsillos del chándal un paquete de Ducados y el mechero.

Era como estar en familia. Te hacían sentir muy cómodo. Con clientes así daba gusto estar trabajando un viernes por la tarde.

Amparo volvió con una lata de Coca-Cola y un vaso con hielo. Se sentó junto a nosotros entrando en la conversación.

—Te quedaste calvo y se te empezaron a escapar las ideas por ahí, ¿verdad, Pablo?

—Hombre, yo creo que más se le escapará el calor, ¿no?

—Pues ni una cosa ni la otra —respondió Justo de buen humor—, mayormente lo que viene siendo para el frío tengo la gorra y para la memoria a Canela.

—Oye, es verdad —comentó su mujer—. ¿Sabes que si va a llevarla de paseo y se olvida la correa empieza a ladrarle hasta que la coge?

—¡Anda con Canela!

La perra empezó a revolotear entre sus dueños, en cantada de que le hablasen. Era muy sociable y eso motivaba su desmesurado afán de conseguir atención. Fue Amparo la que le pidió esta vez que se sentase para acariciarla y prestarle la atención que demandaba. Lo estaban haciendo muy bien. Decidí tomarme unos minutos mientras me bebía el refresco, saboreándolo. Sabía que el proceso de desintoxicación voluntaria que me había impuesto se estaba yendo al traste, pero no había tenido valor para decirle a mi anfitriona que me pusiera otro tipo de refresco o simplemente un vaso de agua. Para unos clientes que me trataban de forma considerada, no iba a hacerles el feo de rechazarles lo que me ofrecían.

—Bueno —interrumpí cuando terminé la Coca-Cola—, vamos a ver qué tal lleva el collar.

—Voy a por él.

Amparó volvió a la cocina y de un armario escobero sacó el collar. Lo trajo entre las manos buscando la posición correcta en que debía colocarse. Este modelo de collar se compone de dos bandas ajustables, una de las cuales rodea el morro del perro, como un lazo, mientras que la otra se sitúa alrededor de la parte alta del cuello. Esta última banda termina en una anilla doble bajo la barbilla del animal y a través de ella se desliza la banda del morro, la cual se cierra en su extremo inferior con otra anilla simple donde se engancha la correa. Así, se sujeta al perro de manera similar a como se hace con los caballos.

—¿Se lo habéis puesto estos días?

—Sí, sí. Cinco minutos cada día, como nos dijiste.

—Perfecto. Pónselo, haz el favor.

—A ver, cómo era... —manejó el collar durante unos segundos—. ¡Ya está! Canela, ven aquí.

La perra se acercó contenta hacia su dueña, lo que era buena señal. Significaba que no le había cogido miedo al collar, como ocurre en otros casos si no se les habitúa adecuadamente. Cuando ya le iba a poner el dogal, la interrumpí.

—Amparo, ¿no te falta algo?

—¿Cómo? —se quedó mirando el collar, luego a la perra y de pronto—. ¡Ahí va!, los premios. Hijo, con los nervios de la consulta se me han olvidado.

—Pero los habéis usado, ¿no?

—Sí, de verdad.

—¡Vamos! —intervino Justo—. Se ha puesto lo que es morada de salchichas.

Amparo volvió por tercera vez a la cocina y cogió las salchichas, ya cortadas en pequeños trozos, del frigorífico. Regresó con ellas y después de tomar varios trocitos en su mano derecha, puso el collar a Canela. Esta se quedó muy tranquila, esperando que su propietaria le diera los succulentos premios que tanto le gustaban. Acto seguido me dirigí hacia ellas para ajustarle correctamente el dogal antes de salir a la calle y poder comprobar *in situ* cómo funcionaba.

—Pues ya está —dije cuando acabé de ajustarlo—. Parece que lo tolera realmente bien. Vamos a ver qué tal va en la calle.

—Muy bien. ¡Hale, Canela! Vamos.

Al oír las palabras mágicas la perrilla se puso muy contenta y empezó a corretear por el salón, de un lado a otro. Siguió a sus dueños cuando éstos fueron al dormitorio a cambiarse de calzado y luego volvió al salón tratando durante unos instantes de quitarse el collar usando sus patas delanteras. Con un simple «no», logré que desistiera, le pedí que se sentase y le di un premio de los que Amparo había dejado allí mismo. Aproveché que los tenía a mano para guardarme algunos más que usaría como recompensa durante el paseo.

Salimos de la casa los cuatro, llevando yo mismo a Canela sujeta con la correa. Como el piso era un bajo, en unos instantes estábamos ya fuera del portal. Coloqué al animal junto a mi costado izquierdo y comenzamos a caminar calle abajo. El collar tuvo sobre ella un efecto inmediato, haciendo que paseara a mi lado, sin tirar, desde el primer momento. Esto no es lo habitual, pero en algunos casos ocurre y es entonces cuando los propietarios se quedan extremadamente sorprendidos de lo eficaz que es para controlar al perro.

—Pero bueno, Canela —dijo Amparo—, si no eres la misma. Oye, ¿qué le has dado?

—Ya os lo dije —respondí—, este collar es una maravilla. Y lo bueno es que ni le hace daño, ni le da descargas, ni nada por el estilo.

—Tienes razón —dijo Justo—. Está lo que es encantada. ¿A que sí?

La perra respondió con unos ligeros movimientos de rabo y una mirada fugaz a su dueño, pero sin hacer intención alguna de ir hacia él. Me agaché para felicitarla con

unas breves caricias por el lomo y continuó caminando como si tal cosa. Cuando nos disponíamos a doblar la esquina en dirección a un pequeño parque que había cerca, nos encontramos con una vecina, amiga del matrimonio.

—Hola, ¿qué tal?

—Ya ves, Julia. Aquí con Canela.

—¡Anda!, ¿qué es eso que lleva puesto en la cabeza? ¿Es un bozal? Pobrecita, ¿no?

—Es para que no tire. Ya has visto cómo me llevaba antes. A ver si así conseguimos que la pueda sacar de paseo y hacer lo que me recomendó el médico.

—Ahhh. A ver si te portas bien, ¿eh, Canelita?

Según decía estas palabras la señora acercó la mano para acariciar a la perra. Esta intentó reducir la distancia entre el extremo del miembro y ella misma levantándose sobre sus patas delanteras para subirse a la persona que le hablaba, como había hecho tantas veces anteriormente. Sin embargo, en esta ocasión el dogal se lo impidió. Al impulsar el cuerpo y la cabeza hacia delante, manteniendo yo la tensión de la correa, lo único que consiguió fue una ligera presión sobre su morro y su nuca que le hizo desistir al instante. Inmediatamente después, y aprovechando esta situación, le pedí a Canela que cumpliera la orden de sentarse.

—Tenga —le pedí a la señora Julia—, dele usted el premio por portarse bien.

—Mira qué suerte, ¿verdad? —le dijo a la perra, cogiendo el trocito de salchicha de mi mano y dándoselo a continuación.

Como Canela se quedó sentada esperando a ver si le caía algún otro premio, incité a Julia a que la acariciara brevemente. Luego me dirigí a Justo y Amparo.

—¿Habéis visto? De esto se trata. El collar le impide comportarse de manera incorrecta y cuando hace lo que nosotros le pedimos y se queda en la posición deseada, entonces le premiamos por ello.

—Ya, ya, ya...

—¿Cómo lo veis?

—Bien —dijo Justo—, pero, entonces, ¿lo que es el tumbado para qué lo usamos?

—Lo podéis usar si Canela está en un estado de excitación mayor que ahora, bien sea porque ve a alguien que le guste especialmente o porque la persona que la va a saludar le dé demasiada atención. En esos casos, probablemente le costará más mantener la posición de sentado y, si usamos el tumbado, que es una posición menos reactiva, lo hará mejor. Es decir, si está más alterada, nosotros trataremos de contrarrestarlo con el tumbado.

—¡Ja, ja! —rio Amparo—, es como contigo —le dijo a Justo—. Si un día no te apetecen las lentejas y te enfadas un poquito, yo no te hago ni caso, pero si pierde el Atleti, entonces te doy un achuchoncito y así se te pasa antes.

—Eso no lo digas ni en broma —respondió Justo haciéndose el enfadado.

—¿Verdad que sí, Julia?

—Claro —le siguió la broma a Amparo—, yo a mi Gregorio, si pierde el Madrid, sólo tengo que tocarle una oreja y se le olvidan todos los males.

—Eso es lo que tú te crees —le contestó Justo—. Gregorio lleva la procesión lo que es por dentro.

—Ya, ya... ¿Y los ojillos que me pone? ¿Qué?

¡Al final conseguirían que me pusiera colorado!

—Bueno, tenemos que seguir —interrumpí—. Se está haciendo de noche y tenéis que practicar vosotros con Canela.

—Pues nada, seguid con lo vuestro —dijo Julia—. Yo voy a ver si ya ha llegado Gregorio y quiere que le toque algo, ¡ja, ja, ja!

—¡Anda ya! —le replicó Justo.

—Mira que eres... —terminó por decir Amparo, despidiéndose de su amiga con un gesto de la mano.

Proseguimos el paseo hasta llegar al parque. Allí, aprovechando que había más espacio y no demasiada gente que distrajera a la perra, le pasé la correa a Amparo para que fuera ella quien manejara a Canela. Estuvimos cerca de media hora practicando la orden de «junto», caminando más rápido y más lento y en diferentes situaciones para que ambas se acostumbrasen perfectamente a hacerlo, y los acercamientos de la gente para que siguiese aprendiendo a no subirse a cada persona que intentase tocarla.

—No tires tanto de la correa. Deja que vaya más suelta.

—¿Así?

—Sí, mejor. Recuerda lo que te he dicho. Mira ahora cómo va. ¿Ves que hace como una u? Cuando la correa está así, significa que no hay tensión y que Canela va a tu lado voluntariamente, sin retenerla.

Tuve que corregir a Amparo algunos detalles de los ejercicios, pero en general se puede decir que la clase fue muy provechosa. Aunque necesitaba practicar más, me sorprendió mucho lo bien que se manejaba con la perra y lo rápido que entendía lo que pretendíamos hacer con ella. Justo también practicó con Canela pero, en su caso, la experiencia fue bastante penosa. A pesar de poner toda su fuerza de voluntad, cuando menos me lo esperaba lo encontraba con la correa hecha un ocho alrededor de sus piernas o tirando de aquélla con tanta fuerza que obligaba al pobre animal a ir con la cabeza completamente estirada, mientras nos miraba de reojo esperando que fuéramos a salvarla de aquel suplicio. Definitivamente no se daba maña. Por suerte, con que Amparo lo hiciera correctamente era suficiente.

Después emprendimos el regreso a casa. Amparo seguía llevando la correa, pero no terminaba de creerse que lo pudiera estar haciendo.

—¡Qué diferencia! Así sí que la puedo llevar.

—Pues ya sabes, a partir de ahora todos los días a hacer lo que te mandó el médico.

—Me voy a ir hasta el parque de la Fuente del Berro —dijo, indicando con la mano en dirección a esa zona de Madrid.

—O más lejos incluso —le dije, viendo que volvía a coger la correa de una forma distinta a la que yo le había indicado—. Recuerda la posición de tu mano, Amparo.

—¿Qué?

—Acuérdate de que tienes que llevar la correa sujeta como a dos o tres palmos de la cabeza de Canela y con la palma de la mano mirando hacia ti, ¿vale?

—¡Ay!, es verdad —corrigió la postura—. Es la costumbre de llevarla como antes.

—No te preocupes, verás como en cuanto lo hagas unos días ya no se te olvida.

Había anochecido completamente cuando llegamos de nuevo al piso. Nada más entrar por la puerta, le dije a Amparo que sentase a Canela para quitarle el dogal y que después de eso ignorasen a la perra durante cinco minutos para que hubiera un condicionamiento positivo más fuerte. Durante esos minutos la perrilla se dedicó a frotarse el morro por la alfombra del salón intentando liberarse de la sensación que le había quedado en él.

—¡Qué lástima! —comentó su dueña.

—No te preocupes. Es completamente normal. Ten en cuenta que durante esta semana pasada sólo se lo habéis puesto durante cinco minutos al día y hoy lo ha llevado casi una hora seguida.

—Ya, bueno, entiéndeme. Me da cosa verla así. Ya sé que es mejor para ella, que así podrá salir más de paseo, pero... ¿De verdad que no le duele?

—Seguro, Amparo. Es sólo la molestia por la falta de costumbre, pero nada más. Ten en cuenta que el collar se apoya sobre el hueso. Mira, hazte así —le indiqué que se pusiera el dedo índice sobre su nariz y se apretara ligeramente—. ¿Te duele?

—No.

—Pues igual le pasa a ella, ¿lo ves?

—Sí, sí. Tienes razón.

—Pues yo creo que sí que duele —saltó Justo, que también se había puesto el dedo sobre su nariz.

—Porque eres un bruto —dijo ella—. Mira, si te has dejado la marca del dedo.

—Hombre, Justo. No hay que apretar tanto. A la perra simplemente le damos un tironcito, nada más.

—Vale, vale. Pero lo que es el hueso duele.

—Ya lo sé. Sólo me refería a que no es como los collares de pinchos que aprietan la tráquea y hacen que el animal casi se ahogue.

Cuando consiguió sentirse más cómoda, Canela dejó de restregarse y se fue a su

cesta, no sin antes haber solicitado algún mimo que otro de sus dueños. Estos lograron mantener la compostura, con dificultad, intercambiándose miradas que les ayudaran a soportarlo. Volvimos a sentarnos en el sofá, completé la ficha con los datos más relevantes de lo ocurrido durante el paseo y les di las últimas recomendaciones a Justo y Amparo antes de marcharme.

—En estos próximos días debéis practicar con el collar como hemos visto en la calle. Intentad evitar situaciones que distraigan mucho a Canela para que se comporte tan bien como hoy, ¿de acuerdo?

—No te preocupes, lo haremos como tú dices.

—¿Debemos practicar los dos o sólo ella? —preguntó Justo señalando a su mujer.

—No te lo tomes a mal, Justo —le dije sonriendo—, pero preferiría que no lo intentases. De momento, es mejor que lo haga sólo ella. Más adelante, intentaré que puedas llegar a hacerlo tú también.

—Ya, ya —comentó Amparo con picardía—, eso será si viene de paseo conmigo. A éste no lo despegas del sofá ni con agua caliente.

—Hombre, es que a mí lo que es andar...

—Eso, tú a tu deporte favorito, el «sillónbol».

Justo se encogió de hombros y se acurrucó en el asiento cruzando las manos sobre su redonda barriga con cara de felicidad. El ejercicio no era su fuerte. Amparo lo asumía y lo llevaba con resignación.

—Pues eso es todo por hoy. Si os parece volvemos a vernos en quince días y revisamos qué tal ha ido Canela en ese tiempo. Si antes tenéis alguna duda o veis alguna reacción anormal en ella, llamadme y lo comentamos.

—En dos semanas, muy bien.

Me levanté, guardé las cosas en el maletín y me dirigí hacia el recibidor.

—¿No quieres tomarte otra Coca-Cola antes de irte?

—No me tientes, Amparo.

—¡Ja, ja!, cómo eres, ni que te estuviera ofreciendo un millón de euros.

—Casi me sería más fácil rechazar el dinero.

—Pues venga, si es un momento.

—No, de verdad.

—Vamos, mujer —intervino Justo—, no ves que le estarán esperando. Ya está bien de lo que es trabajar, ¡a casa a descansar!

—¡Ay!, perdona, hijo. Tiene razón Justo. Dime qué te debo.

—Lo mismo del otro día.

Cogió el monedero de una estantería que ocupaba toda la pared adyacente a la puerta principal y sacó de él varios billetes. Los contó, volvió a meter uno de ellos en el monedero y me dio el resto.

—Ahí tienes. Muchas gracias.

—No, gracias a vosotros —contesté mientras guardaba el dinero—. ¡Ah!, y otra cosa. No olvidéis que si os encontráis con alguien que quiera tocar a la perra, debéis actuar como hemos hecho hoy con Julia y con el otro señor en el parque.

—Claro. Hale, Canela, dile adiós a Pablo.

—Adiós, Canela.

Me despedí también de Amparo y Justo y dejé a los tres en el umbral de la puerta, el matrimonio sonriendo y Canela meneándose como una lagartijilla flanqueada por ellos.

«Quiero que me lo agarres»



Eran las nueve menos cuarto de la noche. Había sido una jornada dura. Aunque este trabajo no tiene mucho de esfuerzo físico, sí lo tiene de trabajo mental, de largos periodos de concentración. Cinco casos en un día pueden parecer pocos, pero tener que evaluar la conducta del animal, el carácter de sus dueños, decidir qué tratamiento puede ser más efectivo o cuál conseguirá una mayor colaboración, provoca un agotamiento mental enorme. Sin embargo, cuando acabas con un caso como el de Canela, gran parte de ese agotamiento desaparece por la satisfacción que da saber que todo irá como la seda y que has colaborado en que su vida y la de su familia sea un poco mejor.

Chavales peruanos, españoles, colombianos y rumanos abarrotaban el andén del metro. Era la hora de salir de marcha. En cierta manera me daban envidia. Recordaba mi época de adolescente cuando íbamos a discotecas como Pirandello, Joy Eslava o Voltereta. Algunos amigos que no veo desde entonces me apodaban Travoltín, porque no paraba de bailar. Salía de los locales sudando como un pollo, hecho una piltrafa, pero impaciente por repetir la experiencia la semana siguiente. Ahora las cosas son distintas. Deseaba llegar a casa, entrar en el salón, situar una de nuestras butacas en el lugar apropiado para conseguir un buen espacio sonoro y poner en el equipo de música uno de mis discos preferidos: *Confessions of a pop group* de The Style Council. Supongo que será la edad.

Cuando salí del metro y recuperé la cobertura en el teléfono móvil, recibí un nuevo mensaje de José Luis, el propietario del cruce de fox terrier que me había llamado mientras estaba durmiendo la siesta. Preferí no posponer la contestación y le llamé inmediatamente.

—Hola, buenas noches, ¿José Luis?

—Sí. ¿Es usted Pablo Hernández, verdad?

—El mismo.

—Le he dejado un par de mensajes.

—Los he oído, pero he tenido una tarde muy ocupada.

—Bueno, el caso es que estuve consultando con mi veterinaria porque tengo un fox terrier de un año que me está dando muchos problemas.

—¿De qué tipo?

—Con otros perros. No puede ver a ninguno, intenta ir a por ellos y le da igual que sean grandes o pequeños.

—Ya veo.

—La veterinaria me ha recomendado que le castre, pero yo no estoy muy a favor de eso y quería saber si se pueden probar otras cosas.

—Me decía que el problema lo tiene con cualquier perro, ¿no?

—Sí, le da lo mismo el que sea.

—¿Da igual que sea macho o hembra?

—Sí, sí, lo mismo da.

—Si es así, ya le puedo adelantar que probablemente la castración no tendría ningún efecto sobre el perro, ya que sólo corrige los problemas con otros machos.

—Ah..., y entonces, ¿qué se podría hacer?

—Bueno, no le puedo decir gran cosa por teléfono. Tendríamos que quedar un día para verlo y así poderle orientar sabiendo qué es lo que provoca esa agresividad.

—De acuerdo. ¿Dónde tengo que ir?

—No, yo voy a su casa. Las visitas las hago a domicilio.

—Muy bien, me parece perfecto. Así ve al perro en su ambiente.

—¿Vive usted en Majadahonda?

—Sí, en la zona de El Plantío.

—Pues si me permite un segundo, cojo la agenda y le digo cuándo podría ser.

Tomé los datos de José Luis y quedé con él el martes de la semana siguiente.

El problema resultó ser un típico caso de agresividad territorial^[27] hacia otros perros, con una actitud claramente ofensiva. Milú ladraba y gruñía como una fiera y, como es habitual en los terriers, se desencajaba absolutamente, tirando como un loco de la correa y avanzando apoyado únicamente en las patas de atrás, como un caballo encabritado, en dirección al otro perro, ante la mera visión del mismo. José Luis, cura de profesión (y, supongo, que de vocación), un tipo tranquilo y bastante solitario, huraño, más como un ermitaño, que únicamente pretendía que Milú se comportase normalmente, sin montar un escándalo cada vez que salía de paseo, se desencajaba también al ver al perro así.

Fuimos, el educador y yo, varias veces a la casa, espartana y casi sin muebles, empapelada toda ella al estilo de los años setenta, que compartía con otros dos o tres sacerdotes jóvenes, para enseñarle a educar al perro. Aunque José Luis era muy parco en palabras y dudábamos muchas veces de si había entendido correctamente lo que queríamos que hiciese con Milú, la verdad es que seguía todas nuestras indicaciones con una diligencia extraordinaria.

Para conseguir en un inicio que el fox terrier aprendiera a controlarse cuando veía otro congénere por la calle, usamos un par de perros fantásticos, un macho y una hembra, con los que trabaja habitualmente mi compañero, a los cuales puedes pedirles que no se inmuten lo más mínimo mientras los otros animales se ponen hechos un basilisco con ellos, incluso estando sueltos y a una gran distancia de su

guía. A Milú, además, le enseñamos a llevar un collar de cabeza, como el de Canela, para poder controlarlo más fácilmente. Con este collar lograríamos sin demasiados problemas dos cosas imprescindibles: una, que parase de ladrar, lo cual era la primera indicación evidente del cambio de actitud del animal al ver a otro perro, y otra, que pudiésemos controlar todo su cuerpo, ya que, como ocurre en especies animales más grandes, como los caballos o las vacas, al controlar su cabeza se consigue mucho más fácilmente controlar al perro entero. Una cosa más para la que también nos podría ayudar era para que, mediante un pequeño tirón, fuera capaz de prestar atención a su dueño cuando éste le llamase y así no estuviera tan pendiente de todo lo que ocurriera a su alrededor.

Al principio tuvimos que ser nosotros quienes manejáramos a Milú, ya que a su dueño le costaba modificar la manera de actuar que había tenido con él durante los meses previos. A pesar de que le insistíamos en que la correa debía ir sin tensión, para que el animal fuera más tranquilo, en cuanto José Luis veía a un perro la sujetaba fuertemente e inmediatamente comprobábamos que Milú se ponía en guardia y empezaba a «escanear», como si fuera un radar, su entorno, si hasta ese momento no se había percatado de la presencia del enemigo. Una vez que lo localizaba, volvía a comportarse como tenía por costumbre.

En una de las primeras sesiones, mientras Pepe, como le gustaba al cura que le llamasen, estaba practicando la orden «mira» para que su perro le prestase atención cuando se lo dijese, apareció en escena un malamute de Alaska enorme, aunque muy tranquilo. Cómo no, Milú se puso hecho una fiera.

—Una cosa que no entiendo —nos dijo— es que se comporte igual con todos los perros, ¿es que no tiene conciencia del tamaño del otro animal?

—Sí, claro que la tiene —le respondí.

—¿Y entonces? ¿No debería entender que el otro perro, con un solo mordisco lo podría matar, si quisiese?

—Hay dos cosas muy importantes que le hacen comportarse de esa manera, a pesar de la diferencia de tamaño. La primera es el grandísimo instinto territorial que tiene. Esto le hace ser un temerario. La otra, incluso más determinante, es la seguridad que ha ido adquiriendo respecto a que puede lograr que cualquier perro que vea, se marche rápidamente de lo que él considera su territorio.

—Pero, los otros perros no se marchan.

—Te vas tú, que en el fondo es lo mismo. Él, al final, lo que percibe es que el otro animal ha desaparecido de su vista y ya no está para incordiarlo.

—¿A pesar de que el otro no esté haciendo nada, como éste?

—Sí, a pesar de eso. Para que te hagas una idea, los terriers son el único grupo de perros a los que, cuando son cachorros, muchos criadores tienen que separar porque se llegan a lesionar muy seriamente. Y parece que es debido a la exagerada actitud

competidora que tienen entre ellos, ya desde que son muy pequeños.

Cuando, con nosotros, el perro fue comportándose mejor, llegó el momento de que fuera su dueño quien hiciese lo que nos había visto practicar en las sesiones anteriores. La mejoría paulatina en las reacciones de Milú y el aprendizaje por observación del cura consiguieron que empezáramos a ver la luz. José Luis fue actuando de una manera más tranquila al ver que el animal no se desencajaba como antes y, al igual que anteriormente se producía un círculo vicioso que perpetuaba el problema de agresividad, ahora ese círculo giraba en sentido contrario eliminando poco a poco la conducta problemática.

Sinceramente, creo que no sólo le vino bien el cambio al páter, sino también al perro, ya que antes de empezar la terapia, de la excitación que alcanzaba durante el enfrentamiento, el pobre se quedaba totalmente exhausto, sin resuello, tumbado en el suelo con la boca completamente abierta y los ojos completamente cerrados, desdibujados tras las espesas cejas típicas de los fox terrier.

Cuando conseguimos que el aprendiz de cancerbero no reaccionara en absoluto a los de su especie, José Luis dio por concluido el tratamiento. Según él, con lo que había logrado hasta ese momento le era suficiente; no le interesaba hacer de Milú un «relaciones públicas» canino. Me hubiera gustado que hubiese continuado con la terapia un poco más, pero al ver que estaba realmente satisfecho, no le insistí. Si José Luis estaba contento y el perro también, yo no iba a ser menos.

Por fin estaba en casa. Después de saludar a Kika y aguantar algunos de sus lametazos, solté el maletín sobre la encimera de la cocina. Llamé a Margarita, pero no contestó. No estaba. Quizá se había entretenido comprando algo de comida para la cena.

Situé la butaca que normalmente está frente a la televisión entre los dos altavoces del equipo de música, equidistante de ambos y a unos tres metros de distancia. Ya tenía comprobado que aquélla era la ubicación ideal. Encendí el amplificador y el lector de discos compactos, puse a The Style Council, me senté en la butaca y me encendí un cigarrillo. La música empezó a sonar, ¡qué delicia! Me dejé llevar por los acordes del grupo de Paul Weller durante unos minutos, pero involuntariamente en mi cabeza empezaron a aparecer de forma intermitente imágenes, momentos de los casos que había visto durante el día. Era inevitable. Debería haberlo supuesto. No sé si será por mi manera de ser, pero con demasiada frecuencia me encuentro, sin quererlo, pensando en los animales que he tratado hace poco o, incluso, mucho tiempo. Puedo estar haciendo cualquier cosa: barrer la casa, conducir, intentar dormirme, comer, hablar con Torpe, sacar un ticket de aparcamiento, escuchar música..., da igual. Son como una riada, cuando llegan arrasan con todo y no los puedo detener. De hecho, ahora mismo, según escribo este libro, lo están haciendo.

Recuerdo que Teresa, la dueña de Rey, me llamó después del fin de semana, el

lunes por la tarde. Quería que hablase con Alberto sobre lo de la castración del perro. Ella lo había ido asumiendo, pero no así su marido.

—Te lo paso y se lo explicas tú —me dijo.

—Está bien, pásamelo.

Alberto se puso al aparato.

—Hola, soy Alberto, el marido de Teresa.

—¿Qué tal?, encantado.

—Disculpa que el otro día no pudiera estar cuando viniste, pero unos problemas familiares me lo impidieron.

—Ya me dijo Teresa. Algo de una sobrina, ¿no?

—Sí, bueno, ¡ejem! —y cambió de tema—. ¿Cómo es eso de castrar a Rey?

—Porque es lo único que podemos hacer para que deje de marcar por toda la casa.

—Pero eso es antinatural —reclamó indignado.

—Bueno, si nos ponemos así, también es antinatural que coma pienso o que viva en un piso o que salga atado de paseo... —le repliqué.

—Ya, entiéndeme. Me refiero a que es quitarle parte de su personalidad.

—Y lo que te acabo de decir también.

—Pero no es lo mismo —seguía insistiendo.

—Si somos estrictos, sí.

—Bueno, en cualquier caso, ¿qué nota el perro cuando no tiene los cataplínes?

—Nada —dije asépticamente.

—¿Cómo que nada?

—Pues eso, no se entera.

—Hombre..., si a ti te los quitan, vamos, que sí te enteras —respondió airadamente.

—Ya, pero yo soy consciente de que los tengo y para qué sirven.

—¿Y él no? —preguntó con sorpresa.

—No, en absoluto. De hecho, incluso teniéndolos, mira cómo se comportan los machos cuando las hembras no están en celo. Para ellos es como si no existieran. ¿Te ocurre a ti eso?

—No sé yo...

—Veámoslo de otra manera, Alberto. ¿Para qué le sirven ahora?

—Para lo mismo que a todos, supongo.

—¿Y vosotros le dejáis que vaya por ahí fornicando con cualquier perra que se le pone a tiro?

—No, menudo panorama —exclamó.

—Pues entonces. ¿No será peor tenerlos y no poder usarlos?

—Pero algo le quedará aunque no los tenga, ¿no?

—Nada de nada. Es como si para nosotros las mujeres no existiesen. Más de uno se evitaría líos de faldas, ¿no crees? —comenté como si tal cosa.

—¡Ejem! Está bien. Me lo pensaré —respondió, zanjando la conversación.

—Perfecto. Decidme algo cuando os decidáis a hacerlo, ¿de acuerdo?

—Muy bien, gracias por todo.

—No hay de qué. Un saludo.

Me enteré por la veterinaria que lleva a Rey de que una semana más tarde ella misma había castrado al perro. No sé si se decidieron a hacerlo porque realmente los convencí, cosa que dudo, o porque a Alberto se le removi6 algo en su conciencia. El caso es que en menos de un mes el bich6n malt6s hab6a dejado completamente de hacerse pis en casa. Y Teresa estaba encantada porque, aparte de eso, Rey segu6a siendo el mismo de siempre.

Tambi6n tuve noticias de Susana y Javier. Tras con firmar, con las grabaciones en v6deo que ellos mismos hicieron los d6as posteriores a la visita, que el perro lo pasaba tan mal estando solo en casa, decidieron hablar con su jefe del gimnasio para ver si se lo pod6an llevar all6 mientras trabajaban. Al jefe no le import6, siempre y cuando no diese problemas. Me preguntaron si me parec6a bien y les contest6 que s6, que de momento era muy buena idea para que no volviera a experimentar la angustia de quedarse solo. Entretanto, har6an los ejercicios que les hab6a recomendado, pondr6an las feromonas en casa y le dar6an la medicaci6n a la dosis indicada.

La primera revisi6n se retras6 un poco porque en los primeros quince d6as de terapia tuvieron m6s l6o del normal en el gimnasio y no les dio tiempo a practicar suficientemente los ejercicios. Nos vimos casi un mes despu6s de la primera consulta. Como casi no hab6an dejado solo a Harpo hasta entonces, decidimos volver a grabarlo para observar las diferencias en su comportamiento.

—¿C6mo lo ves? —me pregunt6 Susana mientras vision6bamos la grabaci6n.

—A m6 me parece que est6 mejor —le dije—. No est6 corregido, ni de lejos, pero el nivel de ansiedad es bastante menor. F6jate que se mueve mucho menos por la casa y que ha llegado a tumbarse tranquilamente en varias ocasiones. Y, adem6s, la frecuencia de las vocalizaciones tambi6n se ha reducido. Creo que vamos por el buen camino.

Ella se sinti6 aliviada y mir6 con confianza a Harpo, el cual, gracias a los ejercicios para fomentar el desapego ya no estaba junto a los pies de su due6a, sino en un punto cercano al ventanal del sal6n, descansando tranquilamente con su postura de rana tan habitual.

—Tengo una duda, de todas maneras —me coment6—. En las salidas graduales, cuando dejamos la ropa colgada del picaporte y todo eso, ¿debemos ignorarle al entrar? Es que no s6, como se porta tan bien...

—S6, s6. Tened en cuenta que si le salud6ramos nada m6s entrar en casa

estaríamos reforzando de nuevo el apego hacia vosotros. Y esto hay que evitarlo a toda costa.

—Vale... ¡Joder!, nos lo pones difícil —protestó usando su lenguaje habitual.

—No te preocupes —intervino Javier—, se queja mucho pero acaba haciéndolo como tú dices. Y, si no, para eso estoy yo aquí —sonrió a su novia.

—Ahora le puedo decir algo, ¿no?

—Claro, está tranquilo y sin pedir atención. Venga, adelante.

Se acercó a Harpo, se puso en cuclillas, luego de rodillas y le achuchó dulcemente. Ese día el tanga era de color negro, un poquito menos minúsculo que el de la primera vez. No puedo decir más de él, ya que sólo le dirigí una mirada fugaz, temiendo que el novio se diera cuenta de que en ese momento no estaba fijando mi atención precisamente en el perro.

Nos volvimos a ver otras dos veces más, hasta completar un total de cuatro visitas. Fundamentalmente, con esas revisiones, lo que pretendía era confirmar que las salidas graduales se seguían haciendo correctamente, que la respuesta de Harpo a ellas estaba siendo la adecuada y que no dejaban de cumplir las normas para eliminar el ex ceso de apego del perro. Como todo iba muy bien, simplemente me limité a aconsejarles que siguieran igual, practicando todo lo que pudieran, y que continuaran con la medicación. El tratamiento se prolongó hasta después de Navidad. Fue largo y requirió bastante esfuerzo por parte de Javier y de Susana, pero el resultado fue excelente. La última vez que hablamos, ella me confesó que al principio tenía serias dudas de que funcionase, y que había pensado que no sería capaz de cambiar tanto su manera de tratar a Harpo, pero que gracias a la insistencia de Javier y al apoyo que les había prestado durante el proceso, según había ido pasando el tiempo se había ido convenciendo de que lo conseguirían. Y así había sido.

Respecto al caso de Neska, mejor ni hablar. Como imaginé, ni siquiera esperaron que pasasen los dos meses de tratamiento para ver la evolución. Cuando habían transcurrido tres semanas desde mi visita, decidieron, por su cuenta y riesgo, quitar el collar isabelino a la perra porque ya no le observaban ninguna herida. Mira que les había insistido en que debía tenerlo puesto hasta que hubiera salido completamente el pelo de la zona, ¡pues no! Para qué iban a seguir mis indicaciones. Como consecuencia, Neska volvió a mordisquearse la cola en cuanto tuvo oportunidad. Y ahí se acabó la historia.

—Mira, esto se ha terminado —me dijo Ernesto cuando me llamó para comentarme lo sucedido—. Hemos hecho todo lo que nos has dicho, le hemos dado la medicación y el problema sigue exactamente como antes.

Cuando dijo «hemos hecho todo lo que nos has dicho», estuve a punto de saltar y llamarle de todo menos bonito. Pero me controlé. Le pedí que me relatase exactamente lo que habían hecho: por supuesto, de las pruebas, ni hablar. ¿Paseos?

Uno al día y de un cuarto de hora; en cuanto a salir a la parcela a relacionarse con la perra, me espetó que no habían podido hacerlo porque unos días había estado lloviendo y otros había tenido que salir de viaje. Es verdad, ¡lo habían hecho todo, todo a pies juntillas!

—¿Y qué habéis decidido? —le pregunté conteniendo mi enfado.

—He hablado con un amigo que tiene una finca en Toledo y me ha dicho que se la queda él. Tiene cuatro perros allí y uno más no le ocasionará más molestias.

—Pues muy bien —dije secamente—. Si eso es todo...

—Sí. Sólo te he llamado para que supieras que lo hemos intentado pero que no ha funcionado —terminó, tratando de justificarse.

—Sí, sí, vale. Bueno, que me llaman por la otra línea. Hasta luego.

—Adiós —respondió con cierto tono de indignación por ser yo quien concluía la conversación.

Para qué intentar de nuevo que siguiesen mis consejos. Ya habían tenido tres semanas para hacerlo y se los habían pasado por el arco del triunfo. Probablemente, la vida de Neska no iba a ser mucho mejor en Toledo de lo que lo había sido hasta ese momento. Sólo quedaba una esperanza: que congeniase bien con alguno de los animales de aquella finca y pudiese dar rienda suelta a su sociabilidad, olvidando que en un tiempo compartió su vida con una familia humana.

Lo de la familia Castrejón ya fue el remate. Jamás volví a tener noticias suyas. Llamé a Carmen un par de veces, pero en ambas ocasiones el resultado fue el mismo.

—La señora no está en casa en este momento —me dijo la chica sudamericana—. ¿Quién le llama?

—Soy Pablo Hernández, el veterinario que estuvo en casa viendo a León. ¿Le puede decir que me llame para comentar cómo va el perro?

—Sí, no se preocupe, yo se lo digo.

La chica no mencionó en ningún momento que el perro ya no estuviera en la casa, por lo que supuse que debían ir manejándose con él como buenamente podían. Pero ¿realmente sería así? No lo sé, pero por dignidad personal y profesional no volví a llamar.

Afortunadamente, con Canela proseguimos hasta el final del tratamiento. Sólo hicieron falta dos visitas más para conseguir que Amparo controlase a la perra por completo. Es cierto que Justo no lo logró en ningún momento, pero es que su caso hubiera requerido una complicada operación de cerebro para instalarle uno más ágil e intuitivo. Como recuerdo por la ayuda que les había prestado, me regalaron una figurita en madera tallada. Aunque no era de mi gusto, todavía la conservo y, de hecho, la tengo junto a los libros sobre comportamiento animal en una de las baldas de la estantería de mi despacho.

En algún momento debí quedarme ligeramente adormilado porque no oí cómo

Torpe entraba en casa. Abrí los ojos y allí estaba ante mí, de pie en el centro del salón, mirándome con la misma expresión que adoptan los perros cuando, según sus dueños, saben que han hecho algo mal. No venía exactamente de comprar. Sí, traía algo, pero algo que no era comida. Era un gato casi adulto, rubio, con los ojos abiertos como platos mientras ella lo sujetaba en los brazos. La miré con cara de incredulidad. Acabábamos de dar al gatito blanco y negro esa misma mañana y ya volvíamos a tener un nuevo habitante en la casa. Ella transformó su mirada de culpabilidad por otra de súplica.

—Qué quieres que haga. Estaba ahí, enfrente de las canchas de baloncesto maullando como un desesperado.

—Y si no hubiera sido por eso, pues sería por otra cosa.

—Ya sabes que no puedo dejarlo ahí.

—Qué me vas a contar.

Dejó al gato en el suelo y éste empezó a recorrer el salón muy despacio, como a cámara lenta, mirando de lado a lado y deteniéndose cada pocos segundos, tratando de no dar un solo paso en falso. Kika se acercó a olerle, moviendo frenéticamente el rabo y él, no comprendiendo en ese momento su lenguaje, respondió agazapándose contra el suelo y bufando un poco. La llamé para que le dejara tranquilo, pero instantes después fue él quien se acercó a la perra, superando de un plumazo toda la reticencia que había mostrado previamente. Empezó frotándose contra sus patas como si la conociera de toda la vida y terminó tirándose en el suelo delante de su cara, patas arriba, mostrando una confianza inusitada para un animal recogido de la calle. Ahí nos dimos cuenta de que Rubito (¡qué originalidad de nombre!) era un gato especial. No se asustaba de nada y se adaptaba rapidísimamente a todo. Le deberíamos haber llamado Juan. Juan Sin Miedo. A día de hoy sigue con nosotros y, en algún momento, todavía no sé cuándo, me decidiré a contar todas sus peripecias y los malos tragos que nos ha hecho pasar.

Margarita y yo, sentados tranquilamente en las butacas del salón, con la música de fondo, estuvimos un buen rato comentando qué íbamos a hacer con el minino. Que si esto no puede seguir así, que ya son cuatro los gatos que tenemos, que otro más ya da lo mismo, que nos vamos a arruinar a base de comprar pienso y arena para todos, que mira que eres rata, que ya verás cuando nos tengamos que ir debajo de un puente con todos los bichos, que eres un exagerado, que ya, ya, que mira que tonterías hace, que le voy a enseñar a hacerse el muerto, que eso no se le puede enseñar a un gato, que eso lo dirás tú y así habríamos seguido hasta las tantas, de no ser porque de pronto sonó mi teléfono móvil. Lo tomé en la mano y miré la pantalla iluminada. El número me era completamente desconocido. ¿Quién llamaba tan tarde? Eran las once menos veinte. Normalmente no suelo responder al teléfono a esas horas de la noche, salvo que sea mi familia, pero no sé por qué esa vez decidí hacerlo. ¡Y en buena hora!

Margarita escuchaba la conversación con cara de extrañeza, mientras acariciaba en la barbilla a Rubito, intentando preguntarme qué pasaba. Yo le hacía indicaciones con la mano para que esperase, a la vez que con los ojos intentaba que se fuera haciendo una idea de lo que le iba a contar a continuación.

—¿Qué pasa? —me inquirió cuando acabé de hablar.

—No te lo vas a creer —le dije.

—Pero a ver, dime.

—Prepárate, porque tiene tela.

Le expliqué que la voz del extraño pertenecía a un chico joven, de no más de veintitantos años. Este se expresaba con bastante dificultad, tenía un cierto tono gangoso y, sin ánimo de ofender, parecía muy cortito de luces.

—¿Es usted Pablo Hegnandez? —preguntó al descolgar.

—Sí, soy yo.

—Es que me han dado su teléfono *paga* que le llame.

—¿En qué le puedo ayudar?

—Usted entiende de *pegros*, ¿no?

—Sí, eso dicen.

—¿De todo tipo de *pegros*?

—Eso creo.

—Vale, pues a *veg* si me dice cómo lo puedo *lograrg*.

—Faltaría más, dígame...

—Vera, es que tengo un *pastorg* alemán que *quieroquemeloagarre* —le escuché decir.

—¿Perdón?, creo que no le he entendido bien.

—Sí, que tengo un *pastorg* alemán que *quieroquemeloagarre* —volví a escuchar exactamente lo mismo.

Pero a este tío qué le pasa, pensé. ¿Le parecerá normal ponerse a gastar bromas un viernes a las tantas de la noche? ¿Se tratará de descifrar el nombre de una película? ¿*Atrapa a un ladrón*, acaso? Hay que joderse, cada día está peor el patio. Estuve a punto de mandarle a freír espárragos, pero me pareció que debía darle otra oportunidad dada su escasa capacidad de comunicación.

—Discúlpeme, pero es que no sé qué me quiere decir.

—¡Pues eso! —terminó diciendo, muy exasperado por mi evidente falta de entendederas—. Que tengo un *pastorg* alemán que ¡QUIERO... QUE... ME... LO... HAGA...

REX!

Definitivamente, iba siendo hora de irse a la cama.



PABLO HERNÁNDEZ GARZÓN. Gato de la cabeza a los pies, nació el 18 de mayo de 1968.

Tras cursar los estudios de Veterinaria en la Universidad Complutense de Madrid, se dedicó durante unos años a la práctica clínica general. Posteriormente compaginó esta actividad con la especialidad de etología en pequeños animales. En el año 2000 pasó varios meses en la Universidad de Cambridge formándose en dicha especialidad. Desde que regresó de Inglaterra, toda su labor profesional se ha centrado en el estudio y tratamiento de los problemas de conducta que afectan a los animales de compañía.

Actualmente comparte su vida con dos perras, siete gatos y Margarita.

Notas

[1] Para los profanos en el mundo de las razas caninas, los perros de aguas son esos que mucha gente confunde con caniches grandes, ya que su pelo forma rizados muy cerrados al igual que sucede en estos últimos. <<

[2] Simplemente hace referencia al sonido que produce: «click». La traducción al castellano más lógica sería «el que hace click» o «clickeador». <<

[3] En términos técnicos, hablaríamos de un condicionamiento instrumental. Mediante esta forma de aprendizaje logramos que el animal aprenda por las consecuencias, agradables (hacer click y recibir comida) o desagradables (no hacer click y no recibir premio), que tienen sus propias acciones. La aparición del sonido y del premio conseguirá que el animal tienda a repetir cada vez más la conducta mostrada (permitir la manipulación), mientras que la ausencia de los mismos reducirá la contraria (retirar la pata). Cuando mediante esta técnica conseguimos que el animal modifique una conducta previa, decimos que se ha producido un contracondicionamiento. El contracondicionamiento, unido a la desensibilización (presentación del estímulo incrementando progresivamente su intensidad, intentando no provocar en ningún momento la reacción inapropiada) es la técnica más efectiva para tratar muchos problemas de ansiedad, miedo, fobias y agresividad. <<

[4] Abreviatura de Torpeda, en honor a mi admiradísimo humorista Chiquito de la Calzada. <<

[5] Los síntomas más frecuentes en la disfunción cognitiva se relacionan con alguno de los cuatro siguientes aspectos: desorientación y confusión, cambios en la relación e interacción con el dueño (pérdida de la cognición y reconocimiento), pérdida de los hábitos higiénicos y cambios en los hábitos de sueño. <<

[6] Imao corresponde a las siglas de inhibidor de la monoaminooxidasa. Existen dos tipos de imaos: imaos A e imaos B, según sobre qué tipo de enzima monoaminooxidasa (mao) actúen, A o B. En medicina los del tipo A se usan como antidepresivos, mientras que los del tipo B se utilizan en el tratamiento de la enfermedad de Parkinson o en la de Alzheimer. <<

[7] Para los que no conozcan Madrid, que es donde vivo y trabajo, deben saber que San Sebastián de los Reyes es una localidad situada en la periferia norte de la ciudad.

<<

[8] Estas conductas son las siguientes: ser atraídos por las hembras en celo, vagabundear, pelearse con otros machos y, por supuesto, marcar con orina. <<

[9] Forma abreviada y coloquial para denominar a la localidad de San Sebastián de los Reyes. <<

[10] El fármaco en cuestión es la clomipramina. Se encuadra dentro de los conocidos como antidepresivos tricíclicos y es el único medicamento aprobado para su uso en la ansiedad por separación en perros. Los datos respecto a su eficacia muestran una resolución más rápida del problema cuando se usa en combinación con los tratamientos de modificación de conducta, comparado con los casos en que únicamente se usan las terapias comportamentales. <<

[11] El barrio de La Piovera es una zona de pisos y chalets de alto *standing*, perteneciente al distrito de Hortaleza, en el noreste de Madrid. <<

[12] El quilotórax es una acumulación de quilo o linfa en el espacio pleural de la cavidad torácica. Esa acumulación de líquido produce una compresión de los pulmones, lo que dificulta gravemente la respiración. <<

[13] La displasia de cadera o displasia coxofemoral consiste en una malformación de la articulación coxofemoral, tanto del acetábulo como del fémur, que da lugar a la aparición de una artrosis en dicha articulación. <<

[14] El síndrome de cauda equina o estenosis lumbosacra se produce por la compresión de las raíces nerviosas de la médula espinal en su extremo más caudal, dando lugar a diferentes síntomas, entre ellos, la mutilación de la cola. <<

[15] En las conductas compulsivas, los fármacos más usados son aquellos que incrementan la cantidad disponible del neurotransmisor serotonina en el sistema nervioso central. Aunque los antidepresivos tricíclicos presentan esta actividad, los más específicos son los conocidos como inhibidores selectivos de la recaptación de serotonina (ISRR). Hasta hace poco el que más se usaba en veterinaria era el tricíclico clomipramina, sin embargo, recientemente se ha empezado a utilizar fluoxetina, un ISRR, ya que es más específica y está dando muy buenos resultados, incluso en animales de zoológico, como los osos polares. <<

[16] Esas sustancias reciben el nombre científico de endorfinas. También se las conoce como opioides endógenos —por tener una actividad similar a la de la morfina (reducción del dolor, sedación, etcétera) y ser producidas por el propio organismo—, e incluso como «hormonas de la felicidad», ya que su liberación se asocia a sensaciones de placer, de bienestar y una disminución de la ansiedad. <<

[17] El Kong es un juguete hecho de una goma especial muy resistente a los dientes de los perros, con forma de pera, hueco, y dentro del cual se pueden introducir distintos tipos de alimentos que el animal tiene que ir sacando poco a poco. Lo usamos con mucha frecuencia también para aquellos animales que presentan un problema de destructividad excesiva, ya que si lo rellenamos teniendo en cuenta las características de cada perro, podemos lograr que estén entretenidos con él varias horas seguidas, evitando así que centren su actividad en otros objetos menos apropiados. <<

[18] El *agility* es una disciplina de adiestramiento canino que consiste en superar los diversos obstáculos (vallas, rampas, túneles, etcétera) que con forman un recorrido o circuito. Cuantos menos fallos cometa el perro y menos tiempo emplee en completarlo, mejor será su puntuación. Al animal le ayuda en todo momento un guía o el propio dueño, pero debe ir suelto, sin correa. Pueden practicarlo todo tipo de animales, aunque las razas de pastor son las más habituales. Es un deporte muy beneficioso para dueño y perro porque aúna la obediencia, la compenetración entre ambos y la habilidad y destreza de los dos. <<

[19] La fluvoxamina es otro antidepresivo del grupo de los inhibidores de la recaptación de serotonina, como la fluoxetina, que en los perros tiene una gran capacidad de controlar las actitudes de escape asociadas a las conductas miedosas. <<

[20] El alprazolam pertenece a la familia de las benzodiazepinas y, como otros fármacos del mismo grupo, resulta muy útil para reducir la ansiedad y el miedo que manifiesta el animal. Las benzodiazepinas, cuyo representante más conocido es el diazepam (Valium), son los tranquilizantes por excelencia. En personas, además de usarse para los estados de ansiedad y de pánico, también se utilizan habitualmente como somníferos, por su potente efecto sedante. <<

[21] Como ya se explicaba en el caso de Martín, el perro de aguas que no se dejaba secar por su dueño, este proceso consiste en exponer de forma lenta y gradual al animal a aquellas cosas que le asustan, a la vez que las asocia con experiencias agradables, como recibir comida o jugar con él. <<

[22] En general, para la inmensa mayoría de los perros, existen cuatro factores principales que determinan el nivel de amenaza que supone el contacto con otro individuo. El primero es el tamaño de ese individuo; cuanto más pequeño sea aquél, menos amenazante resultará, y lo contrario ocurrirá con individuos muy grandes. Por eso, siempre se recomienda acariciar a un perro miedoso poniéndose en cuclillas, por ejemplo. El segundo es la actitud del individuo. Cuando miramos directamente a un perro desconocido a los ojos, estamos intimidando de alguna manera al animal. Por otro lado, si nuestra forma de hablar o de movernos es exagerada o fuera de lo normal, sucederá lo mismo. El tercer factor es la previsibilidad del contacto. Un contacto muy directo y sin aviso previo puede provocar reacciones de miedo o agresividad más fácilmente, al suponer una amenaza mayor. Ese es el motivo sobre el que se sustenta la recomendación de dejar que el perro te huelga previamente, antes de intentar acariciarlo. Por último, no hay que olvidar hacia dónde dirigimos ese contacto. Resulta mucho más amenazante para ellos tocarlos por las partes altas de su cuerpo, es decir, por encima de la cabeza, del cuello o del lomo que por las zonas bajas del mismo, como la barbilla, el pecho o los costados, excepción hecha de las extremidades, sobre todo las anteriores, como ya se ha comentado. <<

[23] Ésta es la falsa creencia sobre los perros más extendida que existe. A pesar del dicho popular de que un perro nunca muerde la mano de quien le da de comer, los problemas de perros que agreden a sus propietarios suponen el motivo más frecuente de consulta para los etólogos veterinarios y adiestradores de perros en todo el mundo. Sin embargo, como es un problema que habitualmente se circunscribe al ámbito doméstico, y no se va comentando con los vecinos y amigos, mucha gente sigue convencida de que las mordeduras de perros a sus amos son algo extremadamente raro. <<

[24] Y no es que sólo lo diga yo. Ya lo relataba estupendamente Rosa Montero en su libro *Amado amo*. <<

[25] Según el *Diccionario de la Real Academia Española*, el término «loco» hace referencia a alguien que «ha perdido la razón» o «de poco juicio, disparatado e imprudente». Sin embargo, cuando la gente pregunta si su perro está loco, lo que quieren saber en realidad es si su comportamiento tiene alguna similitud con el que tiene un enfermo mental. Afortunadamente, no es así en la inmensa mayoría de los casos. Más del 95 por ciento de los perros que se comporta agresivamente lo hace siguiendo patrones de conducta normales para su especie. Sólo un pequeño porcentaje se comporta de manera agresiva por causas médicas (problemas neurológicos, metabólicos y endocrinos o que provoquen dolor). Quizá en un futuro se puedan diagnosticar algunos problemas psiquiátricos, como la esquizofrenia, en algunos perros que se comportan de manera absolutamente anormal, pero, por el momento, esto no es posible. <<

[26] Habilidad, generalmente exasperante, de algunos seres humanos para anteponer la expresión «lo que es» a todas las frases de su vocabulario. Puede conjugarse en los diferentes tiempos verbales. Por ejemplo: «lo que son», «lo que viene siendo», «lo que ha sido», etc. El caso más recalcitrante jamás escuchado es el del señor alcalde de un pueblo andaluz, que en una entrevista de tres minutos concedida a Onda Cero, con motivo de los expolios que habían llevado a cabo unos jóvenes en el cementerio de la localidad, utilizó dicha expresión en al menos ciento cincuenta ocasiones. <<

[27] Los problemas de agresividad territorial, tanto dirigida hacia personas como hacia perros, son muy habituales en el grupo de los terriers, aunque no sólo en ellos. Sin embargo, en este tipo de perros, una variante de esta situación combinada con componentes de la conducta predatoria es más habitual que en otras razas. Esta característica les hace reaccionar de manera desproporcionada ante cualquier cosa que, literalmente, se mueva. Es decir, es el movimiento de la persona, animal u objeto lo que desencadena la agresividad descontrolada. Así, una queja frecuente de los propietarios de estos animales es que se transforman en cuanto ven a alguien corriendo, montando en bicicleta o, simplemente, ven pasar una moto. <<